

Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Postgrado
Departamento de Literatura

**JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA:
ESTÉTICA DE LA CONTENCIÓN Y ÉTICA
ANARQUISTA**

Tesis para optar al grado de Magíster en Literatura, mención Literatura Chilena e Hispanoamericana

Alumna:

Marcela Campos Rojas

Profesor guía: Leonidas Morales Toro

Santiago de Chile, 2009.

Dedicatoria . . .	4
AGRADECIMIENTOS . . .	5
I Introducción. . .	6
II Objetivos, corpus e hipótesis. . .	9
III Marco teórico . . .	11
1. Modernidad chilena temprana: una aproximación a los años 20. . .	12
– El referente europeo. . .	12
2. El Criollismo. . .	54
a) Acerca del movimiento. Paralelos Latinoamérica-Chile. . .	55
b) Sector popular, sujeto popular y sujeto literario en el Criollismo chileno de primera generación. . .	60
c) Criollismo chileno de tercera generación (o primera generación superrealista): <i>canon, mundo popular y sujeto popular</i> . . .	65
IV José Santos González Vera: nota biográfica. . .	68
V Aproximación a las coordenadas éticas y estéticas de González Vera en torno al mundo popular. . .	72
a) El oficio del cronista y la preferencia por la contención narrativa. . .	75
b) “Alhué”, “Vidas Mínimas” y “Cuando era muchacho”: textos de respuesta estética literaria y ética anarquista, frente al mundo popular del canon criollo. . .	79
VI Conclusiones . . .	87
Bibliografía crítica y teórica . . .	89
Bibliografía de autor . . .	91

Dedicatoria

A mi hijo Camilo, por toda su luz.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi gratitud a Roberto “Linyera” Pérez, el amigo de siempre, quien una vez me presentara *Alhué* como otro de sus tantos tesoros; a don Álvaro González-Vera Marchant, por la gentileza de compartir conmigo la memoria de su padre, así como a Omar Sarrás por sus oportunas referencias y, por cierto, a mi madre y hermana, cuya presencia y ayuda imprescindibles me permitieran completar esta tarea.

I Introducción.

“Volvía a ver la cosas desde el ángulo de un hombre cuyo nivel es el mismo que el de los demás hombres.”

Jean Renoir (“Renoir”, biografía del pintor)

El recorrido por la historia chilena de los últimos cien años, especialmente en las primeras décadas del siglo pasado, sorprende por la importancia de esa generación de intelectuales y artistas, a pesar de su lejanía de los centros de reflexión occidental. Los años 20 y 30 que ven surgir a Juan Emar, Gabriela Mistral o Huidobro, fueron los mismos en los cuales el movimiento anarquista, el sindicalismo y los partidos políticos de izquierda consolidan su presencia para influir en el rumbo de la historia de Chile. Si bien de tardía reacción al canon europeo, como es de rigor en un país sudamericano con dificultades de todo orden para abrirse a la corrientes de reflexión más importantes de esos años, el círculo de académicos, intelectuales y escritores nacionales manifestó, en su propio medio y bajo su propias circunstancias, una inquietud paralela a la que cruzaba a Occidente y sus principales centros de creación, en donde las tensiones de la Modernidad se tradujeran en dos guerras mundiales y el surgimiento de las Vanguardias.

Al mismo tiempo que un reducido grupo de escritores tuvo oportunidad de tomar contacto con el momento más álgido del Surrealismo, la literatura chilena y latinoamericana —es decir, la de un país con apenas cien años de vida independiente y cuyos escritores aún están poderosamente influidos por el Romanticismo y el Naturalismo francés, amén de los rusos, reconoce como corriente principal al Criollismo. Este movimiento, extendido por América Latina y centrado en el paisaje geográfico y humano, adoptará especial fuerza en nuestro joven país, constituyéndose en un punto de referencia para tres generaciones de escritores, atraídas por “lo chileno”, tanto en lo territorial como en las costumbres y actitudes observadas, siguiendo el canon de observación naturalista francés. El Criollismo, específicamente el de primera generación, propone una mirada que no puede ni quiere eludir el sesgo proveniente del origen social de sus escritores, y como observación “de campo” sufrirá no sólo variaciones de una generación de narradores a otra, sino además reacciones a su propuesta estética y, lo que nos resulta particularmente interesante ahora, al interior del propio movimiento criollista. Esta tesis gira en torno a la figura del escritor José Santos González Vera y su prosa, en tanto se resuelve como un gesto que contradice, sin furor aunque con elegante firmeza, el hacer del canon criollista en torno al personaje popular chileno, señalando además el fin de ese movimiento como referente para los narradores chilenos.

José Santos González Vera fue, en pleno Criollismo de tercera generación, escritor de prosa incisiva y en constante equilibrio entre el humor implacable y una cuidadosa elección de la palabra. Estas características, si bien reconocidas por la crítica y confirmadas en la lectura, fueron hasta la década de los '90 el lugar común para referirse a su obra, sin mayor profundización salvo las lecturas de Roberto Hozven y Jaime Collyer en sendos artículos sobre el escritor. Compartiendo el interés que despierta el autor de *Alhué*, la recepción que propone esta tesis considera relevante la articulación dialéctica de dos elementos: por una parte postulamos que las preferencias de tratamiento de los personajes de González Vera forman una respuesta que, desde la corriente Criollista, se opone a la construcción

del sujeto literario popular característica de esa narrativa, reacción sólo puede entenderse considerando el momento histórico que vivía Chile, su experiencia de la Modernidad en los decisivos años '20 y la huella ética que dejara en las decisiones estético-literarias el ideario anarquista clásico del cual González Vera era seguidor. Por otra parte, pienso que se trata de una poética capaz de construir una narrativa singular e interesante, irónica y pudorosa, al extremo que esta última característica complota contra sus posibilidades de trascendencia, estableciendo un cerco de efectos negativos en los alcances de su literatura.

El lector de una narrativa nacional participa del dictamen que propone la observación naturalista y criollista, y en ellas encuentra nociones del Yo, del Nosotros y del Otro que, en el caso de los libros considerados en el canon, contribuyen a la formación de una imagen social del país descrito, imagen que podría depositar en el subconsciente lector una suerte de estereotipos y prejuicios favorecedores de un sujeto social sobre otro, difundida a través de los textos obligatorios en programas escolares de educación básica y media. El peso de lo que Ángel Rama denomina "la ciudad letrada" tradicional recae en al menos tres generaciones de chilenos entre 1950 y hasta los años 70, quienes conocieron obras canónicas del Criollismo chileno como el relato "Paulita" de Federico Gana o la obra canónica *Zurzulita* de Mariano Latorre. Esta investigación parte preguntándose hasta qué punto la novela criollista nacional ha sido capaz de crear una imagen generalizadora y estereotipada del sujeto literario popular chileno, imagen que responde a la formación de clase de los escritores del caso, recogida, narrativizada y masificada por los circuitos oficiales de lectura. La siguiente pregunta fue si, confirmada la existencia de un grupo de escritores en reacción a esta imagen de sujeto popular, constituía dicha literatura una aproximación distinta y reveladora de la identidad social y moral del otro, un reconocimiento a dicha identidad, o se resolvía como reacción enaltecedora, una vuelta de mano literaria, equivalente en cierta forma a la contradicción que registra la historia musical de Chile entre la tonada tradicional y la Nueva Canción Chilena. ¿Qué media entre el narrador de dos novelas exitosas o reconocidas en su tiempo como *Casagrande*, de Luis Orrego Luco, y *La sangre y la esperanza*, de Nicomedes Guzmán, por ejemplo?

Estas preguntas, sin embargo, no surgen de un acercamiento primario a dos instancias en la historia de la literatura chilena. Son consecuencia de la lectura de González Vera y lo que pareciera proponer desde una voz narrativa que no pertenece ni se asimila al poder social ni económico, y tampoco pretende una prosa como acto de restitución de imagen del sujeto literario popular. Hablamos de un escritor de reconocida filiación anarquista, resuelta en la vida y en la literatura como respeto primario y esencial ante la condición del otro, en contraposición al estereotipo del ácrata con el cuchillo pronto a clavarse en la espalda de la realeza. Esta noción ideológica del autor de *Vidas Mínimas*, *Alhué* y otras, obliga a plantearse nuevas preguntas: ¿es que la obra de González Vera propone no un *Yo ante el Otro*, sino un *Entre Nosotros*? Sus personajes, privilegiados, de clases medias o populares, ¿no parecen revelarse como dotados del mismo derecho a ser ficción de sujetos históricos, el mismo derecho al juicio y calificación que en otras literaturas resuelve al personaje popular con una adjetivación que borra perfiles y acrecienta rechazos? Y si así es, ¿desde qué perspectiva social escribiría González Vera respecto de sus predecesores? ¿Qué nos dicen las decisiones estéticas del autor respecto de sus fundamentos éticos? Aun más: ¿qué justifica concentrar esfuerzos de investigación en este autor, desde hace tiempo eludido en programas escolares y académicos? Las únicas tesis de grado encontradas sobre el escritor, específicamente cuatro y todas de autoría femenina, fueron escritas entre 1955 y 1968. Se registran artículos y prólogos escritos por amigos del autor para las ediciones de sus libros o con posterioridad a su fallecimiento, algunas notas periodísticas referentes a la recopilación de las crónicas anarquistas de González Vera y Manuel Rojas en

su juventud, la referencia en *memoriachilena.cl* y los lúcidos artículos de Roberto Hozven¹ y Jaime Collyer sobre la novela *Alhué*, ya mencionados. En el círculo de estudiantes de literatura chilena y dueños de pequeñas editoriales, se dejan escuchar ocasionales comentarios de admiración por el autor que no llegan al papel impreso. Una nueva pregunta surge entonces: ¿no son todos estos silencios y susurros o las decenas de notas de diario reiterando las mismas cosas, una constatación de que la literatura de González Vera no parece resistir la prueba del tiempo y el interés del público post neoliberalismo a la chilena, por una parte, o de la crítica especializada y nacida bajo la misma condición histórica, por otra?

Me asiste el convencimiento, otorgado por la experiencia estética, de que la prosa de González Vera representa, en su elegancia, contención y afirmación de la calidad del sujeto, un momento necesario –y diferente– en nuestra literatura, puestos frente a un Chile que persiste en evadir el espejo social, en inventarse mitos de origen que suplen una historia manipulada o traumática, y en confirmar los conceptos de la novela criolla chilena tradicional sobre el sujeto popular, aunque, salvo *Martín Rivas*, se la haya dejado de leer, y que perduran en la novela moderna, especialmente la de mediados y fines del siglo XX. Por cierto, esto no constituye de ningún modo una crítica al valor literario y estético de la obra de Blest Gana, Donoso y otros, sino que busca destacar la diferencia que propondría González Vera en la evolución de la literatura chilena a hispanoamericana, y en el intento por precisar la relación entre ética anarquista y estética narrativa que podrían subyacer en la prosa del autor. Esta certeza nos lleva a otra, ya mencionada: la prosa gonzalezveriana, en sus opciones éticas y estéticas, constituye uno de los hitos que señalan el paso hacia nuevos referentes de creación en la narrativa chilena moderna.

Para estos efectos se definió una metodología de aproximación que contempla tres aspectos: caracterización histórico-social de Chile en el período 1900-1920 y su experiencia de la Modernidad en el marco de los importantes movimientos políticos e ideológicos de la época, como marco contextual de la biografía del autor. En cuanto a este tema, se revisarán los aportes de Marshall Berman, Mario Góngora, Gabriel Salazar y Julio Pinto, así como Sergio Grez. A ello se une la revisión de la bases éticas del anarquismo propuesto por Kropotkin y otros, elementos que se contrastarán con la noción de analéctica propuesta por Enrique Dussel en torno a la discusión filosófica latinoamericana sobre ética (incluida su crítica), y que permitiría acercarse a las bases éticas que justifican las opciones estéticas del autor. En ese marco y para obtener una noción de “sujeto” se tuvieron en cuenta dimensiones terminológicas, filosóficas y gramaticales del concepto, mientras que su tratamiento ético se vislumbró desde lo que proponen tanto Ferrater Mora como José Luis Aranguren.

Finalmente y en el ámbito acotado de la literatura, el rol del escritor se revisa desde la perspectiva de Ángel Rama en *La ciudad letrada*, mientras que la figura del cronista se considera a partir de la reflexión de Julio Ramos en *Encuentros y desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y Política en el siglo XX*. La influencia del Criollismo y su capacidad para tejer redes de significación social, en tanto, se consideran a partir de la “macrofigura” señalada por Leonidas Morales

De este modo, se espera que el marco teórico señalado conforme la herramienta que permita abordar el corpus de obras seleccionadas para esta tesis, las preguntas que genera esta narrativa y el intento por responderlas.

¹ Hozven, Roberto. “Los mitos de Chile de Sonia Montecino. Relectura de *Alhué* de González Vera”. *Revista chilena de Literatura*. N° 66, Santiago, abril de 2005, págs., 119-127.

II Objetivos, corpus e hipótesis.

Como ya se ha señalado, lo que esta tesis espera es reiniciar el diálogo entre la narrativa de González Vera y el lector chileno del siglo XXI, interrumpido entre otras cosas por el desinterés que provoca la literatura Criollista, las más de las veces disminuida ante voces como las de un Donoso o un Bolaño, o por resultar mucho menos dinámica y restringida que la escritura de Rivera Letelier o Pedro Lemebel. Precisamente es este lector, siempre atento al humor que hila fino, quien podría encontrar en González Vera una veta de ironía elegante aunque implacable, de naturaleza distinta a la de su contemporáneo Juan Emar, aunque similares en la percepción certera del sujeto literario retratado, como esperamos demostrar más adelante. Este humor sutil, presente en la viñeta de la que González Vera gusta tanto, es particularmente agudo en torno al habitante de la ciudad, elemento que el santiaguino sometido a anestesia local de los medios en nuestros días, pero ávido de señales inteligentes, parece necesitar para entender las contradicciones de su tiempo².

Otros elementos que se agregan a esta meta dicen relación con el reconocimiento de la singularidad literaria que, nos parece, constituye González Vera en el marco del Criollismo, movimiento que se hace necesario observar a la luz de la experiencia moderna del Chile de los años '20 y '30, singularidad que creemos tiene como uno de sus elementos principales el modo de abordar la figura del sujeto popular³, modo que es al mismo tiempo heredero de la bases estética del naturalismo que explica el Criollismo chileno, aunque en una faceta de reacción tanto al canon del movimiento como a las prefiguraciones sobre este sujeto que emanan del origen de clase de los escritores del período. A modo de síntesis, postulamos lo siguiente:

Objetivo general:

- Abrir una vía de aproximación a la narrativa de González Vera como producción sustentada por elecciones éticas para la constitución de una singular estética literaria moderna.

Objetivos específicos:

- Esbozar las posibles contradicciones históricas y literarias que animaran la producción criollista y su visión del sujeto popular.
- Reconocer los elementos textuales modeladores del sujeto popular transmitidos por el Criollismo.
- Revitalizar el acercamiento a un autor cuya obra es al mismo tiempo parte y diferencia de una generación esencial en la constitución del proyecto histórico chileno.

Corpus:

² Nos referimos a reacciones sociales como la respuesta tan masiva como respetuosa ante la visita del espectáculo callejero "La pequeña gigante" hace dos años, o el éxito de Stefan Kramer, un imitador de pocas concesiones.

³ En estricto rigor, y como se expone más adelante, el sujeto popular es un ente distinto del sujeto literario popular. Por el momento se utilizará la expresión, en su sentido lato.

Inicialmente parecía una tarea relativamente fácil reunir el corpus, ya que González Vera fue un escritor de producción acotada: los relatos **Vidas mínimas** (formado por dos novelas breves), **Alhué** (narraciones dotadas de cierta autonomía, unidas por el tema común del pueblo donde transcurren –o más bien se detienen– los hechos; **La Copia y otros originales** (relatos) y **Necesidad de compañía**, textos breves alrededor de personajes femeninos. Las memorias **Cuando era muchacho** (también formadas por narraciones breves publicadas en revistas, y posteriormente reunidas a instancias de su amigo Enrique Espinoza) y la antología de esas memorias llamada **Aprendiz de hombre**. Se cuentan también las biografías de **Algunos** y las reflexiones de **Eutrapelia, honesta recreación**. Este escueto catálogo, sin embargo, va unido a una de las características del escritor: González Vera hizo numerosas revisiones de sus obras, especialmente de **Alhué**. Este continuo recorte de las ediciones implica que junto con elegir la obra es necesario optar por una edición –en este caso dos–, para hacer un contraste relativo a una de las hipótesis a plantear, y que apunta a que la contención, en tanto eje estético del autor, también es un factor que complota contra esta literatura. De este modo, el corpus queda constituido por las novelas **Vidas Mínimas** (1923), **Alhué** (1928 y 1955) y las memorias **Cuando era muchacho** (1951).

Otro elemento que se tiene en cuenta en el análisis es la posible influencia que la práctica constante de la crónica pudo haber ejercido en la narrativa gonzalezveriana. Para abordar este punto se ha realizado una selección de crónicas, tanto de la época juvenil en periódicos anarquistas, las revistas *Claridad* y *Babel* y otras, como las editadas en diversos diarios durante la madurez del autor. A estos efectos fue clave la publicación de **Letras anarquistas**, selección y edición a cargo de Carmen Soria, nieta del autor, junto a Nibaldo Mosciatti, en 2005.

Hipótesis de trabajo:

1. La narrativa de González Vera, surgida en el apogeo del Criollismo de tercera generación, corriente literaria nacida al alero de la Modernidad chilena, constituye una reacción estética ante el sesgo ideológico sobre el sujeto popular que comunica dicho movimiento literario.
2. Un aspecto modelador de la estética que propone González Vera, proviene de la articulación entre ética anarquista como analéctica, y las soluciones narrativas que genera la crónica periodística de los años '20, heredera de las tensiones entre periodismo y literatura que caracterizan a la Modernidad latinoamericana.
3. Uno de los pilares estéticos de esta narrativa radica en la contención verbal, elemento que genera al mismo tiempo tanto una marca estilística como limitaciones a las posibilidades de trascendencia de esta literatura.

III Marco teórico

El acercamiento a la singularidad de la narrativa gonzalezveriana y la búsqueda de las marcas textuales que permitan identificar su reacción al canon criollista chileno, hacen necesario revisar los ejes históricos que caracterizan a la sociedad chilena de las primeras décadas del siglo XX, especialmente en cuanto a la constitución de las clases medias, los altos niveles de organización y presencia de los grupos obreros, así como las principales tendencias del movimiento anarquista europeo a su llegada a América Latina y la consolidación de los partidos políticos de izquierda chilenos. Por cierto, resulta esencial formar un perfil de nuestra clase alta, no sólo por originar la noción de “el peso de la noche” portaliana a la cual deberemos hacer constantes alusiones, sino también porque de ella surgen importantes escritores representantes del Criollismo, cuya literatura, con las ineludibles marcas de clase de sus creadores, convoca y da forma a una idea de la clase trabajadora que, siguiendo a Salazar y Pinto, es un importante factor en el delineado de los modelos sociales, si se considera la circulación de esta narrativa ya desde los textos escolares.

Esta contextualización histórica reconoce el trabajo de tres destacados académicos: los Premios Nacionales de Historia Mario Góngora y Gabriel Salazar –en colaboración con Julio Pinto–, y el aporte del distinguido historiador Sergio Grez Toso. Se busca evitar sesgos en la visión de campo de época, por la vía de incluir miradas provenientes de veredas ideológicas opuestas, aunque de probada seriedad en la investigación, amén de complementar lo que, en virtud de las orientaciones metodológicas (e ideológicas) de cada historiador, se pase por alto. Cabe destacar que el estudio de Salazar y Pinto sobre los grupos populares y las capas medias de la sociedad chilena, con las dificultades y vacíos teóricos que los mismos autores reconocen, resulta especialmente valioso en el análisis del discurso literario gonzalezveriano y su estrategia narrativa que, desde dentro del Criollismo, se opone al tratamiento del canon para el sujeto literario popular. No menos valioso resulta el trabajo de Sergio Grez, que permite distinguir y aclarar el proceso de evolución del anarquismo chileno.

Esta panorámica de la historia chilena, sin embargo, se resentiría sin una perspectiva sobre el momento en la historia de Occidente que conocemos como Modernidad. Para ello se recogen las reflexiones de Marshall Berman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (2004), y a la hora de revisar los antecedentes histórico-culturales que explican el rol del escritor en la Modernidad, se reconoce la reflexión de Ángel Rama en *La ciudad letrada* (1988). En cuanto a la crónica –género que practicara González Vera y de donde pensamos provienen algunos recursos que influyen en la estética narrativa del autor– resulta particularmente valioso el texto de Julio Ramos *Encuentros y Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y Política en el Siglo XX* (1981), así como las notas del curso “Crónica Urbana. Su teoría, su práctica chilena”, dictado en 2006 por Leonidas Morales.

Otro elemento importante que se integra a esta panorámica histórica y social del período lo constituye la aparición del movimiento anarquista europeo y su peso en la historia chilena de inicios del siglo XX. A este respecto, la obras de James Joll *Los anarquistas* y los artículos de Luis Vitale permiten elaborar una línea de evolución en el tiempo hasta

llegar a la inserción de González Vera en el anarquismo kropotkiniano, tendencia cuyas bases éticas parecen dialogar con las decisiones estéticas del narrador.

Precisamente con respecto a la ética y su reflexión filosófica en América Latina, un concepto que consideramos relevante es el de *analéctica*, idea propuesta por el filósofo argentino Enrique Dussel a principios de los años '70 y que pensamos permite aproximarnos a las motivaciones de González Vera para su literatura en rechazo al canon criollista. En este punto es necesario ampliar la discusión bibliográfica, pues existen críticas importantes de considerar al momento de identificar la analéctica y sus alcances, especialmente literarios.

Con respecto al discurso literario propiamente tal y las dimensiones estéticas que caracterizan la narrativa de González Vera, prima la observación de las técnicas literarias recurrentes en el autor, como la contención, la cautela con el adjetivo, la ironía por sobre el sarcasmo y, creemos, una suerte de pudor narrativo muy característico del prosista, ligado con frecuencia a la crónica, así como las consecuencias que pensamos derivan de estas opciones estéticas.

1. Modernidad chilena temprana: una aproximación a los años 20.

– El referente europeo.

A principios del siglo pasado Chile tiene, como la mayor parte de los países del cono sur, menos de cien años de existencia como nación independiente (de la Corona española). Comparte con sus vecinos la obligación de enfrentar los desafíos políticos y económicos de un país joven, tercermundista, en permanente tensión con su reciente pasado colonial y del cual hereda la devoción por la metrópoli (Madrid, París, Nueva York, etc.) como punto de referencia, tanto como suele ser ignorada por ésta ante las dificultades de nuestra ubicación geográfica y la tendencia a relativizar el valor de nuestra producción cultural. El largo proceso que dará lugar en Occidente al cambio de paradigma que llamamos Modernidad no significa para nuestro continente, ni en particular para Chile, una diferencia con respecto a este status periférico. De hecho, el esfuerzo por generar una discusión y experiencia de lo moderno, de cómo adherir a la Modernidad en un pie relativamente digno, cruza los recientes espacios de crítica que se abren en la América Latina de fines del siglo XIX, y se traducen en la producción literaria del período. Los ensayos fundamentales de Martí, Rodó y el *Facundo* de Sarmiento, entre otros de la época, responden a esta búsqueda de caminos que conecten nuestro continente-provincia con la Roma Moderna. Es necesario entonces revisar las contradicciones que mueven la historia continental y chilena desde la formación de su institucionalidad política la de sus movimientos literarios y culturales, pues sirven de marco y explican la elección de determinadas estéticas en tanto eje rector de la escritura, como creemos ocurre con González Vera, Manuel Rojas y otros narradores de esta primera parte del siglo pasado. Esto significa reconocer algunos aspectos modeladores de la Modernidad en el Primer Mundo, y de los que la ex colonia intenta ser eco.

4
 A partir de la lectura de Berman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, observamos que hacia 1900 Europa experimenta en el espacio cotidiano las consecuencias que la Revolución Francesa, la Ilustración y la discusión filosófica iniciada doscientos años antes significan para la apertura intelectual de Occidente, superado el temor a la herejía que significaba trastocar el viejo orden, y alentada por la fuerza de la Reforma protestante. El hombre y la mujer de la calle conocen el telégrafo, la luz eléctrica, el teléfono y la fotografía, es decir, desarrollan una nueva expectativa en cuanto a la *velocidad* aceptable para una respuesta. Al mismo tiempo, el vapor y otros elementos transformarán el taller de manufacturas en una fábrica, mientras procede la ampliación de las calles para dar lugar al automóvil. La velocidad con que se derriban espacios públicos y privados que habían permanecido en pie por generaciones, son la señal de que ha llegado una forma nueva de vivir, de espaldas a la antigua, una forma *moderna*, equivalente a progreso, mejor calidad de vida y cambio para bien, como proclaman muchos periodistas y defensores de la Modernidad temprana, aunque luego sometida a reflexión crítica en las postrimerías del siglo XX. Marshall Berman se refiere a ello de este modo:

Hay una forma de experiencia vital –la experiencia del tiempo y el espacio de uno mismo y de los demás de las posibilidades y los peligros de la vida– que comparten los hombres y las mujeres de todo el mundo de hoy. Llamamos a ese conjunto de experiencias la “modernidad”. Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, conocimiento, transformación de nosotros y del mundo y que al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que creemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernas atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido, la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia.⁵

La noción de una Modernidad que desintegra, se contradice y genera angustia se alcanza al tomar contacto con los efectos de este cambio de paradigma: ya no se trata sólo de echar abajo un barrio *antiguo*, sino de la fiebre por demoler y construir edificaciones cuya materialidad y solidez no dan ninguna garantía de permanencia en la retina del ciudadano, lo que a la postre atenta contra nociones de pertenencia e identidad⁶. Al mismo tiempo que la ciencia moderna obtiene respuestas que elevan la expectativa de vida promedio, la clase obrera asalariada experimenta la hacinación y maquinización del hombre por el hombre, viviendo más, pero no mejor que su antepasado campesino medieval. Esta clase, sometida a la dependencia del modo capitalista de producción, encontrará eco a sus necesidades en el discurso anarquista e izquierdista que promueve la sindicalización y organización. Dicho de otra forma, los movimientos sociales y políticos cuyos “grandes relatos” recibieran apresuradamente certificado de defunción a fines de los años '80, son resultado de la misma Modernidad cuyos aspectos éticos cuestionan y ante los que proponen un nuevo pacto de

⁴ Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Ed. Siglo XXI, 2004.

⁵ *Op. cit.*, “Prefacio”, p. 1

⁶ Este hecho llevó a una protesta sostenida en las viejas capitales europeas por conservar su arquitectura, generando políticas de rescate del espacio público. La Modernidad santiaguina, en cambio, no registra efectos de estas protestas, casi siempre aisladas, con la pérdida dramática de patrimonio cultural que ya conocemos.

relaciones sociales, muchas veces traicionado por los continuadores de la idea original. De estos movimientos modernos, el anarquismo, aún con presencia en la actividad política de nuestros días, tuvo un lugar ineludible en la discusión pública de fines del XIX y hasta entrados los años '30, tanto en Europa como en América Latina, como se comentará más adelante.

Resulta de particular interés la percepción que Berman tiene del espacio público moderno, al incluir en su mirada crítica otras emanadas de la literatura, como la de Baudelaire y Dostoievski y la forma en que éstos dan cuenta del nuevo personaje, el ciudadano de a pie acogido o rechazado, pero a fin de cuentas redefinido por el nuevo estar cuyos límites son la acera, el bulevar, las plazas y los paseos públicos. La Modernidad como “experiencia vital” se reconoce de forma evidente en la calle, el topos donde se erige, borra y vuelve a erigirse el perfil de la ciudad, dando lugar a un nuevo trato entre clases sociales. La calle misma es muy distinta de su similar premoderna. El antiguo sitio de paso obligado hacia los mercados y lugares de culto o fiesta, ahora se transforma en un espacio que señala, como elemento inevitable de la nueva urbe mecanizada, un “estar” urbanizado, con un protocolo determinado a su vez por la nueva división del espacio público: la calzada para los vehículos, la vereda para los peatones que, antes del automóvil e incluso del coche de caballos no obligaba a esta segregación.

El suelo de tierra ha sido domesticado por el pavimento, por lo que resulta más cómodo transitar por la acera. El peligro del viejo “¡Agua va!” desaparece en la medida en que se generaliza el acceso al alcantarillado. El mercado, que nunca duerme, toma nota rápida de este nuevo público más alfabetizado que repleta las calles, y desarrolla la vitrina o vidriera como espectáculo, mientras que el público y la moda responden espectacularizándose a sí mismos con nuevos trajes y calzado que ya no luchan contra las piedras o el barro premodernos. La ahora comfortable calle se reproduce y mejora con la construcción de bulevares o pasajes (calles techadas) en el París de Haussman, a fines del siglo XIX. El “ver y ser visto” es lema válido que acerca a las personas al mismo estatus de las mercancías, con diferentes valores de cambio (y a veces de uso).

La segregación vereda/calzada es superada dialécticamente en la manifestación social, en particular la de carácter político. La protesta de las masas que nacen con la Modernidad industrial se apodera de las calzadas para hacerse notar por la vía de impedir el tránsito de vehículos, declarando a gritos que la vida “normal” no lo es para miles de personas.

La ciudad moderna, la urbe con su urbanismo y urbanidad, los nuevos edificios y especialmente la nueva higiene resultan de enorme atractivo para el latinoamericano que tiene oportunidad de viajar, contrastando esa experiencia con la polvorienta ciudad del Nuevo Mundo, escasamente pavimentada, sufriendo el polvo del verano y el barro del invierno. Importar la ciudad europea moderna se vuelve un imperativo de las políticas de Estado y una vía para demostrar que se ha superado la barbarie, gran sueño de pensadores latinoamericanos como Bello y Sarmiento.

Ensanche las calles, erigir edificios más altos, derribar el adobe (o por lo menos recubrirlo, como se observa en los antiguos barrios de la clase alta chilena del 900) para imponer el acero, el cristal y el cemento, movilizan grandes presupuestos y esfuerzos de todo orden. Hacia 1870 y de la mano del Intendente Vicuña Mackenna, se da inicio al proyecto que cambiaría la ciudad de Santiago, como señala el artículo al respecto en *memoriachilena.cl*:

(...) no sólo pretendió mejorar los servicios públicos de alumbrado, agua potable, seguridad y transporte, sino también regenerar las conductas y hábitos de sus habitantes, erradicando ciertos vicios como la mendicidad, la prostitución, la pobreza y los constantes brotes de pestes y enfermedades que retrataban un paisaje de barbarie y rusticidad dentro de la capital del país. Dicho proyecto se constituyó a partir de un ideal civilizador que buscaba modernizar el modelo de vida urbana, a fin de hacer prevalecer el orden, la belleza y la cultura dentro de la convivencia espacial y social de sus habitantes. A la serie de programas de pavimentación y extensión de los servicios públicos, siguió un plan de segregación urbana que se concretó en la construcción del camino de la cintura, a fin de separar la ciudad bárbara de la ciudad ilustrada, opulenta y cristiana (...)⁷

A principios del siglo XX y en el marco de la preparación de los festejos del Centenario, se construye el Parque Forestal de Santiago, transformándose desde entonces en un polo de atracción para el habitante de la capital. En las calles remodeladas el “carro de sangre” convivirá, aunque no por mucho tiempo, con el tranvía y las góndolas, como gustaban llamar a los taxibuses nuestros abuelos. Es el Santiago que conoce la Generación del año 20 de González Vera, y donde cantó himnos anarquistas tomados del brazo de sus compañeros para ocupar el ancho de la vereda. Por cierto, la acera moderna apenas se deja habitar por el sujeto popular, entendido desde Salazar y Pinto como el ciudadano consciente y crítico, aquél que a cambio de desarrollar esta condición resulta invariablemente reprimido, especialmente al momento de ocupar los espacios públicos, en donde se opone al orden Moderno impuesto por el capital. El estado moderno, especialmente el estado portaliano defensor del orden, se niega a esta “interrupción del tránsito”, en sentido lato. Su idea del ciudadano, aún teórica, es una proyección hacia el indefinido futuro en donde la Modernidad se haya consolidado. No concibe masa crítica ni sujeto histórico más allá de la élite dominante, y aun ésta (como ocurrió con José Miguel Infante y Victorino Lastarria) es cuestionada. El anarquismo genera una ruptura de la noción estereotipada del chileno de extracción popular, y en tanto moderna recoge tanto los ideales de la Ilustración como una ética libertaria que se niega a aceptar que el hombre y la mujer popular estén incapacitados para desarrollar un proyecto propio con derecho legítimo a ser parte del proyecto histórico chileno mayor. La arista ética del anarquismo pretende ser lo suficientemente afilada como para abrir un espacio social que convoque al habitante de la periferia económica y cultural al encuentro con la estatura cívica que hasta entonces solo define a la élite.

La ética anarquista necesariamente tiene que reaccionar contra la imagen del “pueblo llano” que comunica la literatura criollista chilena, guiada las más de las veces por la mejor de las intenciones y que, a la postre, restringen los alcances estéticos del ejercicio escritural (el Criollismo chileno no tuvo ni tiene lectores más allá de nuestras fronteras, siendo el término de la enseñanza secundaria una de ellas, salvo excepciones como Coloane). En esa medida Santiago y las capitales de provincia, modernizadas apenas ayer, observan la aparición de un chileno popular que, a diferencia de los milicianos independentistas, de la montonera o el bandidaje, instala en la calle su mensaje y su idea del Chile futuro, en donde los beneficios de la Modernidad sean moneda común, lo que significa atacar la idea tradicional de orden, término siempre caro a la élite económica y política. A propósito de esta palabra, Ángel Rama se refiere al concepto en los siguientes términos:

⁷ “Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1866). Remodelación de Santiago”, recurso electrónico disponible en <http://www.memoriachilena.cl/temas/dest.asp?id=vicunaremodelaciondesantiago>

La palabra clave de todo este sistema [el del proyecto imperial español] es la palabra orden, ambigua es español como un Dios Jano (el/la), activamentedesarrollada por las tres mayores estructuras institucionalizadas (la Iglesia, el Ejército, la Administración) y de obligado manejo en cualquiera de los sistema clasificatorios (historia natural, arquitectura, geometría) de conformidad con las definiciones recibidas del término: “Colocación de las cosas en el lugar que les corresponde. Concierto, buena disposición de las cosas entre sí. Regla o modo que se observa para hacer las cosas.”⁸

La arquitectura, como asimismo las obras públicas, no ha estado al margen del proyecto ideológico que sustenta el poder. En el caso particular de la ciudad colonial latinoamericana, Rama señala que las reglas que orientan la construcción de lugares públicos y privados está regida por los intereses de la Corona española, centrados en el reforzamiento de la relación jerárquica con el Otro, y no es difícil notar que esto sobreviven a la Independencia y la consolidación de las repúblicas del continente. La relación del ciudadano en nuestras calles se habría definido en la medida en que existe:

El principio rector que tras ella [la forma de damero de las calles] funciona y asegura un régimen de transmisiones: de lo alto a lo bajo, de España a América, de la cabeza del poder –a través de la estructura social que él impone– a la conformación física de la ciudad, para que la distribución del espacio urbano asegure y conserve la forma social.⁹

Portales como sus predecesores y continuadores, perpetúan este orden imperial, por lo que no debe extrañarnos que fuera y sea precisamente la calle un espacio de especial preocupación y control social. Los anarquistas en tanto (quienes por regla general llevan vidas personales pulcras y correctas) ven en el desorden público una manifestación de desobediencia civil ante la que por lo demás prácticamente no existen alternativas para la expresión de un proyecto popular. Sus periódicos, incluso las ediciones gratuitas, llegan a un sector reducido de los trabajadores alfabetizados y aún más reducidos de la clase media. El anarquista González Vera dice: “¿No es preferible que se rompa el equilibrio, a condición de que todos los hombres puedan, en el mismo instante, mirar abiertamente el sol?”¹⁰

El acto público, la marcha, proporcionan la posibilidad de hacer propaganda de impacto por la vía oral y visual. Es otro “espectáculo”, desde la perspectiva de Debord, protagonizado por nuevas oleadas de ciudadanía en evolución y que, incluso reaccionando al orden mercantil, necesita utilizar los recursos que la publicidad, hija legítima de dicho orden, utiliza como vía de comunicación. La Modernidad ha cambiado las pautas, los grupos y los ámbitos de alcance posible de un mensaje. El antiguo salón con acceso limitado a la élite artística e intelectual desaparece, y en su lugar emergen el café y la bohemia. El Santiago moderno de principios del siglo XX, como realización del orden monárquico y luego portaliano, es al mismo tiempo territorio donde la reacción al orden tiene posibilidad de instalarse hasta nuestros días tecnologizados, en una ruta que va de la ciudad moderna y letrada a la ciudad virtual en progresiva masificación. Para comprender de mejor manera la forma en que este proceso se desarrolló en la Modernidad chilena, específicamente en la capital, procede la revisión del marco histórico a continuación.

⁸ Rama, Ángel. “La ciudad ordenada” en *La ciudad letrada*. Montevideo, Arca, 1988, pág. 19. *Cursiva en el original.*

⁹ *Op., cit., pág. 21.*

¹⁰ Soria, Carmen (comp.). “El espíritu de Chile”, Stgo., *Claridad*, 30 de junio de 1923., en *Letras anarquistas*. Stgo: Ed. Planeta, 2005, págs. 119-121.

a) El estado moderno chileno bajo dos perspectivas: Mario Góngora y Gabriel Salazar.

Los referentes históricos que explican la formación y evolución del estado, especialmente el período entre 1900 y 1920, es decir en los albores del intento chileno por adscribir a la Modernidad, son objeto de natural interés para nuestros historiadores. A partir de 1973, la Dictadura militar manifestó evidente interés en controlar el discurso histórico, para lo cual contó con el apoyo de académicos interesados en transmitir una visión afín a los intereses del régimen. Esta visión parcial en la que al menos dos generaciones de chilenos fuimos educados, hace necesaria la búsqueda de perspectivas serias y reconocidas que, asumiendo el ideario político o social que las alimenta, ofrezca la posibilidad de obtener una perspectiva más amplia sobre el desarrollo de la historia de Chile. Para ello se ha recurrido al análisis de dos Premios Nacionales de Historia: Mario Góngora y Gabriel Salazar, quienes desde veredas más bien opuestas, intentan explicar en qué forma se originó el estado chileno moderno, quiénes fueron los protagonistas de este intento y de qué forma impactaron en la evolución de nuestra sociedad. El contraste entre ambas posiciones nos permitiría delimitar un marco general de análisis histórico que facilite el acercamiento a González Vera, miembro de la generación del '20 en reacción al Criollismo, cronista y narrador.

Para Mario Góngora (1915-1985, Premio Nacional de Historia 1976), la génesis del estado de Chile se encontraría en el legado político de Diego Portales, Ministro y Vicepresidente en 1830 y 1835, respectivamente, y figura política de un país con apenas veinte años de vida independiente. Portales llega al poder en conocimiento de los ideales democráticos que animan los proyectos constitucionales de Europa y Estados Unidos y, reconociendo la necesidad de adherir a estos principios, cree firmemente que la población chilena no está capacitada para ejercer estos derechos de participación, a causa de su inmadurez política, lo que explica la necesidad de resaltar el principio de autoridad:

La concepción fundamental de Portales, para Alberto Edwards, consiste en restaurar una idea nueva de puro vieja, a saber, la de la obediencia incondicional de los súbditos al Rey de España, durante la Época colonial. Ahora se implantaba una nueva obediencia, dirigida hacia quien ejerciera la autoridad, legítima en cuanto legal.¹¹

La Constitución de 1833 no es más que la legalización de este principio de férrea autoridad, esencial para la conducción de un pueblo incapaz – en lo inmediato– de disfrutar en forma razonable de los derechos que otorga la participación democrática, los cuales presupondrían determinados rasgos de los que el pueblo chileno no privilegiado carecería del todo:

El hecho efectivo es que surge hacia 1830 un gobierno fuerte, extraño al militarismo y al caudillismo de los tiempos de la Independencia, que proclama en la Constitución de 1833 que Chile es una República democrática representativa, y que afirma su legitimidad en quien ha sido elegido según un mecanismo legal, y que rige al país según esas normas legales. Pero la específica concepción “portaliana” consiste en que realmente Chile no posee la “virtud republicana” que, desde Montesquieu y la Revolución Francesa, se afirmaban ser indispensables para un sistema democrático, de suerte que la Democracia

¹¹ Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago, Ediciones La Ciudad, 1981, pág.3.

debe ser postergada, gobernando, entretanto, autoritariamente pero con celo del bien público, hombres capaces de entenderlo y realizarlo. Esta es la sustancia de la célebre carta de 1822 a Cea. Portales, que tenía entonces solamente 29 años, no se empeña en discutir la doctrina de la “virtud” propia de cada forma de gobierno, ni en atacar teóricamente la Democracia, da por sentado que en América no hay otra posibilidad, pero el realismo de su visión se manifiesta en que posterga su vigencia y confía solamente en “un gobierno fuerte y centralizador”.¹²

La frase subrayada nos da cuenta del reconocimiento del historiador hacia el hombre público que está en lo correcto cuando afirma que la democracia es un bien para el pueblo, siempre que tenga la capacidad del ciudadano europeo para el ejercicio democrático. Se desprende que Portales poseería la visión a futuro del hombre de estado que necesitaba la joven e inmadura república. Ahora bien, aunque Góngora reconoce el carácter de definitivo autoritarismo que encierra esta fórmula, resulta particularmente interesante que, comentando su diferencia con Alberto Edwards en torno a la concepción portaliana de estado, resalte la visión del Ministro sobre quienes integran la sociedad chilena y el rol que les cabe bajo un gobierno como el que él propone:

Pero donde me aparto de la visión de Edwards es en su idea de que para Portales el gobierno no sólo debe ser fuerte y centralizador, sino también impersonal y abstracto. Pienso, por el contrario, que para Portales “el principal resorte de la máquina” era la distinción entre los que él llama en sus cartas “los buenos” y “los malos”. Los “buenos” son “los hombres de orden”, “los hombres de juicio y que piensan”, “los hombres de conocido juicio, de notorio amor al país y de las mejores intenciones”. Los “malos”, sobre quienes debe recaer el rigor absoluto de la ley, son “los forajidos”, “los lesos y bellacos”, aludiendo sin duda a los pipiolos y los conspiradores de cualquier bando. Lamenta a veces la tibieza en el Gobierno y aun de aquellos que son afectos al Gobierno “por su natural propensión al orden y la paz”, “todas las piezas de la máquina se van desencajando sensiblemente”, “porque los malos no le tienen respeto” al Gobierno.¹³

No puede menos que reconocerse la falta de eufemismo de Portales para referirse a quienquiera que se oponga a su forma de gobernar por el bien público. En cuanto a “los buenos”, no parece haber mayor dificultad en señalar de quiénes se trata:

El régimen portaliano presupone que la aristocracia es la clase en que se identifica el rango social, y todos sus intereses anexos, con la cualidad moral de preferir el orden público al caos. Esto sería “el principal resorte de la máquina” en el portalianismo, a nuestro juicio.¹⁴

Como un eco de las relaciones sociales impuestas durante la Colonia, caracterizadas por un verticalismo sin ambages y la oposición encomendero-dueño de fundo versus rotos, el estado portaliano perpetúa esta noción del pueblo bárbaro, carente de cualidades que faciliten su acceso a la civilización moderna. Más aún, se perpetúa la idea de que el pueblo

¹² *Ibid.* El subrayado es mío.

¹³ *Op., cit.*, págs. 14-15.

¹⁴ *Op., cit.*, pág. 16.

se puede resumir en un concepto: los rotos. Ahí caben, entre otros, inquilinos, artesanos, peones, propietarias de cocinerías y chinganas, personas que desconocerían todo sobre el bien público y su administración. Un pueblo sin opinión que necesita de alguien opine por él. Esto explica que la Guerra Civil de 1891, en donde los políticos conservadores de clase alta se opusieron al presidente liberal Balmaceda (también de extracción aristocrática), se hubiera recibido con indiferencia entre los sectores populares:

La figura de Balmaceda, representada en miles de litografías populares como “el Presidente mártir”, a comienzos del siglo XX, ¿contó en realidad con el apoyo popular en su lucha con el Congreso? El asunto es materia muy debatida. Abraham König, político radical y antibalmacedista, en un artículo publicado durante el destierro en “La Nación de Buenos Aires”, escribe que la revolución ha sido el resultado de una cuestión de Derecho Constitucional, discutida desde distintos puntos de vista; y “la aplicación de un precepto constitucional no está al alcance de todos y, como es natural, los que se interesaban vivamente en la contienda eran los hombres ilustrados, los de buena posición social, que por su educación y cultura estaban en situación de comprender la gravedad del conflicto y apreciar sus consecuencias. En este sentido, la Revolución de Chile es aristocrática, porque ha sido empeñada, sostenida y dirigida por las clases directoras de la sociedad”. (...) En fin, el mismo Valentín Letelier, (...) ya pasada la Guerra Civil, escribía: “Mas, acaso se dirá que todo esto era pleito entre ricos, ajenos del todo a los intereses del pueblo; se dirá acaso que el pueblo, que no se reúne en clubs ni en asambleas, que no publica ni lee diarios, y a quien no importan un ardite los derechos políticos, no tenía motivo alguno para alzarse en armas contra el Gobierno establecido ... Por mi parte, no he de negar que efectivamente en los primeros meses de la contienda política entre los dos grandes poderes del Estado, el pueblo se mostró del todo indiferente a ella”(...)¹⁵

Inmediatamente a continuación comenta Góngora:

Los testimonios son bastantes claros, y vienen de ambos lados, como para negar la indiferencia popular, y lo atestigua más todavía la neutralidad del Partido Demócrata, de base social artesanal y de pequeña clase media; incluso, su jefe, Antonio Poupin, murió en Lo Cañas junto a jóvenes aristócratas. Sin embargo, la póstuma popularidad de Balmaceda es un hecho histórico innegable.¹⁶

Sobre la indiferencia del pueblo chileno “que no publica ni lee diarios”, Góngora se hace eco de la voz oficial sobre los sectores populares y no parece conocer ni mucho menos reconocer que este pueblo sí desarrolló canales de comunicación social alternativos, cual es el caso de la “literatura de cordel”, como se llamó a esos pliegos sueltos ilustrados que, heredados de la tradición española, se publicaron entre mediados del siglo XIX e inicios del siglo XX, y en donde se comentaban hechos de interés, muchos de ellos de carácter sensacionalista, como los crímenes y asaltos, pero donde también tuvo cabida la expresión del redactor en torno a las crisis políticas del período. Micaela Navarrete señala al respecto:

Los acontecimientos de la Guerra del Pacífico fueron descritos en los versos del más importante de los poetas populares, Bernardino Guajardo. Qué decir de la época de Balmaceda y la revolución del 91: Rosa Araneda, Daniel Meneses,

¹⁵ *Op., cit., pág. 25*

¹⁶ *Op., cit., pág. 26.*

Nicasio García y otros, escribieron dando su visión. Todos tenían opinión sobre la situación política que les tocaba vivir, los problemas de los pobres la carestía, los fusilamientos; junto a versos por el amor, o satíricos.¹⁷

La académica María Eugenia Góngora XIX, también se refiere al carácter de espacio de opinión que tuvo la lira popular:

Gracias a las descripciones de Rodolfo Lenz y a los trabajos posteriores de Juan Uribe Echevarría y de Antonio Acevedo Hernández, podemos conocer en alguna medida las condiciones de circulación de las hojas de versos, que están documentadas en Chile desde inicios de la década de 1860 (Uribe Echevarría, 1979). A propósito de la guerra de Chile con España, entre los años 1865 y 1866 se publicó un gran número de versos patrióticos, de nuevo en la guerra de 1879 contra Perú y Bolivia, los poetas populares participaron con una importante producción de poesía política, como volvió a suceder en el período que va de los años 1886 a 1896: La ascensión al poder del Presidente Balmaceda, sus enfrentamientos con diversos sectores populares y aristocráticos, la Guerra Civil que culminó en el derrocamiento y suicidio del Presidente, y por último el gobierno de Jorge Montt, caracterizado por una fuerte represión a los balmacedistas pero también a sectores populares simpatizantes del Partido Democrático.¹⁸

La indiferencia de Mario Góngora sobre el tema, que se explica porque también él es un sujeto cultural que se ha formado en la tradición académica ilustrada, se extiende a otras formas de manifestación popular que también sirvieron de espacio para la opinión, como la cueca; nos referimos en particular a la conocida "Cueca balmacedista", difundida en 1886 y conocida en la versión de 1969 del grupo chileno Quilapayún. No fue la única escrita sobre el mismo tema, ni fue ése el único tema relativo a la situación social y política, recogido en la cueca, si bien el asunto amerita, si no existe ya, otro espacio de análisis. Lo que nos parece esencial al respecto es que Mario Góngora se suma a la opinión general de la élite chilena sobre la apatía política del pueblo, del chileno de extracción popular en definitiva, cuyo status parece resultarle siempre de difícil reconocimiento.

Con posterioridad a la Guerra Civil de 1891, otro momento que Góngora considera importante en cuanto a la formación del estado chileno, es el relativo a la llamada "cuestión social", o la discusión relativa al problema de los chilenos pobres, especialmente la clase obrera que surge por efecto de la naciente industrialización, en la minería (salitre, carbón y cobre) y las fábricas instaladas en las ciudades. Este grupo invierte la distribución de la población nacional que, de habitar preferentemente los campos, emigra en masa a la ciudad para proveerse de mejores condiciones de vida ante la crisis del agro. La élite política ve con preocupación que la mano de obra barata crece en número y podría volverse una amenaza, pues ya se conoce en Chile el ideario de socialistas y anarquistas. Esta situación y el ya mencionado tema de la necesidad de superar la "barbarie" pre modernista, impulsan propuestas de diverso tipo. Un concepto tan importante como polémico fue la noción del Estado docente, definido así por Pedro Godoy:

¹⁷ Navarrete, Micaela. *La lira popular. Literatura de cordel en Chile*. Recurso electrónico disponible en <http://www.dibam.cl/upload/i5395-2.pdf>

¹⁸ Góngora, María Eugenia. *La poesía popular chilena del siglo XIX*. Recurso electrónico disponible en <http://www2.cyberhumanitatis.uchile.cl/03/textos/MEGONGORA.HTML>.

El Estado docente es la doctrina según la que la República asume el compromiso de educar a la población. En nuestras constituciones aparece este deber como preferente. La Iglesia sintió que al imponerlo se invadía su ámbito. Ello será uno de los ingredientes de las querellas político-teológicas del siglo XIX. Tal afán jamás es monopólico y, por ende, no excluye la iniciativa privada. Desde otro ángulo, es laico, pero no atea. Nuestro Estado, apoyado en la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, reduce el analfabetismo. Surgen escuelas para la infancia y liceos para la adolescencia. Son confortables y se edifican en medio del poverrío. Allí se civilizan los hijos del taller junto con los del palacio y los de familias inmigrantes. Esas aulas los emulsionan, contribuyendo a democratizar y a chilener. Aportan a plasmar un estrato, factor de estabilidad sociopolítica: la clase media. El Estado docente funda una red de institutos que culmina con la Universidad de Chile. Todo el sistema es gratuito y ajeno a la concientización sectaria.

19

El elemento conservador vio siempre con sospecha y rechazo esta condición del Estado, que hasta el día de hoy genera escozor, Como el mismo Godoy señala un poco antes:

Es una teoría pedagógica y una praxis educativa. Las facultades de Educación que, se supone, preparan al magisterio no la analizan. La ciudadanía – siempre amnésica– no sabe de qué se trata. Aun más, ciertos expertos a la violeta la juzgan pieza arqueológica y se permiten estimar la condición de “estadodocentista” como un estigma. Tienen a flor de labios la frase: “Yo no soy partidario del Estado docente”. Como si serlo fuese estar prontuariado o padecer de sida.

20

Lo cierto es que junto con el Estado Docente y su preocupación por educar y “civilizar” a la masa, aparecen también reacciones de tipo asistencialista o derechamente paternalista, como las agrupaciones de damas de alta sociedad, los patronatos y las casas de acogida, por una parte, comentados por Pinto y Salazar de esta forma:

La caridad decimonónica y sus “señoras” de la que ya hemos hablado, manifestaron esa actitud: el horror ante su brutalidad [la del “bajo pueblo”], y la necesidad de construir casa de huérfanos, de poner a las “chinas” a trabajar en casas respetables, de sacar a los vagos de las calles.²¹

Góngora, por su parte, lo reseña de la siguiente forma:

La investigación ha destacado ya suficientemente los esfuerzos de laicos y eclesiásticos en un sentido social-cristiano: la fundación de Patronatos por Carlos Casanueva, Juan Enrique Concha y Carlos Silva Vildósola; la labor de Francisco de Borja Echeverría y el mismo Concha en la cátedra de Economía Social en la Universidad Católica; las intervenciones de Concha en el Senado

¹⁹ Godoy, Pedro. “Estado Docente”, en la sección Cartas de La Nación , 15/07/2006, versión electrónica disponible en http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20060714/pags/20060714184111.html .

²⁰ Ibid.

²¹ Salazar, Gabriel y Julio Pinto. “Actores, identidad y movimiento” en *Historia Contemporánea de Chile* . Santiago, LOM, 1999, Vol II, pág. 55.

a favor de la legislación social. Para él, es esencial, justamente para impedir la propagación del socialismo, la intervención estatal legislativa y el trato familiar, paternal, con el obrero, a diferencia del impersonalismo del capitalismo de sociedades anónimas. (...) El grueso del Conservantismo no se interesó a fondo por la “cuestión social”. En el Partido Liberal se sabe que Arturo Alessandri hizo su tesis de Licenciado en Leyes sobre “Habitaciones obreras” (1892). Manuel Rivas Vicuña se interesó constantemente, nos lo dice en sus Memorias, por la dictación de la ley de Instrucción Primaria Obligatoria, promulgada solamente en 1918, pues los conservadores hasta entonces la veían como una maniobra del Estado docente y laicista.²²

Lo que parece colegirse de la cita es que según su autor, no se puede negar tanto la iniciativa de la élite política respecto de la cuestión social, ni tampoco que no fue una preocupación crucial ni parte de su proyecto, como sí ocurrió con el Partido Radical. Prefiere eludir, por estar muy estudiado, declara, el tema de los movimientos huelguísticos ocurridos entre 1905 y 1921, y no hace ninguna alusión a agrupaciones populares como las mancomunales y mutuales surgidas por iniciativa de artesanos y obreros mucho antes de la llegada del pensamiento anarquista a Chile. Sí reconoce la importancia de la juventud universitaria de 1920 a la que perteneció González Vera, como otros, sin ser alumno de la universidad, como factor de influencia en la solidificación del estado chileno:

La Federación de Estudiantes de Chile (FECH), fundada en 1907, pasó a ser, desde ese mismo año, un órgano de rebeldía, por problemas domésticos universitarios, pero que pronto derivaron también aun anticlericalismo militante, expresado en las manifestaciones contra el Nuncio Sibilía, en 1913 y en defensa siempre del Estado Docente. Sus dirigentes provenían inicialmente, sobre todo, de jóvenes radicales o liberales doctrinarios, pero a fines de la década de 1910 son sobre todo anarquistas y antimilitaristas. (...)²³

Góngora precisa el lugar de los intelectuales jóvenes en espacios paralelos a la Federación: ***Humanitarismo antibélico, Socialismo y Anarquismo eran consignas propias de toda la juventud “de ideas avanzadas” desde antes de 1920, pero singularmente señalado en ese año tormentoso, y a ellos se unieron intelectuales y escritores de la generación anterior, como los Tolstoyanos y “el grupo de los Diez” (D’Halmar, Fernando Santiván, y otros). Todo se conjuraba en su favor. En 1917 había triunfado la Revolución Rusa y aun aquellos que no eran comunistas o socialistas creían en su sentido liberador. El fin de la Guerra Europea trajo consigo una oleada pacifista y antimilitarista, entusiasta del moralismo del Presidente Wilson. En el ámbito doméstico, había triunfado en el Congreso la Alianza Liberal, de un tinte marcadamente mesocrático (...)***²⁴

El discurso universitario, en cambio, respondería a las siguientes coordenadas:

Del viejo radicalismo decimonónico subsiste aún el anticlericalismo y la denuncia contra los bienes de la Iglesia; pero predomina la lucha social y antimilitarista, anarquista y socialista. El “proceso contra los subversivos”,

²² Op., cit., págs. 42-43.

²³ Op., cit., pág. 46.

²⁴ Op., cit., pág. 47

iniciado contra los anarquistas por denuncia del Gobierno, que se fundaba en el cargo de antipatriotismo, llevó a una excitación culminante cuando el estudiante José Domingo Gómez Rojas, incomunicado y maltratado por disposiciones del Ministro de la Corte de Apelaciones, José Astorquiza, tuvo que ser al fin trasladado al Manicomio, donde falleció a los pocos días.²⁵

Estos hechos, resumidos por Góngora para describir a los miembros de la generación que formó la masa crítica chilena de los años '20, tuvieron entre sus testigos directos a González Vera, quien jamás olvidó (aunque evitó el dramatismo con pinceladas de ironía) el asalto a la FECh ni la muerte de Gómez Rojas, como él mismo comenta en sus artículos de **Claridad** y en **Cuando era muchacho**²⁶.

Con relación al peso ideológico del anarquismo de estos jóvenes y la huella que dejaron en la sociedad chilena, Góngora afirma lo siguiente:

“Claridad”, que se titulaba “Periódico semanal de Sociología, Arte y Actualidades” bien merece unas líneas, como órgano representativo de una generación, entonces juvenil, cuya mentalidad influyó mucho en esos años. (...) Una declaración de principios en torno de “la cuestión social”, publicada en el número 5, de 6 de noviembre de 1920, sostiene: “la Federación reconoce la constante renovación de todos los valores humanos. De acuerdo con este hecho, considera que la solución del problema social nunca podría ser definitiva y que las soluciones transitorias a que se puede aspirar suponen una permanente crítica de las organizaciones sociales existentes. Esta crítica debe ejercerse sobre el régimen económico y la vida moral e intelectual del país”. Está por “la socialización de las fuerzas productivas y el consecuente reparto equitativo del producto del trabajo común, y por el reconocimiento efectivo del derecho de cada persona a vivir plenamente su vida intelectual y moral... Declara finalmente que todo verdadero progreso social implica el perfeccionamiento moral y cultural de los individuos”. Como se ve, aparte de la frase sobre la socialización de la producción, el lenguaje dista mucho de ser marxista, y se enlaza más bien con un anarquismo intelectual libertario e individualista (...) Otro punto siempre recurrente en “Claridad” es el pacifismo antimilitarismo, entonces de moda, como hemos ya dicho.²⁷

Esta visión es objeto de las siguientes reflexiones:

La generación del año 20 ha conformado el tipo chileno del “intelectual de izquierda”, pero de una izquierda no oficial, sino permanentemente en crítica del orden social existente, crítica mordaz de la vieja aristocracia; de la nueva plutocracia; del clero; de los partidos titulados “avanzados”, con todas sus inconsecuencias y traiciones. (...) Su idealismo moral quiere disfrazarse siempre de “ciencia”, sobre todo de “Sociología”. (...) Son todos ellos fuertemente

²⁵ *Op., cit., pág. 49.*

²⁶ González, Vera, José Santos. Capítulos 91-93 y 100 en **Cuando era muchacho**. Santiago, Universitaria, 1996, Primera edición, págs. 187-196 y 209, respectivamente.

²⁷ *Op., cit., págs. 49-50.*

individualistas, aunque profesen teóricamente el socialismo, por odio a la injusticia social.²⁸

Góngora reconoce la influencia del proyecto libertario, aunque no consigna efectos sociales mediatos ni a largo plazo de la batalla por sus causas, ni se refiere a éstas más allá de lo que lo obliga la revista de la Generación del '20 en el ámbito universitario. Sí reconoce que el estilo de participación social de influencia ácrata, independiente y separado del partidismo político, hará escuela en las futuras generaciones de la izquierda chilena con acceso a educación superior:

Es cierto que “la generación del 20” es un pequeño grupo de intelectuales y no un pueblo entero; pero esto es un error grave en historia cultural, sobre todo en tiempos inestables y críticos, usar de un criterio cuantitativo. Esta generación, aun cuando no contó con ningún pensador” (una categoría típicamente hispanoamericana) de la talla de los hombres de la generación de 1842, ni de la generación de los años 1930-40, tuvo un rol capital en la topología intelectual y en las concepciones políticas y sociales chilenas.²⁹

Entre los personajes mencionados, González Vera recibe un comentario como redactor de *Claridad*, especificando su condición de ex anarquista. La investigación nos revela que González Vera siempre se refirió a sí mismo, especialmente en su trabajo literario, como un anarquista y antimilitarista, e hizo de su literatura un acto libertario que se condijo de la adultez y madurez del escritor. Pero a eso nos referiremos más adelante.

Al introducir la década que nos interesa con el capítulo *El tiempo de los caudillos. (1920-1932)*, Góngora hace suyas las certezas de Portales sobre la inmadurez del pueblo chileno para el ejercicio democrático, y deduce que esta alternativa lógica ante el fin de la monarquía, se resuelve en Chile con el fenómeno del caudillismo:

Estos caudillos sustituían la legitimidad tradicional de la Monarquía Española y sujetaban a su arbitrio a los aristócratas tradicionales, que sin embargo habían sido los primeros inspiradores del movimiento de Independencia: la espada surgía como el poder primordial, tal como en la época de la Conquista. En 1829-1830, son los generales vencedores, Freire y Prieto, sucesivamente, los que asumen el poder, y el segundo después fue Presidente legalmente elegido, y tras él, la “eminencia gris” de Portales.³⁰

En su análisis de los aspectos modeladores del estado chileno, Góngora hace referencia al fenómeno de Arturo Alessandri, elegido en 1920 como el primer presidente surgido desde la mesocracia, cuyo discurso populista y demagógico lograra captar la adhesión ciudadana tanto como la suspicacia aristocrática, el recelo de la generación universitaria y el rechazo anarquista. Se trataría, según Góngora, de una suerte de continuismo caudillista, esta vez adaptado a la democratización del derecho a voto:

Max Weber hablaría de una “democracia plebiscitaria”, pero en Hispanoamérica es más realista hablar de “Democracia caudillesca”. (...) en Chile, en 1920, se trata de masas dotadas del sufragio universal, en que se han disuelto las antiguas deferencias a la aristocracia, o de muchedumbres movidas por los

²⁸ *Op., cit., págs. 50-55.*

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid nota 1, págs. 56-57*

discursos, la prensa o la canción. El caudillo debe persuadir a las masas que ellas son “el pueblo soberano”, que él no es sino el ejecutor de sus voluntades y sentimientos. La elocuencia de Alessandri, en su manera decimonónica, sobre que “sólo el amor es fecundo”, etc., acompañada de su simpatía cordial, ayudan a la adhesión; además de que él posee la legitimidad legal de la elección popular. Hay pues algo ambiguo en la Democracia caudillista hispanoamericana: no existen ya las legitimidades tradicionales aristocráticas, las religiosas están puestas en duda por el anticlericalismo ambiente, queda sólo el carisma personal. Pero éste puede no ser duradero, depende de las circunstancias o del capricho de las masas, de la opinión pública (...)³¹

La cita nos permite identificar algunos elementos de base en torno al sujeto popular: primero, que no es sujeto, al menos no para el análisis de la constitución de estado en Chile. Los sectores populares se describen no como ciudadanía con derecho a voto, sino como “masas dotadas del sufragio universal”, cuyas decisiones cívicas no son fruto de ninguna decisión razonada ni de la capacidad de pensar la realidad, sino que dependen de aspectos emocionales como la impresión que provoca un discurso, la canción, el “carisma personal” como sustituto de las “legitimidades tradicionales aristocráticas” y religiosas. Sin pretender afirmar que para 1920 existía en Chile una masa crítica participativa sita en el sector popular, la investigación arroja la existencia de numerosos sindicatos organizados, con espacios de encuentro, difusión, discusión y actividades culturales frecuentes. El periódico *Claridad*, órgano oficial de la FECh, tiene entre sus redactores a González Vera y Manuel Rojas, ninguno de los dos estudiantes universitarios, pero sí miembros activos de la decisiva – el mismo Góngora lo reconoce y reitera– comunidad de estudiantes de la Universidad de Chile. Y ocurre que tanto uno como otro son jóvenes de extracción popular no obrera, modesta, aunque letrada. No tienen lugar en la “masa dotada con derecho a voto” que se encanta con los discursos alessandristas, descrita así: “(...) estas inconsistentes clases medias, los profesionales, el pequeño mundo de los empleados particulares y los pequeños funcionarios, el proletariado industrial y el ‘Lumpenproletariado’, acompañan al Presidente, que aparece siempre en primer plano, no detrás de su gabinete, como en el régimen parlamentario (...)”³², aunque por derecho se cuentan entre quienes dieron forma a la brillante generación chilena de los años '20. Sin embargo el mismo historiador no evita cuestionar veladamente, gracias al expediente de las comillas, la manera en que estos jóvenes deciden afrontar la crítica social de la que se hacen cargo.

Hacia 1920 la sociedad chilena se conforma entonces por una élite aristocrática, para utilizar los términos de Góngora, un sector medio de profesionales, funcionarios y empleados públicos y particulares, y las masas con derecho a voto. Con respecto a la primera, es interesante la forma en que Góngora perfila al poderoso sector:

La aristocracia chilena, liberal por instinto y a veces por doctrina, tenía que odiar a los presidentes que eran a la vez “hombres fuertes”, porque ella tiene algodel sentimiento de clan, enemigo de lo que es demasiado individual (en el bueno y en el mal sentido). Tampoco es democrática –salvo en las leyes y en los discursos–, jamás aceptará sin repulsa el connubium y la comensalidad con clases medias bajas, lo que, según Max Weber, constituye la mejor expresión de que se pertenece a igual estamento. Los hombres nuevos a quienes ellas reciben

³¹ *Op., cit.,* pág. 62.

³² *Ibid* nota 1, pág. 61.

tienen que haberse ya destacado como políticos o como extranjeros de ciertas y determinadas nacionalidades.³³

En cambio “Las ‘clases medias’ no son una burguesía asentada en el comercio o la industria, como en Europa. En Chile no ‘se vivió’ la Revolución Francesa, sino, a lo más, en las leyes de 1874, una reforma a la inglesa (como la de 1832 en ese país). Las clases medias provienen en Chile de profesionales universitarios y de burócratas, o de propietarios provincianos.”³⁴ Al parecer, el problema acerca de qué es en realidad la clase media se resuelve en Góngora como un sector de la sociedad que, –colegimos– tiene acceso a educación superior que le permite ejercer cargos públicos y privados, aunque sin control de esos sectores, como ocurre con la clase alta, y con mejor calidad de vida que los sectores populares. Pequeños propietarios, trabajadores administrativos con cargos de jefatura, profesionales. De este sector emerge también la oficialidad que se manifestará en contra de las políticas de salarios para los militares, cuyo líder fue Ibáñez del Campo quien, como Alessandri en su momento, incluiría en su discurso oficial al sector popular para evitar que éste sea absorbido por los partidos de izquierda y el movimiento anarquista:

(...) la generación del año 20 es antimilitarista, en tanto que en 1925 la juventud militar tiene un lugar fundamental, pues está en lucha contra los viejos generales y los viejos políticos a la vez. Se semejan porque, en 1920 como en 1925 la juventud redescubre “la cuestión social” y se declara solidaria de los pobres y de las bajas clases medias. En ambos casos, el poder político fue tomado por caudillos que se declararon jefes de la revolución, Alessandri e Ibáñez, y en ambos casos se proyectó o se dictó una amplia legislación social (...) “Lo social” pasó a ser determinante del Estado, en parte por un sentimiento de culpa hacia “los de abajo”, pero también porque Alessandri e Ibáñez sabían que así incorporaban el proletariado y las bajas clases medias al Estado, y frenaban la

lucha de clases y la revolución social.³⁵

La necesidad de mantener bajo control al “bajo pueblo”, al parecer menos manipulable que en los siglos anteriores (si bien no se mencionan las razones de esta merma en el poder de manipulación) explicarían, en parte, los sucesivos períodos de crisis política: “Chile ha vivido desde 1920 entre continuas crisis de autoridad, de legitimidad y de poder, y eso es natural en épocas desquiciadas por la necesidad de halagar a las masas.”³⁶

Se deduce que las masas son grupos de personas pobres o muy pobres que actúan movidas por la seducción publicitaria de un discurso atractivo como el de Alessandri o la promulgación de leyes sociales que frenen su descontento. No se mencionan sus canales de expresión ni reflexión. Pero es evidente que no son ya un sector que deba ser pasado por alto por quienes quieran mantenerse en el poder. Mejor parada resulta la generación universitaria de 1933 a 1945, destacada “por su independencia de todo oficialismo y de todo acartonado academicismo” y liderada –en esto no se puede menos que reconocer la sensibilidad del historiador– por un escritor tan brillante como Huidobro, aristócrata por cierto, de quien se dice que:

³³ *Ibid*, págs. 58-59.

³⁴ *Ibid*, *ibid*.

³⁵ *Op.*, *cit.* pág. 75

³⁶ *Op.*, *cit.*, pág. 83.

Aun cuando la generación juvenil que se reunía en torno suyo no fuera compuesta estrictamente de discípulos, el hecho es que su formación, sus lecturas entusiastas y sus propias creaciones habrían sido tal vez imposibles sin las espléndidas dotes poéticas de Huidobro. El poeta de vanguardia, una figura antes totalmente desconocida en Chile, o sea, un nuevo y auténtico modelo cultural en nuestra patria, surge de la empresa huidobriana.³⁷

La perspectiva de Mario Góngora presenta un Chile movido a instancias de la iniciativa empresarial y política de las clases altas chilenas, siguiendo la ruta que Diego Portales enuncia para el joven país inmaduro para la democracia plena, tema que nadie parece discutir seriamente sino hasta 1920, década en la que la clase media anunciada por el *Martín Rivas* de Blest Gana irrumpe en la discusión pública, si no como propietaria de los medios, al menos como importante sector de influencia social, con medios periodísticos, educación superior, representación cameral y un líder de innegable discurso atractivo, Alessandri, quien llegará al poder y luego será sustituido por un uniformado también de clase media. El ensayo de Góngora, muy detallado en cuanto a la investigación de las sesiones del poder legislativo, no sólo pasa por alto los canales de expresión popular que efectivamente existieron, como la lira popular, las revistas y diarios anarquistas e izquierdistas y la cueca urbana; también ignora las formas de organización popular que devinieron en los mencionados partidos y orgánicas sindicales, sus desafíos, derrotas y conquistas. Lo reiteramos: el sujeto popular, para Góngora al menos, no es sujeto ni ofrece un campo de investigación histórica. En su lugar, y con evidente respeto aunque no menos sutil ironía, se destaca el rol de la juventud universitaria de los años 20, cuya huella permanece aún en los modos de generar protagonismo político de sus sucesores.



Manifestación pública en Santiago, 1920

Antes de que la investigación de Gabriel Salazar adquiriera la relevancia que tiene hoy, historiadores como Luis Vitale, Hernán Ramírez Necochea, Julio César Jobet y Marcelo Segall, todos de declarada tendencia izquierdista, entregaron una propuesta que integra a la historia el devenir de un importante sector popular chileno, como fue la clase obrera, hasta ese minuto prácticamente ignorada por los historiadores oficiales, la mayor parte de ellos de extracción social media alta y alta. La labor de los cuatro historiadores, iniciada a mediados de los años '50 y relevante para conocer la evolución

³⁷ *Op., cit., pág. 112.*

del movimiento obrero chileno, resulta de gran importancia a la hora de obtener una panorámica general de nuestra historia, si bien concentra su esfuerzo en el desarrollo de las organizaciones de trabajadores como las mancomunales y sindicatos, o las federaciones de estudiantes. Otros sectores populares, como el peonaje agrario, los empleados públicos y particulares, las organizaciones poblacionales, que en sí constituyen un problema de análisis para la academia, no se consideran como tema de investigación. Precisamente por integrar dichos tópicos, con todas las dificultades metodológicas que los mismos investigadores declaran, y porque González Vera fue miembro activo de prácticamente todas las comunidades mencionadas, es que se ha optado por incluir aquí el aporte de Gabriel Salazar, Premio Nacional de Historia 2006, quien reconoce ya en sus bases metodológicas a un sector importante de las clases populares como “sujeto”, considerando su reconocimiento consciente del derecho de ciudadanía y su participación activa en la construcción del Estado chileno. Otro elemento de interés radica en el sistema de trabajo de este equipo, que reconoce el valor de la interdisciplinariedad y aquilata el aporte de los co-investigadores. Finalmente, la perspectiva de que la historia de Chile no pretende reiterar el tantas veces difundido relato lineal de hechos considerados relevantes, con protagonistas de nombre y apellido y sus hazañas de distinto orden, o la no menos recurrente oportunidad de resaltar los valores de la chilenidad. Sin embargo, la orientación metodológica del equipo prefiere no incluir la dimensión político-partidista en el análisis de los hechos, lo que incluye el factor ácrata. Para solventar aquello, se complementa el estudio del anarquismo chileno con la investigación sobre el particular de Sergio Grez y Luis Vitale, respectivamente.

Para Salazar y Pinto, en tanto, historia se aborda en tanto conjunto de problemas para el análisis que todos nos debemos, en tanto detentores de ciudadanía. En la “Introducción General” del trabajo *Historia contemporánea de Chile* (Santiago, LOM, 1999, Vol. I), co-escrita con Julio Pinto y con el apoyo de un equipo de ocho jóvenes historiadores, se declara:

... esta Historia Contemporánea de Chile quiere ser una recepción de, y una primera reflexión sobre los problemas históricos que nuestra sociedad no nos ha entregado resueltos, y que, por ello, permanecen en torno nuestro no sólo como legados del pasado, sino, sobre todo, como retos, desafíos y tareas para las nuevas generaciones (...) Problemas que, a la larga, terminan siendo una carga histórica creciente que rodea, aplasta y frustra la vida, sobre todo, del ciudadano corriente. Porque – ¿alguien piensa lo contrario?– la carga histórica más pesada del país la sostiene y absorbe la ‘mayoría inferior’ de la sociedad civil. La que, por ello, está permanentemente forzada a repasar y repensar la historia (...) es el ciudadano corriente el que, en la alta densidad de su anonimato, ‘vive’ y ‘conoce’ la historia según todas las urgencias de la humanidad. (...) En cierto modo, es una historia mirada ‘desde abajo’; pero no desde la ‘marginalidad’, porque el ciudadano, en una sociedad, no es ni puede ser periférico a nada que ocurra en ella. Pues tiene el máximo derecho: la soberanía; que es el máximo ‘derecho humano’.³⁸

Salazar y Pinto consideran, igual que Góngora, el problema de la construcción de Estado, y para ello abordan el tema de sus orígenes a partir de la lucha de intereses opuestos entre dos grupos protagonistas de la sociedad chilena con posterioridad a la Independencia de 1810: el sector dominante, llamado “pelucón”, constituido por mercaderes con intereses

³⁸ Salazar, Gabriel y Julio Pinto. “Introducción General” en *Historia Contemporánea de Chile*. Santiago, LOM, 1999, Vol I, pág. 8

en el mercado extranjero, provenientes o ligados a antiguas familias de encomenderos españoles de la Colonia, versus los “pipiolos”, mercaderes también, aunque con menor acceso a la propiedad de los medios. Los primeros, ansiosos de insertarse en el nuevo orden global cuyo líder indiscutido es Inglaterra, buscan asimilar los procedimientos legales que controlan y reprimen el comercio a espaldas de la institucionalidad (mercado negro, piratería, etc.). Desde su posición privilegiada, ejercen una influencia en los demás sectores de la sociedad que, por su particular densidad, Portales denominó “el peso de la noche”, entendido como la tendencia de la masa a seguir pasivamente a la élite en todo orden de cosas, actitud que se reproduce a lo largo de las generaciones.

Los pipiolos, en cambio, persiguen objetivos contra el monopolio y el centralismo: eliminar los mayorazgos que concentran la propiedad, frenar la presencia extranjera en el mercado interno, fomentar y proteger la producción nacional, crear un Banco Central, proponer la elección popular de los cargos públicos y privilegiar los gobiernos locales, siempre en desmedro ante el poder central, programa que, afirman Salazar y Pinto, será sistemáticamente catalogado de “anarquista” por sus contrarios.

Este escenario de intereses contrapuestos facilita la llegada al poder de una figura controvertida como la de Diego Portales. Salazar y Pinto, sin negar su protagonismo histórico ni su peso en la Constitución de 1833, optan por mirar esta coyuntura desde una perspectiva que ponga en otro lugar las cosas. Cualquier alumno chileno de educación media, especialmente desde mediados de los '70, ha tenido que estudiar a Portales elevado a la categoría de constructor de las bases del Estado chileno moderno que progresa en el orden, la disciplina y el respeto a la autoridad, valores caros a la élite neoliberal criolla, quien ensalza la figura portaliana en la historiografía oficial desde 1973 hasta mediados de los '80, lo dibuja en el billete de \$100 ya fuera de circulación, y finalmente bautiza centros educativos e incluso una importante universidad privada con su nombre. Sobre la figura portaliana, Salazar y Pinto en cambio señalan lo siguiente:

La historiografía y la política han atribuido a Portales el mérito de haber articulado e implementado, por sí solo, todo ese discurso [el del poder centrado en el orden como ente controlador de la conducta económica que atente contra los intereses de economía global impuestos por Inglaterra en ese momento], dando al ciclo de construcción pelucona del Estado el nombre mismo de Portales. Portalianizando el período. La época, incluso. Haciendo de esa personalización un concepto arquetípico, de culminación de la historia nacional. No es el interés de este trabajo ofrecer ‘otra’ versión sobre la personalidad y obra de Portales. Sólo decir que la producción ideológica de Portales no se expresó en grandes discursos públicos, ni en libros o folletos, ni en forma de encantamiento pedagógico sobre la juventud, sino en cartas y opiniones privadas y pullas de salón o chingana. No se puede comparar, salvo en desventaja, esta producción con la que dejó J. M. Infante o J. J. de Mora (por los pipiolos), o Juan o Mariano Egaña o el propio Andrés Bello (entre los pelucones). En rigor, la teoría portaliana del Estado más parece el memorándum de un conspirador que la propuesta pública de un gran estadista. Y no podía ser de otro modo, siendo un hombre de élite mercantil y no de ‘comunidad productiva’; comandante de milicias y no patrón de inquilinos; de Santiago y no de provincia. (...) No fue la teoría portaliana del estado sino el trabajo conspirativo el que,

basado en esa 'clase'–, en definitiva, consumó (...) la construcción del Estado Oligárquico-Liberal de 1830 (...)³⁹

De acuerdo a esta visión, el estado chileno centralista, obediente a las reglas económicas, respetuoso tanto de las instituciones como de las minorías selectas a cargo de las mismas y amante del orden, nace en 1830 y se legitima gracias al trabajo de intelectuales y políticos como Bello o el mismo Lastarria quienes “en periódicos de Gobierno, salones universitarios o cenáculos privados, montaron un ‘espacio público’ de debate y legitimación, como remedio elitista de lo que debió ser el espacio cívico y federado de todas las comunidades locales”⁴⁰. Este joven país ordenado bajo un sistema autoritarista garantiza al mercader extranjero las condiciones más ventajosas para hacer negocios, las cuales en muchas ocasiones perjudicaron la iniciativa interna, con graves secuelas para sectores populares como el campesinado, los artesanos y los mineros. Esta crisis interna, gatillada por el fracaso económico de la oligarquía chilena, no así el de sus pares extranjeros, llevará a estos sectores a encontrar formas de unión y organización. Las pérdidas del sector propietario fueron cuantiosas, dando paso a la idea de “ineficacia” que será la señal del fin del autoritarismo como eje del Estado. Nuevas formas de organización y expresión popular encuentran camino, anunciando lo que a futuro serán las bases del movimiento obrero: mutuales y mancomunales. La crisis, sin embargo, si bien estimuló estas formas primarias de organización de base y dio lugar a alzamientos y asonadas, poniendo en jaque el poder de los monopolios y obligando a la represión militar para mantener el orden estatal, no significó la apertura a la participación ciudadana en la construcción de estado. Lo que sí ocurrió fue que en 1860 algunos grupos, hasta ese momento desfavorecidos por las políticas del caso, mejoraron sus opciones por la vía del acceso al capital. Los opositores tuvieron acceso a cargos fiscales o en el Poder Legislativo, espacio utilizado para aliarse con mayor éxito que sus predecesores, la oligarquía de origen colonial, que debió tolerar a los advenedizos, ahora prósperos, terminando por aliarse con ellos. Esto significó el fin oficial del modelo portaliano, para dar paso al denominado parlamentarismo, sistema que, a ojos de ambos historiadores, no fue más que la forma legalizada del continuismo autoritarista. De hecho, la crisis del gobierno liberal de 1891 que dio lugar al parlamentarismo no habría sido otra que una lucha entre representantes del mismo sector social –la oligarquía–, en su afán de controlar el mercado. A pesar de ello, la memoria popular, agregamos, conserva con afecto la figura de un presidente Balmaceda progresista.

La participación popular, sin embargo, ya era un hecho, aunque se produjera fuera de los canales que aún no se abrían para sí y sufriera el castigo de la más severa represión. Desde 1890 a 1907, año en que ocurre la matanza de obreros del salitre y sus familias en la Escuela Santa María de Iquique, el Estado portaliano y sus herederos reaccionan contra los sectores sublevados y, en términos económicos, resultan triunfadores. Pinto y Salazar admiten como un hecho que las élites chilenas, lograron repartirse el Estado, vía no pago de impuestos y consecuente bancarrota fiscal, y gracias a que su presencia en la gestión de la Hacienda Pública facilitó la alianza de los oligarcas chilenos con la empresa extranjera. La situación no pasó desapercibida por la nueva generación de estudiantes universitarios, quienes decretaban la bancarrota del modelo parlamentarista, mientras que sus defensores proclamaban que la crisis era sobre todo moral y se producía por la decadencia de la sociedad chilena. Esta sociedad, sin embargo, se organizaba social y políticamente: Ligas de Arrendatarios, Liga de Acción Cívica, Federación Obrera, asociaciones de profesores, profesionales y otros estamentos iniciaron una demanda de

³⁹ *Op., cit., pág. 34.*

⁴⁰ *Op., cit., pág. 35.*

protección a la industria nacional, traducidas en movilizaciones y “marchas del hambre”. Surge en forma consciente el deseo de reformular las bases del estado por la vía de una Asamblea Constituyente, proyecto cuyas reivindicaciones registran antecedentes desde el discurso pipiolo. Aparece en la discusión pública el problema de la “cuestión social” y el tema resulta ineludible: los pobres se organizan, crean diarios, forman sindicatos y partidos políticos, eligen a sus primeros representantes. Tanto Grez como Vitale nos ayudan a saber que se trata de la prédica anarquista, comenzando a dar sus frutos.

El análisis en torno al crucial año de 1920 de Salazar y Pinto considera no sólo los intereses económicos de la clase dirigente, sino también el nuevo protagonismo de la sociedad civil no privilegiada, así como las preocupaciones de la élite económica, social y religiosa que ve con alarma el aumento en el número y complejidad de las organizaciones de base con un discurso propio que sale de la copla popular, la cueca o la literatura de cordel para acceder a medios de comunicación diversos. El bajo pueblo desarrolla una voz propia que resulta extraña, como si hablara en un idioma incomprensible para dos sectores habituados a la relación dominante-dominado regida por “el peso de la noche”. La clase alta siente que el viejo pacto en el que cada uno conocía su inamovible lugar social se ha roto. Millar, citado por Salazar y Pinto, comenta sobre el “(...) rompimiento de los vínculos espirituales con la clase dirigente. La prensa obrera... también desempeñó un papel importante en el quiebre de la identidad con los grupos rectores de la sociedad...”. Así 1920 constituiría un momento crítico para las tradicionales relaciones patrón-inquilino que están en la base del ethos chileno. El efecto de eso se refleja, por una parte, en las leyes de protección social ratificadas en la década y, por otra, en las campañas y organizaciones de caridad ligadas a la Iglesia Católica o a las damas de familias adineradas, ambas iniciativas en afán de recuperar y amortiguar la pérdida de densidad del *peso de la noche* que retrocede ante el nuevo peso de la organizaciones de base, como los sindicatos, federaciones estudiantiles y partidos políticos, la mayor parte de ellas inspiradas en la porfiada labor anarquista.

Salazar y Pinto, sin embargo, asumen un hecho ineludible: estas instancias que organizan actos multitudinarios, protestas, prensa y la ansiedad del poder, no son capaces de dar el salto cualitativo que se habría esperado. El Estado chileno que nace en 1833 no es superado por la elección de Alessandri en 1920, a pesar de todas las esperanzas del sector popular puestas en el candidato, cuyas habilidades retóricas son muy conocidas. Ninguna de las iniciativas del nuevo movimiento popular (probablemente porque se trataba de acciones parciales carentes de liderazgo común) tuvo por sí misma la capacidad de proponer un orden nuevo, verdaderamente pluralista, democrático y participativo para todos los sectores de la sociedad⁴¹. Tampoco de unirse en una acción de interés común como la Asamblea Constituyente. Los historiadores concluyen:

El hecho histórico es que, desde el punto de vista del movimiento ciudadano, se dio, durante la coyuntura, un vacío de conducción. Sin discurso de poder, sin una concertación social políticamente orientada, la poderosa expresión legitimante de la ciudadanía podía ser (y fue) tierra fértil (fronteriza), abierta para el arado oportunista. Para la arenga demagógica. Para la conspiración neo-parlamentaria. Para la emergencia de algún “caudillo” (que no podía ser popular, por la misma razón que Recabarren terminó no siéndolo) fraguado en el vértigo

⁴¹ Se lee entre líneas una crítica a la escasa capacidad de los grupos opositores (anarquistas y demócratas) para dar solidez y permanencia a sus propuestas.

revuelto de la tradición parlamentarista. Y tuvo que ser, claro, Arturo Alessandri Palma.⁴²

Tanto Góngora como Salazar y Pinto coinciden en que la elección de Alessandri significa la llegada al poder de un caudillo con el don de la palabra, aunque la perspectiva es diametralmente distinta: mientras Góngora se explica el fenómeno basado, una vez más, en la inmadurez ciudadana, aunada a la tradición de mando y obediencia característica de la relación patrón-peonaje, Salazar y Pinto creen que la sociedad civil ha mostrado signo de maduración desde 1810, en términos de poder verse y nombrarse a sí misma, de expresar claramente sus deseos, aspiraciones y proyectos y su derecho a que esos proyectos participen de la construcción de estado. Lo que no madura en forma suficiente es la organización social, que existe y toma lugar en el escenario político, pero carece de herramientas y sistemas de interrelación capaces de proponer un discurso con el poder de convocar, unificar y defender a los numerosos grupos de intereses de la heterogénea clase popular y las capas medias. El olfato político de Alessandri percibe este vacío. Su elección es, sin embargo, a los ojos de los dos historiadores, una forma renovada de parlamentarismo, en la medida en que Alessandri recoge el proyecto de la clase política tradicional y la alta oficialidad; no cambia, sino que reforma la Constitución de 1833, rescatando el sistema político y a los grupos que siempre habían estado en contra de éste, terminando por debilitar y neutralizar al movimiento social. Todas las iniciativas que surgen en los efervescentes años 1924 y 1925, centradas en la formación de una Asamblea Constituyente –instancia en la que se resumieron proyectos ciudadanos de diversa índole, y que fuera convocada en distintos momentos por sendas agrupaciones sociales– se podrían resumir como la respuesta de la sociedad chilena ante la crisis económica y valórica a la que había llegado el parlamentarismo. “La enorme muchedumbre que no piensa ni actúa”, según Carlos Vicuña Cifuentes, citado por Salazar y Pinto, se ha complejizado, diversificado y organizado. Se está autoconvocando para reflexionar y proponer un nuevo marco legal y político que, producto del aporte de cada elemento (gremios, militares, estudiantes, profesionales, mujeres, sindicatos, partidos políticos, etc.) cambie la noción de Estado autoritarista por otro en donde la heterogénea sociedad se vea representada. A la luz del análisis de Salazar y Pinto, éste fue un momento de gran importancia en la gestación de la sociedad chilena que daría lugar a un nuevo ciclo, roto en 1973. Es también, colegimos, el momento en el que esta misma sociedad activa y organizada se muestra incapaz de reconocer la dimensión –y eficacia– del “peso de la noche” portaliana. Los partidos de izquierda vacilan, los militares de alta graduación dan sucesivos golpes que cancelan los llamados a la Asamblea y Alessandri termina por cambiar esta convocatoria por la formación de un Comité Político que redacta la Constitución de 1925, y que según Salazar y Pinto “fue la antípoda de la evacuada por la Asamblea Constituyente de Trabajadores e Intelectuales que se reunió espontáneamente en marzo de 1925”⁴³.

Seguirá la caída de Alessandri, la efímera República Socialista de 1933, la dictadura del general Ibáñez del Campo. La sociedad chilena de clase media y popular continuará buscando espacios de representatividad en partidos políticos, sindicatos y el Frente Popular. Levantará un proyecto y reivindicaciones, algunas de antigua data. Continuará en su proceso de maduración, aunque los hechos manifiestan que están lejos aún de manifestar la solidez y capacidad de respuesta que se espera de la sociedad madura:

⁴² *Op., cit., pág. 42.*

⁴³ *Op., cit., pág. 45.*

(...) no se han desarrollado en Chile ni comunidades cívicas ni ‘instituciones política efectivas’. Es decir: que a la sociedad civil –o la gran masa ciudadana., si se prefiere– se le ha impedido, o no ha podido ella misma, madurar como ‘comunidad política’. La ‘participación’ de los ciudadanos, no sólo en las coyunturas constituyentes –como se vio– sino en el proceso político regular, ha sido débil, limitada, o inexistente; razón por la cual el pretorianismo en todas sus variedades (‘oligárquico, radical y de masas’) semeja un rasgo reiterativo desde 1830 hasta el día de hoy. Y el mismo ha sido determinante en que los ciudadanos electores hayan aprendido de la historia a sacar o esperar, como outputs del Estado, sus propias satisfacciones, y no a producir inputs que modelen el estado según una cultura participativa, en la que ‘los electores se comprometan en la articulación de las demandas tanto como en la formación de las decisiones’.⁴⁴

En la revista a la dialéctica entre participación de la sociedad civil/exclusión desde la élite, Salazar y Pinto señalan que ésta ha ido una batalla desigual en la que, sin embargo, los segmentos populares en un principio y las capas medias después han creado, sin esperar autorización, formas de supervivencia que se tradujeran en organizaciones civiles (mancomunales y mutuales de artesanos en el siglo XVIII, gremios y sindicatos en el siglo XX, etc.) o espacios de diálogo, encuentro y construcción de identidad cultural, como ocurre con las pulperías, chinganas y fondas, generalmente propiedad de mujeres, lugares en donde la cueca, la paya y la sátira serán formas de expresión y muchas veces de crítica social. La sociedad civil, al mismo tiempo que se complejiza y adquiere conciencia de sí misma, hará sentir su incomodidad, el ahogo que siente al cargar con “el peso de la noche”. Para contrarrestar la acción de estos grupos, el 10% de la sociedad chilena que forma la élite nacional utilizará la fuerza, en no poca ocasiones, aunque en otras cederá cuotas básicas de participación, casi siempre en un marco tal que no signifiquen en los hechos lo que tanto teme esa élite: ejercicio ciudadano participativo y consciente, que a la postre pueda significar injerencia en la gestión se quienes siempre han ejercido el poder y cesión de derechos que inhiban lo que hoy suele denominarse como “libre empresa”. De este modo el voto censitario, que excluía de él a prácticamente todo el espectro social chileno, da paso al voto universal (marginando a los sirvientes hasta 1925 y a las mujeres hasta 1949), sin ninguna facilidad para la participación ciudadana, excepto a través del clientelismo, la beneficencia y las trabas burocráticas. Conceder el voto a sabiendas de que estos nuevos ciudadanos carecen de tradición y madurez cívica es una forma más sofisticada de hacer sentir “el peso la noche” y origina, según Salazar y Pinto, el encauzamiento de las energías sociales hacia los movimientos de masas, instancias de fácil manipulación ideológica:

Los fenómenos de politización masiva surgen, regularmente, como casos de ‘fiebre coyuntural’, y asociados a formas más bien espurias de participación (seguidismo, farándula y murga callejera, etc.). La ‘politización masiva’ (que incluye clientelismo militante que sustenta a los partidos) es la antítesis de la politicidad propia de una comunidad republicana. Es política de comparsa, no política responsable (...) La ‘masa’ es un conjunto de ciudadanos a los que se les extirpó su ‘cerebro cívico’. Androides sobre lo cuales –teóricamente– se puede construir cualquier política virtual. Cualquier tipo de pretorianismo. (...)⁴⁵

⁴⁴ Op., cit., pág. 88.

⁴⁵ Op., cit., págs. 89 y 97.

Éstas habrían sido las condiciones bajo las que se produjo el fervor eleccionario de 1920 que llevó a Alessandri a la presidencia de la república, con efectos mucho menos renovadores de lo que se habría esperado para la llegada al poder de un representante de la clase media con indiscutible arrastre entre la masa. Salazar y Pinto concluyen que este hecho, más que dar término al parlamentarismo oficial, alarga su agonía, si bien bajo nuevas formas de operar que no pueden resistir la presión social que caracterizan a los años 20 y 30 del siglo pasado. “El peso de la noche” cambia su densidad y sus puntos de mayor presión, obligados por el accionar de una sociedad civil que avanza en la conquista de mayores espacios de ejercicio ciudadano, aunque con deudas aún pendientes en su proceso de maduración.

Al comparar el análisis de Mario Góngora frente a Salazar y Pinto, se obtiene una perspectiva que confirma lo que ya se sospechaba al inicio de esta tesis: pocas décadas serán más trascendentales en la formación del estado chileno como la que media entre 1920 y 1930, y pocos años tendrán tanta relevancia para la constitución del marco social y el hacer cultural de Chile como el crucial año de 1920. Desde posturas opuestas en la que subyacen valoraciones sociales evidentemente distintas, se concluye que el estado chileno adquiere sustancia y cuerpo a partir de un proyecto político autoritario, el de Portales, sus seguidores y la Constitución de 1833, con origen en la clase alta chilena. Esta clase establecerá las cláusulas de un pacto social de larga duración entre sí misma y los chilenos que no forman parte de ella, el 90% de la población según Salazar y Pinto. Este porcentaje abrumadoramente mayoritario es calificado por el grupo dominante como falto de las capacidades sociales e intelectuales necesarias para el ejercicio de la democracia que europeos y estadounidenses reclaman para sí en el curso del siglo XIX, tarea que naturalmente debe quedar en manos de quienes sí poseen estas cualidades cívicas, como la clase alta alfabetizada, con acceso a la cultura oficial y los estímulos intelectuales que promueven la reflexión ciudadana. En otras palabras, el 90% de los chilenos era, a ojos del proyecto portaliano, incapaz de ejercer y disfrutar los beneficios de la democracia y sus responsabilidades, tema que sería solventado a futuro, un vez que los legisladores crearan las condiciones para el acceso a la participación. El estado chileno, a partir de 1833, lo ratifica oficialmente a través del denominado “voto censitario” que limita el derecho sólo a los hombres alfabetos y con alguna propiedad, condiciones mínimas para participar en la cosa pública. Portales y su idea del estado fuerte conciben un proyecto de país que cumplirá su programa, es forzoso reconocerlo, haciendo necesarios 112 años para terminar con la exclusión de los trabajadores y las mujeres. El ejercicio del poder político y económico prácticamente sin oposición relevante, al menos hasta 1890, entrará en crisis por efecto de la incapacidad de la oligarquía terrateniente para hacer frente a las demandas de la globalización económica de la época, así como a la corrupción y la burocracia internas. La nueva clase media y los sectores populares ejercen una presión que obliga al poder a acoger algunas demandas sociales, entre éstas, la apertura de espacios para el ejercicio ciudadano. La crítica social hacia los sectores dominantes se ejerce a través de diarios y revistas de oposición que surgen en las federaciones universitarias, los partidos políticos y las organizaciones de inspiración anarquista. La formación del estado de 1833 se ve obligada reformular algunas de sus bases en 1925, traducidas en una nueva Constitución. La sociedad chilena se muestra compleja, en la medida en que voces que hasta ahora no tenían cabida desarrollan vehículos de expresión, reivindicaciones y, de fondo, su propio proyecto de estado. La clase dominante y la Iglesia reaccionan con políticas de proteccionismo social, una intensa actividad de beneficencia y la aplicación de una feroz represión traducida en numerosas matanzas entre principios de siglo y fines de los años ‘20. Son los tiempos de la cuestión social que darán paso a nuevas reglas en el juego entre

dominantes y dominados, si bien en la práctica no cambiarán el eje de las relaciones entre un sector y otro.

Lo interesante de las visiones que se contrastan aquí radica en el lugar desde donde se enuncian y las visiones valóricas que trasuntan. Mario Góngora describe el proyecto portaliano y en ningún momento cuestiona los planteamientos de base que allí se suscriben: sólo una porción muy específica y restringida de los chilenos califica para el estatus de sujeto social. El historiador se remite a fuentes oficiales, como registros de sesiones camerales, editoriales de prensa y ensayos o artículos. La producción cultural popular no reviste ningún interés como fuente, ni siquiera la que viene en letras de imprenta. Los alzamientos de 1903 a 1907 apenas se mencionan y la actividad sindical y gremial es fruto de agitación extraña a los trabajadores mismos. Los únicos actores de oposición con alguna relevancia son los universitarios chilenos, influidos por anarquistas europeos cuyos seguidores chilenos, si se revisa su evolución social, terminarán por abandonar esta ideas y vivir de manera tradicional, citando como ejemplo a González Vera y el cargo que ejerciera en la Universidad Chile. Para enfatizar su percepción, Góngora recurre al uso de comillas y comentarios de sutil ironía sobre conceptos recurrentes en la discusión política de la época, como oligarquía, ácrata, anarquista, etc. No sólo enuncia el rol del proyecto portaliano, sino que destaca su visión de estado.

Salazar y Pinto, por el contrario, deciden revisar este proyecto, reconociendo el importante efecto que tuvo en la constitución del estado chileno, pero resueltos a considerar aristas pocas veces estudiadas en la investigación histórica chilena. Renuentes a pasar por alto al sector popular, ponen de manifiesto su carácter reconociendo a sus miembros, deslindando roles sociales, identificando formas de asociatividad que reúnen a grupos como los artesanos y más adelante los obreros, reconociendo instancias de convocatoria participativa tan importantes como fueron los llamados a Asamblea Constituyente. Estudian la forma en que evoluciona y toma conciencia de sí mismo el sector popular, dando señales de madurez que se traducirán en conquistas sociales y también retrocesos que evidencian las carencias y deudas del proceso de maduración. Carece, in embargo, de una metodología que considere las expresiones de inquietud social emanadas del arte popular, como la literatura de cordel, la paya o la décima. Menciona, pero no analiza, al menos en la primera parte, el rol que cupiera al movimiento anarquista en el desarrollo de los movimientos sociales., también por efecto de la escuela a la que adhiere para realizar su análisis.

La investigación revela que lo que pasó por alto la historiografía oficial acerca de los grupos populares no sólo fue muy significativo para el futuro del estado chileno y el curso de las relaciones con el poder. También afianza nuestra idea de que la indiferencia de los sectores dominantes hacia el mundo popular tiene un correlato en destacados escritores criollistas de primera generación provenientes de la élite, así como una respuesta estética de parte de la generación siguiente. Lo que hace diferente el asunto es que los primeros construyen una estética alrededor de su curiosidad o su compasión por los pobres de Chile. Es una estética de la distancia, con un horizonte de expectativas claro, vertical y asumido.

Lo que importa del contraste de ambas lecturas es que permiten formarse una idea del Chile que conoció a dos generaciones de escritores reunidos en torno a la idea de revelar a su propio país en un momento de gran importancia histórica: los años 20 fueron en la pequeña nación sudamericana tan convulsos y definitorios como lo fueron para el resto del mundo occidental, cada cual en su esfera de desafíos sociales y culturales. Europa no termina de contar a los muertos de la Primera Guerra, entre ellos la tradición plástica y literaria que las Vanguardias rechazan de plano. Las mujeres se apropian de espacios como

la cátedra y el discurso político, y logran el derecho voto desde 1918. La Revolución Rusa pone fin al paradigma monárquico y divide la historia Occidental, precedida por las teorías de Marx y Engels sobre la evolución dialéctica de la historia con la economía como su motor, proporcionando las bases filosóficas e ideológicas para el nacimiento de importantes movimientos sociales, el anarquismo moderno entre ellos.

Latinoamérica y por cierto Chile asisten a sus propias contradicciones y crisis. El modelo de relaciones sociales fundado en la autoridad monárquica y aristocrática que cae en la Europa de la Reforma (sostenido con represiva porfía en la España contrarreformista) sobrevive en la sociedad latinoamericana de herencia virreinal. Góngora mismo afirma que este tipo de relaciones en torno a la figura de autoridad de tan antigua data se resuelve mediante el caudillismo cuando entra en crisis el referente tradicional del poder. Visto así, José Santos González Vera nace en un Chile que ingresa, de una forma u otra, al orden de la Modernidad industrial, con el surgimiento de la clase media –de la que él mismo forma parte–, la crisis del parlamentarismo y la llegada del ideario anarquista en 1890. Es un Chile inquieto cuya sociedad civil, al menos un parte importante de ésta, reacciona al “peso de la noche” creando nuevas instancias de asociatividad de inspiración ácrata. El joven González Vera, quien, como veremos, deja pronto el colegio e ingresa al mundo del trabajo, encontrará en Santiago espacios de participación social y política que, a la distancia de noventa años, resultan variados y apasionantes si se los compara con la extendida apatía cívica de la generación joven actual. El escritor había completado su educación media en una escuela nocturna, lo que no le impidió ser redactor de la revista *Claridad*, órgano de prensa de la FECh, y creador o colaborador de medios como las ya legendarias revistas *Babel*, *La Pluma*, *Numen* y otras. Lo que identifica a la Generación de 1920 es su decidida vocación por participar en la cosa pública y abrir el debate en torno a la cuestión social más allá de las fronteras de la universidad. Lo nuevos partidos políticos, también con sus sedes y diarios, refuerzan la idea de que el orden de relaciones sociales ha cambiado porque uno de sus interlocutores tradicionales, el sector popular, desarrolla voz propia y actitud crítica sobre las verdades que se creían definitivas. La élite reacciona con actitudes que van desde la represión masiva, como ocurrió con las matanzas de obreros y campesinos, pasando por las ya citadas propuestas de beneficencia, hasta la mera paliza de parte de sus miembros más jóvenes, una suerte de contra-Generación de los '20 que, amparada en su fervor patrio y decidida a acallar a los anarquistas universitarios que reniegan del militarismo y la totemización de los símbolos patrios, las emprende a bastonazos, golpes y destrucción contra la imprenta de *Claridad* y la sede de la FECh. El hecho es recordado en más de una ocasión por González Vera, evidentemente impresionado por la barbarie de jóvenes como él, que provienen precisamente del sector que ha optado históricamente por frenar la barbarie, si bien con este concepto se refieren al modo de vida popular, alejado de las finezas de la clase alta. Herederos e impugnadores del proyecto portaliano autoritarista tendrán más de una escaramuza, generalmente con triunfos para los primeros. No será la única vez, como recuerdan algunas escenas de la cinta “Palomita Blanca” en donde jóvenes de la élite cortan a la fuerza el pelo a otros muchachos en lugares públicos.

Médicos, escritores, abogados y arquitectos, éstos y otros profesionales que forman parte de la Generación del '20 con su estilo provocador y directo, pero las más de la veces dialogante, tendrán un innegable peso en la formación del perfil del ciudadano chileno que, al menos hasta mediados de los '70, lee diarios, simpatiza o es miembro de una colectividad política, mantiene una biblioteca personal y considera que la educación es la vía que permite mejorar la calidad de vida. En paralelo, los pioneros de la sindicalización dejarán por herencia la noción de que las relaciones obrero-patrón deben superar las condiciones que denunciara tantas veces Baldomero Lillo en su “Subterra”. Los partidos

políticos de izquierda y centro que surgen a fines de estos años y a lo largo de las siguientes décadas, desarrollarán un estilo de participación social que resulta, por contraste con nuestra época post dictatorial, de gran frescura y libertad de expresión. Las reglas del juego social cambian, y en mucho debe agradecerse a la Generación de 1920, de una forma que perdura y da relativa estabilidad –y no menor prestigio– a la democracia chilena, al menos hasta 1973. Los años ‘20 ven nacer a nuevos protagonistas sociales y en paralelo, asisten al nacimiento de nuevas formas de estética literaria que, aún a cierta distancia del influjo de las Vanguardias, desarrollan al interior del Criollismo aproximaciones a su sujeto estético –el personaje popular– con una forma distinta de observación, menos distante, aunque no menos lleno de curiosidad, y que en el caso de González Vera, el joven anarquista que no elude ser parte de su tiempo, construirá, creemos, una estética que sintetiza esta toma de posición ideológica bajo “un ángulo cuyo nivel es el mismo que el de los demás hombres”. Más aún, señalará el final del Criollismo como corriente significativa en la evolución de la literatura chilena.

b) Anarquismo europeo y chileno: esbozo de figuras, tendencias y valores éticos adscritos.



Ácratas, anarquistas, libertarios... Las denominaciones surgen en el siglo XVIII, si bien hay consenso en declarar que se trata de una ideología que reconoce precursores en el socialismo utópico del siglo XIX (a su vez influido por el espíritu crítico de la Ilustración y los afanes de libertad que caracterizaron al Romanticismo) y el liberalismo radical. De éstos (Thomas Paine, Herbert Spencer y otros) recoge la crítica a la coacción del individuo y la certeza de que éste no podrá ser libre a menos que se logre la igualdad social. El socialismo utópico, por su parte, propone formas de organización en las que el individuo ejerza el trabajo que más le guste y se lo recompense a partir de la relación “Trabajo según capacidad y vocación, salario según necesidades”. Estas ideas influyen en los fundadores del anarquismo, la mayor parte de ellos simpatizantes del socialismo en un primer momento: el campesino francés Joseph Proudhon (1809-1865), artesano y autodidacta, y su opción federalista; los aristócratas rusos Mijaíl Bakunin (1814-1876), creador de la corriente anarco-colectivista y el príncipe Piotr Kropotkin (1842-1921), cuyo ideario estimulara la corriente anarco-comunista. La reflexión que cada uno propone es parte de la inquietud socialista de la época, que se traducirá en el libertarismo y el marxismo, coincidentes en la búsqueda de una sociedad libre de injusticias sociales. Estas dos filosofías creen que la libertad del hombre tiene por obstáculo el capital que sojuzga, y proponen eliminar

la propiedad privada, a cambio de colectivizar los bienes y derribar las instituciones que promueven y cuidan los intereses privados (leyes de herencia, etc.). El marxismo señala un camino que culmina en una sociedad dirigida por la clase obrera, mientras que el anarquismo rechaza esta alternativa, pues implica la continuidad de una relación autoritaria y politizada con la sociedad. Estas diferencias generarán visiones contrapuestas y muy críticas entre ambas corrientes, cuya agudización producirá la expulsión de lo anarquistas de la Primera Internacional en 1864, ante las diferencias insalvables entre los seguidores de Bakunin y Marx, especialmente por el tema de la validez de la violencia para enfrentar al sistema.

En la lectura y análisis de los filósofos que preceden al anarquismo, éstos concluyen que el camino para alcanzar la sociedad soñada pasa por algunos principios básicos: reconocimiento de la libertad y respeto por el derecho a la autonomía del individuo (incluyendo al enemigo) y, por consiguiente, rechazo frontal a todo tipo de coacción o imposición de una autoridad (monarquía, Iglesia, partido político, militarismo etc.), ante lo cual se propone una ética de acción o acción directa: los medios son más importantes que los fines, y la elección de éstos no puede imponerse, sino ser resultado de la legitimidad de los mismos sancionada por el grupo; la relación con el otro en asociación voluntaria, horizontalidad, iniciativa y apoyo mutuo; rechazo a la propiedad privada y los canales de la legalidad que el sistema ofrece para perpetuarla; confianza en la educación como camino para alcanzar la autonomía individual. Estas bases se traducen en tres pilares: autogestión, acción directa y trabajo desde las capas que están en la base de la sociedad: los trabajadores, las mujeres, los dominados. Estos principios, sin embargo, no adquieren espesor filosófico sino hasta el siglo XIX, de la mano de pensadores rusos, franceses e italianos hoy considerados clásicos: Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Malatesta. Junto con el marxismo, el anarquismo establece la bases de sus postulados al calor de la Revolución Industrial, el liberalismo económico y el surgimiento del proletariado; dicho de otra forma, es un movimiento que debe entenderse en el marco de la Modernidad y cuya solidificación sólo puede aquilatarse tomando en cuenta el clima de discusión post Iluminismo y post Revolución Francesa que animara los salones y cafés europeos de la época. Esta discusión generará corrientes al interior del anarquismo, si bien el hilo conductor básico acusa al menos tres tendencias básicas: anarcosindicalismo (que apuesta por el trabajo de base sindical como camino para la apropiación de los medios productivos y la Huelga General que derrocará al sistema), anarquismo individualista (apuesta por el ejercicio de la libre voluntad de asociación que sabrá encontrar el camino para alcanzar la sociedad anarquista, incluyendo la acción directa violenta) y se contrapone al anterior, en la medida en que el primero asume, indirectamente, la necesidad de organizaciones y jerarquías) y anarquismo socialita, con dos vertientes que emanan de la propuesta colectivista de Bakunin (el colectivismo obrero como unidad básica de la sociedad) y Kropotkin con su dimensión anarco comunista en donde los bienes surjan del trabajo asalariado que se asigna según las capacidades del individuo, mientras que se le retribuye según sus necesidades.

La síntesis anterior nos lleva a la pregunta sobre la forma en que se expresó el anarquismo chileno y cuál o cuáles de sus vertientes lograron echar raíces en el movimiento popular. Por cierto, cuál de ellas fue la que interpretó y orientó éticamente a González Vera. Al revisar la bibliografía del caso, se observa que el tema ha adquirido un interés reciente entre los historiadores, al mismo tiempo que pone en evidencia las conclusiones contradictorias que surgen en el contraste de resultados. Luis Vitale y memoriachilena.cl señalan entre sus precursores a algunos obreros europeos (entre ellos el español Manuel Chinchilla) como los primeros ácratas en llegar a Chile a diseminar "la Idea", gracias a los contactos que redundaron en la creación de periódicos de difusión obrera. Sergio

Grez, sin embargo, en *Los anarquistas y el movimiento obrero* (2007) discute algunas afirmaciones de otros historiadores como Ramírez Necochea y Marcelo Segall, quienes adjudican la aparición del anarquismo a obreros franceses escapados de la Comuna e instalados en Magallanes alrededor de 1871. Según Grez no existe dato ni evidencia de este hecho, aceptado muy rápidamente por investigadores posteriores. Junto con ello, señala que si bien es innegable que el anarquismo es una doctrina europea, su instalación en Chile sólo fue posible gracias a la iniciativa popular chilena de organización social, traducida en las mancomunales y mutuales de artesanos y trabajadores, instancias de unión ante las crisis del capital que fueron estimuladas por los anarquistas, pero no son obra exclusiva de su creación. Por cierto, el nombre de Chinchilla ni siquiera aparece mencionado. Ya sabemos que Salazar y Pinto hacen escasa mención de los anarquistas en la historia social chilena del siglo XX. Este panorama nos hace optar por la investigación de Sergio Grez Toso y la de Luis Vitale, como ya se mencionara, no sólo por ser ésta uno de los primeros textos sobre el tema o aquella por reciente y rigurosa, sino también porque éste reconoce críticamente la investigación de sus predecesores en el tema, incluidos sus yerros.

A la acracia chilena la precede la formación de núcleos libertarios desde 1860 en países como México (en donde Robert Owen fundó la primera comunidad), Uruguay y Argentina, entre muchos otros, y surgidos al calor del incansable trabajo difusor que trabajadores y líderes anarquistas desarrollaron en el continente, muchos de ellos en su calidad de refugiados políticos. Una práctica común del anarquismo era (y es) la de crear órganos de difusión como revistas y periódicos escritos, impresos y vendidos (y muchas veces repartidos gratuitamente) por los mismos redactores en lugares de afluencia obrera. Según Grez, hacia 1891 y en el marco de la Guerra Civil, se puede rastrear la existencia de los primeros simpatizantes libertarios chilenos, quienes mantenían contacto con sus pares argentinos vía envío de material escrito, al calor de cuya lectura comienza a formarse trazas de grupos que deciden ampliar la presencia de “la Idea” en Chile con la fundación, en 1892, del periódico de corta vida “El Oprimido”. Seis años más tarde el anarquismo chileno adquiere una presencia más clara y definida en el escenario sociopolítico nacional⁴⁶, reconociéndose una primera generación de líderes como Magno Espinoza, Luis Olea y quien sería una de sus figuras señeras, a pesar de abandonar más tarde el movimiento que defendiera con notable entrega: Alejandro Escobar y Carvallo. Ellos, junto a Esteban Cavieres, Benito Rebolledo, María Caballero y otros, constituyen la primera generación libertaria chilena y fueron los nombres recurrentes en la redacciones de periódicos, fundación de centros de estudio y, principalmente, el liderazgo y conducción de las huelgas que marcarían la actividad popular a principios del siglo XX, en particular su primer decenio.

Infatigables y con una característica prosa inflamada que llama la atención por su falta absoluta de eufemismos o “bajadas de perfil” tan comunes en la política actual, estos anarquistas, sin embargo, no son los iniciadores del movimiento obrero chileno, como se suele creer, sino más bien el agente catalizador de la actividad sindical para la que ya estaban dadas las condiciones. Hacia 1900 existía el que fuera prácticamente el único referente político contrario a los intereses de la élite: el Partido Democrático, más conocido como “la Democracia”. Fundado en 1887, para inicios del siglo XX se postulaba como una orgánica animada por ideales de corte liberal, aunque claramente influenciada por el socialismo. Su carácter partidario y opción por establecer diálogo con el Estado provocó que muchos de sus miembros, decepcionados ante la falta de resultados concretos, vieran

⁴⁶ Grez Toso, Sergio. “La formación y expansión de una corriente libertaria en el cambio de siglo”, en *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*. Stgo., LOM, 2007, págs. 26-27.

en el anarquismo un espacio en el que se mostraba, al menos en su discurso, coraje y claridad para exponer la problemática de la situación en el mundo popular, tradicionalmente constituido por artesanos organizados que veían engrosar sus filas por el cada vez mayor contingente de obreros –y estudiantes– que engendraban la industrialización y la crisis económicas internacionales:

La corriente ácrata, beneficiándose de una larga experiencia asociativa del movimiento popular, representaría, a la vez que una continuidad de su ideario de regeneración popular ilustrado, una ruptura con la línea reformista, liberal y democrática que había prevalecido hasta entonces. Las condiciones –objetivas y subjetivas– para la aparición y desarrollo de expresiones políticas populares más radicales estaban madurando y el anarquismo sería parte importante de esta maduración.⁴⁷

El ideal anarquista de sociedad sin clases ni estructuras de poder, centrado en la libertad del individuo y su tendencia natural a la cooperación y solidaridad, sin propietarios de los medios productivos ni autoridades morales institucionales, sólo tenía esperanza de arribo en las clases oprimidas. Para alcanzar ese estado revolucionario respecto de las condiciones hostiles objetivas que impone el capital, los ácratas apostaban por una Huelga General, un paro de todos los sectores productivos de la economía, que obligara a entrar en crisis el modelo de relaciones sociales hasta alcanzar el nuevo estado, la Anarquía. La Huelga General era el paso previo a la revolución social, y por ello los libertarios pusieron todo sus esfuerzos no sólo en la educación de los trabajadores y la difusión periodística de sus ideas, sino también en los movimientos de reacción social sitios en los polos de producción y el artesanado. Estimular, orientar y liderar las huelgas fue una tarea tan importante como la convocatoria al mitin, espacio en el que además de mostrar su fuerza, el anarquismo podía instalar la bases de su discurso. La crisis del parlamentarismo a la que ya hemos aludido, el cierre de las oficinas salitreras, los niveles de cesantía y sobreexplotación obrera generaban las condiciones óptimas para el apostolado libertario, al menos hasta 1907.

En cuanto al perfil ideológico de estos líderes, es interesante el contraste que hace Grez entre el anarquismo europeo y el chileno. En el Viejo Continente la discusión acerca de los modos de alcanzar el ideal de sociedad había decantado en las corrientes mencionadas anteriormente. Estas tendencias al interior del libertarismo no fueron, a pesar de ello, esenciales ni definitivas en los centros de encuentro anarquista. El anarquismo individualista, el anarcosindicalismo, la vía pacífica o la armada (esa última una variante del individualismo) tuvieron, como tema de discusión, un protagonismo menor:

Si bien algunos militantes incurrieron en una verborrea violentista, la práctica de los libertarios criollos estuvo más cerca de los conceptos emitidos por lo redactores del periódico “La Campaña” en septiembre de 1900, para quienes la violencia era “solo un medio discutible como cualquier otro”, sin llegar a ser “la suprema finalidad de la anarquía”. En realidad, al igual que en muchos otros tópicos, no existía un consenso en las filas anarquistas sobre este tema. Las posiciones cambiaban de un individuo a otro (...). Con el tiempo los postulados anarquistas se fueron haciendo más heterogéneos, surgiendo incluso posiciones

⁴⁷ Op. cit., pág. 29.

contrarias a la acción colectiva que ponían énfasis en el camino y el esfuerzo de los individuos.⁴⁸

Otro aspecto de la actividad afín con el espíritu libertario fue la constitución de algunas comunidades de vida, falansterios al modo de Fourier y colonias según la propuesta de Owen. Éstas fueron escasas y, en opinión de Grez, sin ningún efecto en el curso del movimiento ni la sociedad, promovidas y llevadas a cabo por grupos de intelectuales, artistas, escritores, escultores y obreros especializados, muchos de ellos líderes del anarquismo, como Escobar y Carvallo. La más conocida de ellas fue la Colonia Tolstoyana de San Bernardo, formada por su líder, el escritor Augusto D'Halmar, el también escritor Fernando Santiván y el pintor Julio Ortiz de Zárate. Es importante señalar que ninguno de ellos se autodefinió como "anarquista", aunque el ejemplo de Tolstoy se considera como una forma de anarquismo cristiano. La otra colonia, de clara y expresa inspiración libertaria, se fundó en la calle Pío Nono y vivieron en ella el mencionado Escobar y Carvallo, junto al pintor Benito Rebolledo, Manuel Cádiz, Teófilo Galleguillos, Julio Fossa Calderón y otros, junto a las esposas e hijos de los casados o emparejados. Salvo Rebolledo y Fossa (estudiante de Artes), los demás fueron artesanos de prestigio en su área, la mayor parte de amplia y refinada cultura. Si nos detenemos en estas experiencia de vida comunitaria es porque, como se comentará más adelante, de los testimonios de sus protagonistas se desprende el ideal ético que inspirara a los anarquistas chilenos y que se tradujera en un perfil que explica no sólo muchas de las cosas que se firman sobre el carácter personal de González Vera (benigno, discreto, respetuoso): también ayudan a aclarar la relación entre ética anarquista y estética literaria que se postula en esta tesis.

En el curso de su investigación y al igual que otros historiadores como Vitale y la dupla Pinto-Salazar, Sergio Grez afirma que la primera etapa de influencia ácrata en el movimiento obrero chileno iniciada en 1898, culmina alrededor de 1903, debido entre otras causas a factores como el aumento del empleo, abaratamiento del precio de los alimentos y, por cierto, la contradicción entre la fuerza del impulso fundador anarquista, versus la capacidad para mantener las organizaciones fundadas. Para 1907, año de la matanza de obreros de la Escuela Santa María de Iquique, en la que participaron algunos líderes ácratas, el efecto del exterminio de estos trabajadores fue tal que contrajo la actividad inicial en el país. Muchos de sus líderes tuvieron que escapar del país, otros resultaron encarcelados y se registró un declive en las habituales formas de participación libertaria. La muerte de alguno de los integrantes de esta generación y el regreso a la filas del Partido Democrático de otros, completan el panorama de declinación de "la Idea" en la escena pública. Declinación, no desaparición: si bien perdieron presencia en la dirección sindical, crearon instancias ligadas a la difusión del ideario, como los centros de estudios sociales, entre otras. Esta situación cambia, sin embargo, debido a circunstancias como el encarecimiento de los artículos de primera necesidad y la demanda de trabajo, presentando situaciones de fuerte contraste: mientras por un lado existía más oferta laboral para el rubro de la construcción y se mejoraba el sueldo de los empleados públicos, al mismo tiempo que se registraba el *boom* salitrero, otros sectores populares y especialmente la mujeres, quedaban en desamparo ante el aumento generalizado de precios. El movimiento alcanzó un nuevo auge hacia 1905 y, a pesar de la contracción que ocurre con posterioridad a la matanza de la Escuela Santa María, los anarquistas no cejan en su labor de agitación y propaganda, esta vez con llegada a espacios como la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, FECh y su legendario órgano de prensa "Claridad", espacio en el que tendrá importante presencia González Vera, ya integrante del movimiento libertario. Otras instancias relevantes son La

⁴⁸ *Op. cit.*, pág. 76.

Federación de Obreros de Imprenta (FOI) y la Federación de Trabajadores de Chile, entre otras que contarán con la presencia de cuadros ácratas.

El anarquismo chileno de esta época resulta hoy tan interesante y decisivo en algunos aspectos como opinable en otros. Los historiadores consultados, incluso los de tendencia conservadora, coinciden en resaltar el rol decisivo que tuvo la acracia chilena en el desarrollo de la madurez política de la clase trabajadora. El sujeto popular tiene la capacidad de mirarse a sí mismo y nombrar sus necesidades, metas y caminos hacia ellas gracias, en grado no menor, a la porfiada labor libertaria por la promoción de ese nivel reflexivo en las capas dominadas de nuestra sociedad. La clase trabajadora chilena conquista para sí misma el rango de sujeto, sistemáticamente negado desde la élite y pasivamente asumido así por “el bajo pueblo”, gracias al antecedente de quienes precedieron a la acracia chilena, si bien el momento de mayor claridad en esta conciencia ciudadana difícilmente se alcanza sin la labor anarquista. Lo hemos dicho: el grado de madurez cívica de los sectores populares entre 1891 y 1970 le debe mucho al anarquismo. Aparte de su vocación por el individuo libre y preparado para una sociedad justa y nueva, los libertarios resultan particularmente vanguardistas en temas como la alimentación y la vida sana, la práctica de ejercicios, el contacto con la naturaleza, el vegetarianismo, abandono del tabaquismo y el alcoholismo. Fueron los primeros en hablar de la relación de pareja libre de las ataduras del matrimonio legal, tema que hoy ya no reviste polémica. En ese mismo tenor, su lucha por la emancipación de la mujer y su derecho a ser considerada una ciudadana con voz (aunque no fomentaban que tuviera voto, por acercarla al trato con el estado y caer en el juego político engañoso) fue absolutamente radical respecto de todas las demás tendencias, movimientos y partidos políticos de la época. Esta noción se entronca con un aspecto de la ética anarquista que describe el pintor decorador Benito Rebolledo en su carta a Fernando Santiván:

(...) todos eran bondadosos. Vivíamos en un continuo torneo de tolerancia y bondad, influenciados por el ambiente moral que nosotros mismos habíamos creado... Vivíamos en común,..., todos éramos vegetarianos; no bebíamos licores ni fumábamos, lo mismo nuestras mujeres. Era la misma que hacían ustedes [en la Colonia Tolstoyana], a excepción del voto de castidad. A pesar de tantos hombres y mujeres reunidos, jamás hubo disgustos, ¡para eso éramos apóstoles de la paz y de la fraternidad! Dios es testigo de que éramos inocentes... Éramos iluminados por una luz mística: el amor a la Humanidad. Sobre todo a los humildes, a los pobres, por lo que luchan sin esperanza, por los que mueren sin haber tenido jamás una satisfacción de verdadera vida... teníamos la consigna de no mentir, sobre todo no engañar a las mujeres (...) Fue..., la Edad de Oro del desinterés y del sacrificio por los demás de un puñado de hombres jóvenes, tan raro en los tiempos que corremos de miseria moral y mezquindad. Nuestras colonias [la de Pío Nono y San Bernardo] dejaron constancia de la nobleza de nuestras intenciones y marcaron una época en la Historia de nuestro Chile⁴⁹.

Finalmente la arista de la autogestión, que en la práctica significa que el desarrollo de un trabajo estimula espacios de acción cultural antisistema, son hoy por hoy un práctica común en las numerosas organizaciones culturales alternativas que surgen en el Chile de fines del siglo XX y hasta ahora, en que el acceso a las tecnologías facilita el fomento y la difusión de ideas. Pero así como demuestran infatigable porfía para generar espacios de encuentro,

⁴⁹ Carta de Benito Rebolledo Correa a Fernando Santiván, en respuesta a la pregunta de éste sobre la naturaleza de la colonia de Pío Nono, 31/10/50, en Grez, Sergio, op. cit., “Anexos”, págs. 375, 349, 350 y 351.

educación y fomento de la lucha sindical, conquistando logros que hoy son derecho legal de los trabajadores chilenos, esta energía creadora resultó tan intensa como incapaz de mantenerse en el tiempo:

A menudo, la desconfianza de los anarquistas hacia las organizaciones muy estructuradas se convertía en el mayor obstáculo que impedía la continuidad de su trabajo (...). La lógica implícita de esta forma de actuar de los anarcos –inorgánica y con poca preocupación por lo resultados de su acción– se encuentra, probablemente, en lo que Irving Horowitz denominó necesidad de participación, de acción directa”. Para este modus operandi del anarquismo, el resultado afortunado de su praxis no tiene tanto valor como la redención personal (...) de modo tal que el acto revolucionario es “útil en su naturaleza, por encima de su éxito o su fracaso político, principalmente porque la acción guiada por un fin moral es redentora”. Llevando este razonamiento hacia el extremo se podría sostener que en la perspectiva anarquista el fin importa poco y que el movimiento lo es todo porque es movimiento portador de redención.⁵⁰

El comentario de Grez confirma que el anarquismo tiene en su propio código genético las probables causas de su ir y venir por la escena social desde entonces hasta nuestros días. Pero de ninguna manera impide afirmar que ya no parece posible hacer una historia de Chile a espaldas del factor libertario, no sólo en cuanto a la evolución del movimiento popular y su autoconstrucción de la categoría de sujeto, sino también en otros órdenes de la vida que hoy parecen un aspecto más de la heterogeneidad postmoderna, cuya instalación en las prácticas sociales comunes de fines del siglo XX e inicio del XXI (la vida en pareja sin matrimonio, el pacifismo antimilitarista y antichauvinista, el autocuidado de la salud, la conciencia de la relación hombre-naturaleza, igualdad de géneros, etc.) tienen como base original la inserción de estos temas en el debate público gracias a la crítica anarquista.

Así, el aún adolescente González Vera ingresa al anarquismo chileno en el momento de mayor relevancia social y política de este movimiento, como evidencian sus numerosos órganos de prensa, presencia en el movimiento obrero, centros de estudio, teatros y federaciones estudiantiles. Con bases de pensamiento filosófico y social provenientes de la obra de Bakunin, Kropotkin y Malatesta, entre otros, y también con lazos estrechos con otros movimientos anarquistas en el mundo, el joven redactor de *La Batalla* y *Claridad* cuenta con algo más que discusiones teóricas o revolución de café. En sus alusiones personales y literarias, como ocurre en el relato “Una mujer” de *Vidas Mínimas*, reconocemos el mismo eclecticismo teórico del anarquismo chileno de la época, sin mayores preocupaciones por delimitar diferencias entre una tendencia u otra. Considerando su estilo de vida y construcción estética, es posible postular la preferencia de González Vera por el libertarismo kropotkiniano, pero visto el tenor de la discusión de la época, no parece que valga la pena intentar ningún encasillamiento.

El anarquismo es una presencia viva, temida, espiada y perseguida. Cuenta también con un ideal ético que intenta hacerse carne en el actuar individual de sus miembros, de una forma – forzoso es reconocerlo– que se tomó mucho más en serio que el slogan sobre “el hombre nuevo” que promoviera la izquierda chilena de los '80, en tanto la mayor parte de sus adherentes mantuviera una conducta tradicional en todos los temas de relación social que no fueran los estrictamente asociados a la labor militante. González Vera llegaba a un Chile en plena reacción al proyecto monárquico y luego oligárquico que representaba el

⁵⁰ *Op. cit.*, págs. 56-58.

ya agonizante parlamentarismo. Y no eludió hacerse parte de este decisivo momento en nuestra historia.

c) Ética anarquista y analéctica: puntos de contacto.

Para la época en la que Kropotkin, Bakunin y otros pensadores anarquistas fundamentales discutían los caminos del socialismo europeo e internacional, Charles Darwin (1809-1882) y su teoría sobre el origen de las especies publicada en 1859 continuaba generando polémica. La discusión acerca de las nuevas formas de sociedad que debían oponerse al orden burgués necesitaba de sustento teórico y, por supuesto, de una base moral y ética que orientara las reflexiones y decisiones de una izquierda cada vez más inquieta. El planteo básico de Darwin en cuanto a que la conservación de las especies era resultado de la capacidad de adaptación al medio, especialmente cuando éste es hostil, introdujo el problema de la supervivencia del más fuerte y la competencia que esto involucra. Kropotkin se negó a aceptar que ese punto fuera el único que permitiera establecer la causa de la perduración de los seres vivos y acusó a los difusores del darwinismo de ser parciales, posición a la que contrapuso las ideas de Adam Smith en *La Teoría de los sentimientos morales* (1759), en donde se señala que la moral emana de la simpatía del hombre hacia sus semejantes, que a su vez surge de la imaginación: al contemplar el sufrimiento infligido a otro, podemos imaginarlo, y esta empatía lleva a impedir que ese mal subsista; la empatía da paso a la simpatía, y la simpatía es la base del sentimiento moral. Sobre esta obra, Kropotkin señala:

Libre de todo prejuicio religioso, buscó la explicación en un hecho de la naturaleza humana: he ahí por qué durante un siglo la clerigalla con o sin sotana ha hecho el silencio alrededor de este libro. La única falta de Adam Smith está en no haber comprendido que tal sentimiento de simpatía, convertido en hábito, existe entre los animales al igual que en el hombre. No desagrada esto a los vulgarizadores de Darwin, ignorando en él todo lo que no había sacado de Malthus; el sentimiento de solidaridad es el rasgo predominante de la existencia de todos los animales que viven en sociedad.⁵¹

La moral anarquista constituye uno de los textos fundamentales en el desarrollo del ideal libertario. Publicado en 1890, constituye una reflexión sobre los efectos de la educación moral cristiana sobre el individuo ante la cual se opone otra que –para quien fuera antes de su opción anarquista una destacada promesa científica–, emana de la observación de la conducta animal. Con un afán descriptivista centrado en la conducta más que en los rasgos heredables y la relación entre congéneres más que las luchas territoriales, Kropotkin asume que la naturaleza no hace otra cosa que ofrecernos ejemplos de supervivencia a partir de la solidaridad entre los miembros de un género, y a partir de ello propone algunos de los mensajes más conocidos del anarquismo, alrededor de los cuales se plantea un análisis de fondo para explicar sus fundamentos:

La moralidad que se desprende de la observación de todo el conjunto del reino animal, superior en mucho a la precedente, puede resumirse así: Haz a los otros lo que quieras que ellos te hagan en igualdad de circunstancias. Y añade: Nota bien que esto no es más que un consejo; pero ese consejo es el fruto de una larga experiencia de la vida de los animales asociados y entre la inmensa

⁵¹ Kropotkin, Piotr. *La moral anarquista*. Recurso electrónico disponible en: <http://www.nodo50.org/codoacodo/mayojunio07/lamoral.pdf> Pág. 11

multitud de los que viven en sociedad, comprendiendo al hombre, obrar según ese principio ha pasado al estado de hábito. Sin ello, además, ninguna sociedad podría vencer los obstáculos naturales contra los cuales tiene que luchar.⁵²

De este modo, los sueños anarquistas dependerían de la claridad con que se asume un principio elemental:

Cuanto mejor cada miembro de la sociedad comprende la solidaridad para con los demás, mejor se desarrollan en todos esas dos cualidades que son los factores principales de la victoria y del progreso: de una parte, el valor, y la libre iniciativa del individuo, de la otra. Y cuando más, por el contrario, tal colonia o tal grupillo de animales pierde ese sentimiento de solidaridad (lo que sucede a consecuencia de una excepcional miseria o bien de una gran abundancia de alimento) tanto más los otros dos factores del progreso, el valor y la iniciativa individual disminuyen, concluyendo por desaparecer, y la sociedad en decadencia sucumbe ante sus enemigos. Sin confianza mutua no hay lucha posible, no hay valor, no hay iniciativa, no hay solidaridad, no hay victoria; es la derrota segura.⁵³

Antes de continuar con el comentario sobre la moral anarquista, y precisamente porque es necesario deslindar esa moral de una ética libertaria, se hace necesario intentar una distinción de ambos términos, problema que se ha vuelto un lugar común en la discusión filosófica elemental. Etimológicamente son sinónimos el griego *ethos* (costumbres) y el latín *mos-mores*. El uso corriente muchas veces apela a ambos términos para señalar un mismo fenómeno de conducta social: la capacidad de actuar de acuerdo a un principio rector de la conducta, nacido en la propia comunidad histórica donde se actúa. Ferrater Mora⁵⁴, por su parte, prefiere diferenciar el conjunto de prácticas rectoras del estudio filosófico del sentido de dichas prácticas, llamando moral a la primera y ética a la segunda. De esta definición resulta interesante el perfil de la ética como el acto consciente y metódico de reconocer la naturaleza del comportamiento moral, para desde ahí distinguir su sentido en la comunidad de donde proviene. Moral, entonces, se entiende como preceptos, valores, formas de hacer y vivir, “costumbres” sancionadas por la aceptación, difusión e imposición (vía tradiciones, pedagogías, ordenanzas, leyes, etc.), mientras que la ética es una disciplina filosófica cuyo objeto es la moral.

Una segunda posición al respecto y que guarda cierta afinidad con Ferrater Mora, reconoce en la moral un conjunto de prácticas capaces de regir la conducta social, nacidas en una sociedad y cultura diferentes de otra cultura y sociedad. Se reconoce en la relación del grupo y los niveles que éste adopte, se mantiene y reproduce en el grupo para la conducta del individuo como parte del mismo, y se entiende como algo dado, como un hacer que acepta o rechaza, legitimado por la tradición y con poder rector, aunque no siempre como decisión en el plano consciente de los miembros de la comunidad. Cuando éstos se detienen a observar el carácter del elemento moral en la toma de decisiones, y cuando producto de tal observación racional y consciente deciden orientar su conducta personal en el tejido social, entonces se está en el nivel ético de la cuestión. La ética corresponde al plano personal del ejercicio moral, asumido en forma consciente y crítica como lo que

⁵² *op., cit. Pág. 10. El subrayado es mío.*

⁵³ *op., cit. Pág. 32.*

⁵⁴ Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Recurso electrónico disponible en: <http://www.scribd.com/doc/2538434/>

permite hacer y no hacer al individuo. Para efectos teóricos y de análisis, he preferido esta última acepción.

De acuerdo con ello, la visión kropotkiniana propone una moral que se niega a la aceptación pasiva de la moral oficial, proveniente de las instituciones: la Iglesia, la tradición impuesta, etc. Esa moral ha estado, al decir de los anarquistas, al servicio de las instancias que mantienen la relación dominante-dominado y carecerían de legitimidad, pues no reconocen la autonomía del individuo capaz de elegir. La moral anarquista asume que los ejes orientadores de su práctica son tan sencillos como antiquísimos, pues están en la base de la supervivencia tanto de nuestra especie como de las demás: la cooperación, la solidaridad, el placer de dar y compartir. Reivindica el carácter hedonista de la solidaridad, en la medida en que todos los actos humanos y, por extensión, cada acto de un ser vivo carece de ninguna otra motivación que el placer de ejecutarlo, incluso cuando se trata del sacrificio por otro o por un ideal (lo que a la postre siempre resulta ser un sacrificio por el otro..., el que vendrá).

Asumiendo que los humanos son una especie más que actúa por placer, y que la solidaridad y colaboración son los ejes que no han permitido llegar a este punto en nuestra evolución (al menos el de la supervivencia), se entiende el sentido de clásica máxima anarquista sobre hacer al otro lo que quisiéramos que, en iguales circunstancias, el otro hiciera por nosotros.

La ética anarquista entonces se manifiesta en bajo las siguientes premisas de acción:

- Asume la natural bondad humana y su tendencia a la cooperación mutua.
- Implica el reconocimiento de la libertad del otro, de un derecho a la diferencia y del ejercicio libre de esa diferencia.
- Reconoce como legítimas las prácticas morales que surgen del desenvolvimiento libre, la aceptación voluntaria de estas prácticas. Una moral que es legítima porque proviene de la voluntad individual que, en sintonía con otras ante un mismo fenómeno, opta por un camino para regir la conducta.
- Establece que el ejercicio de la libertad, supremo bien y derecho del individuo, sólo tiene sentido en la aceptación de la libertad del otro y la comprensión mutua de los límites que el libre ejercicio social significan.
- La ética anarquista encuentra bondad, cooperación y solidaridad en la praxis en y para la sociedad oprimida, estimulando la creación de canales de educación y desarrollo de conciencia social, la autogestión y formación de espacios que faciliten la educación como la expresión libre de necesidades como oprimidos (sociedades, grupos, sindicatos, etc.) y su enfrentamiento directo con los opresores.
- De acuerdo con ello, se valora el hacer liberador y antisistema, más que el resultado o la permanencia del hecho fundado. Este hacer es ya la respuesta liberadora, pues en la acción misma radica la meta.
- Se entiende a sí misma como la negación de la ética tradicional de origen burgués con raíces en la moral judeo-cristiana en todo lo relativo a la conducción, coacción y cooptación de la conducta del individuo en tanto miembro de la sociedad.
- Asume que esta colaboración y solidaridad natural se encuentra en forma clara en el mundo de los oprimidos.

Antes de revisar la forma en que estas nociones maduraron y llegaron a ser parte de la estética narrativa de González Vera, es necesario detenerse en otro aspecto teórico de la cuestión: desde dónde acercarnos a dicha estética, desde qué considerando elemental poder entender el mecanismo bajo el que opera el gesto ético en el gesto estético, vistos

desde una perspectiva cultural que comprenda –y permita comprender– no sólo el problema de la ética desde su perspectiva filosófica, sino también las coordenadas históricas, políticas y culturales en las que se entiende esa filosofía, qué métodos propone para abordar el problema de la ética y, especialmente, qué supuestos de la relación humana son parte de sus premisas. Se trata de encontrar una herramienta teórica que sintonice con el marco general de la historia y la ideología marcadas por la relación conflictiva entre los intereses del poder y los de las clases oprimidas. Pero más importante aún, que permita abordar los supuestos éticos que animan la creación narrativa.

La respuesta, al menos inicialmente, la encontramos en una corriente filosófica que surge en América Latina a fines de los '60, llamada Filosofía de la Liberación, en particular en la noción que uno de sus principales exponentes, Enrique Dussel, propone para el análisis filosófico, la noción de la “analéctica”. La Filosofía de la Liberación forma parte de la línea evolutiva del pensamiento filosófico latinoamericano que comienza con sus precursores del siglo XVII, personalidades que, animadas por la inquietud independentista de las colonias, se formularon las primeras preguntas acerca de la libertad, la dependencia, la autonomía, e hicieron las primeras lecturas de los filósofos europeos que la Ilustración instalaba en importantes centros de divulgación del Viejo Continente. La paradoja se anuncia: para reflexionar sobre las formas de alcanzar libertad y autonomía respecto de la potencia dominadora, los intelectuales y políticos americanos apelaron al cuerpo de ideas que explica y da sentido a ese canon europeo dominador, animado a su vez por sus propias contradicciones y oposiciones, por sus propios conflictos y críticas, difícilmente podría ser de otra forma: cualquiera fuese el estado de la reflexión entre los intelectuales prehispánicos de las culturas y civilizaciones conquistadas, el conquistador tuvo cuidado de eliminar prácticamente todo rastro (salvo por felices excepciones) de la expresión de su pensamiento e historia. A cambio instaló sus propios códigos, leyes, estética y teología, manifestaciones todas que no pueden entenderse sin conocer los fundamentos últimos que dan sentido a estas producciones culturales e ideológicas: Grecia, y con ella, culturas de mayor antigüedad que animan lo que fuera la discusión griega, como el aporte sumerio y egipcio. El hecho es que la reflexión filosófica latinoamericana como tal, recién da sus primeras señales a fines del siglo XIX.

De ese modo, Enrique Yepes, profesor de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Rutgers, reconoce el aporte de precursores como Andrés Bello y su noción de “lo americano”, la visión pedagógica de avanzada en Simón Rodríguez, también destacada por Ángel Rama y, más adelante, la construcción del “latinoamericanismo” de la mano de Rodó, Martí y otros intelectuales cuyas líneas de pensamiento encontraron acogida en el siglo XX con las propuestas de los mexicanos José Vasconcelos y Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el peruano José Carlos Mariátegui. Hacia mediados de siglo Yepes y a propósito de la Filosofía de la Liberación, señala que:

La revolución cubana de 1959 y las profundas reformas del Concilio Vaticano II de la Iglesia Católica en 1962, generaron nuevos marcos de pensamiento dentro de los que numerosos pensadores produjeron la línea de reflexión que más trascendencia internacional ha tenido en América Latina. Fue una filosofía basada en el concepto de la liberación de los oprimidos, es decir, la construcción de condiciones materiales y educativas que permitieran superar la miseria económica de vastos sectores de la población.⁵⁵

⁵⁵ Yepes, Enrique. *La Filosofía de la Liberación Latinoamericana*. Abril 2006. Recurso electrónico disponible en: <http://www.bowdoin.edu/~eyepes/latam/liberac.htm>

La intensa discusión crítica en todo Occidente que caracterizara a los años '60, llegó hasta la Iglesia Católica, cuya reacción a los cambios sociales tuviera lugar protagónico en el Concilio Vaticano II. Las conclusiones de este encuentro influyeron en pensadores como Leonardo Boff y Helder Cámara, quienes dan origen a la Teología de la Liberación. En el mismo tenor, el brasileño Paulo Freire genera su propuesta de una Pedagogía del Oprimido orientada a cambiar el verticalismo en las relaciones profesor-alumno tradicionales hasta entonces, asumiendo que las experiencias y saberes del estudiante deben ser consideradas como otro elemento de aprendizaje enriquecedor para el docente, quien también aprende y es educado, en la medida en que realiza la apertura a estos saberes del otro. El argentino Enrique Dussel, junto a filósofos como Scanonne, Cerruti-Goldberg y otros, acusa recibo y se propone desarrollar una filosofía que esta vez emane de la misma Latinoamérica, rompiendo la relación tradicional de relectura del pensamiento europeo y apelación constante a sus escuelas y corrientes. Esta filosofía gira sobre el supuesto ético fundamental de la apertura y escucha del Otro –el oprimido hasta entonces sometido al silencio, el negado– y quiere superar la metodología dialéctica o mejor dicho, incluirla y luego superarla en un nuevo plano de relación entre el hombre y la realidad: la analéctica. Al respecto, señala Yepes:

A partir de un análisis de la historia de conquista e invasión desde Europa sobre América, y de cómo creó estructuras de dominación, marginación y dependencia, Dussel demuestra cómo estas prácticas de dominación se basaron en una filosofía universalista del Occidente europeo. Al atribuirse la autoridad sobre el conocimiento universal, la filosofías europeas han definido la "naturaleza humana" según los parámetros, modos de comportamiento y orientación racionalista de Occidente, condenando a las culturas invadidas a condiciones de no-ser, caos e irracionalidad. De este modo, las filosofías occidentales han legitimado históricamente la dominación que oprime al llamado Tercer Mundo, escondiéndola bajo la apariencia de "promover civilización". Para responder a estas condiciones, Dussel propone una filosofía basada en el diálogo y la escucha de los excluidos, del "Otro radical", es decir, del sujeto que ha sido convertido en objeto por la dominación occidental. Esta práctica reflexiva organizaría una "analéctica de la liberación" como alternativa para la "dialéctica de la dominación" prevaleciente. El desarrollo teórico de Dussel se basa en una crítica detallada de la ontología de Kant, Hegel, Heidegger y otros filósofos alemanes, franceses e ingleses, ya que, para él, la voz de los oprimidos tiene que pasar por la paradoja de hablar con la lengua del opresor para poderla cuestionar y superar: "Para descubrir nuevas categorías con las cuales nos sea posible pensarnos a nosotros mismos, hay que comenzar por hablar como los europeos y, desde ellos, probar sus limitaciones" (Dussel 1979: 108)⁵⁶

Dussel hace hincapié en que ni la dialéctica ni la analéctica son filosofías, sino métodos que facilitan el trabajo reflexivo de la filosofía y, particularmente la última, descansa sobre una base que es ante todo ética. Mientras que la dialéctica es una aproximación a la reflexión filosófica trascendente que nace de la totalidad que presenta el cotidiano, totalidad asumida en sí y aceptada para luego ser criticada, en un acto en el que el acercamiento es a lo que está, lo que es, lo que logra ser reconocido, la analéctica se esboza como la aceptación de que, en lo que es, hay realidades no totalmente conocidas, aunque no por ello menos

⁵⁶ *Ibid.*

reales, realidades que escapan al horizonte desde el cual la dialéctica aprehende y critica la realidad. Lo desconocido, cuyos códigos ignoramos, comienza a ser aceptado y luego escuchado: es la voz del Otro que apela, y a la cual se responde. Un Otro que, hasta ese momento, no ha sido invitado al horizonte de la realidad asumida y aceptada. Es el Otro negado, marginado, oprimido:

El método ana-léctico surge desde el Otro y avanza dialécticamente; hay una discontinuidad que surge de la libertad del Otro. Este método, tiene en cuenta la palabra del Otro como otro, implementa dialécticamente todas las mediaciones necesarias para responder a esa palabra, se compromete por la fe en la palabra histórica y de todos esos pasos esperando el día lejano en que pueda vivir con el Otro y pensar su palabra, es el método ana-léctico. Método de liberación, pedagógica analéctica de liberación.⁵⁷

Esta inclusión del Otro necesita de un ejercicio que, antes de ser método, supone algunas actitudes preliminares:

El filósofo, racionalidad actual refleja auténtica, sabe que el comienzo es confianza, fe, en el magisterio y la verdad del otro: hoy es confianza en la mujer, el niño, el obrero, el subdesarrollado, en una palabra, el pobre: él, el alumno, tiene el magisterio, la pro-vocación ana-lógica; él tiene el tema a ser pensado: su palabra revelante debe ser creída o no hay filosofía sino sofística dominadora.⁵⁸

Dussel cree que la analéctica es el método que permitirá a la filosofía volverse un instrumento de liberación para el Oprimido, sea éste o no latinoamericano, y donde el filósofo mismo también resulta incluido y afectado:

El filósofo que se compromete en la liberación concreta del otro accede al mundo nuevo donde comprende el nuevo momento del ser y desde donde se libera como sofista y nace como filósofo nuevo, ad-mirado de lo que ante sus ojos venturosamente se despliega histórica y cotidianamente. El mito de la caverna de Platón quiso decir esto pero dijo justamente lo contrario. Lo esencial no es el ver ni la luz: lo real es el amor de justicia y el otro como misterio, como maestro. Lo supremo no es la contemplación sino el cara-a-cara de los que se aman desde el que ama primero.⁵⁹

En una aproximación más cercana a la naturaleza de este método, Dussel indica:

(...) podemos hablar del método analéctico que no niega el valor ontológico (dentro de la totalidad entonces y solamente) del método dialéctico, pero descubre una dimensión humana de significación metafísica y liberadora. El método dialéctico avanza de totalidad en totalidad, de lo mismo hacia lo mismo y no puede pensar adecuadamente la negatividad del otro. Es por ello

⁵⁷ Dussel, Enrique. *Introducción a la Filosofía de la liberación*. 1972. Recurso electrónico disponible en: http://www.crefal.edu.mx/Biblioteca/CEDEAL/acervo_digital/coleccion_crefal/no_seriadados/enrique_dussel/textos/14/08pp221-241.pdf

⁵⁸ Dussel, Enrique. *Método para una filosofía de la liberación. Superación analéctica de la dialéctica hegeliana*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1974. Págs. 193-194. Recurso electrónico disponible en: <http://www.ifil.org/Biblioteca/dussel/textos/08/09pp175-197.pdf>

⁵⁹ *Op., cit.,* pág. 194.

que más allá de los que creen interpretar la realidad con sentido común (los defensores ingenuos del statu quo) y, de los que crítica-mente empuñan el método dialéctico, el respeto de la voz del otro, la aceptación del otro como más allá de todo sistema o totalidad instaure no sólo una actitud de escucha creadora sino igualmente un nuevo método en las ciencias humanas (ya que en las ciencias naturales es el método dialéctico el único que puede emplearse). La exterioridad del otro, como momento meta-físico primero, nos permite interpretar la historia, la economía (tal como lo hace la socioeconomía de la dependencia que se abre a la exterioridad cultural de los pueblos periféricos), la sociología, etc.⁶⁰

Esto nos devuelve al marco histórico señalado anteriormente... Los historiadores que deciden enfrentar la historiografía tradicional, en la que no se discute el uso de expresiones como “el bajo pueblo” y, por cierto, no se incluye a éste como sujeto de la investigación histórica, están apelando al componente ético en su metodología de investigación y análisis, señalando expresamente que este silencio sobre el Otro elude asumir el rol que el ciudadano (y la historia en la que éste alcanza dicha ciudadanía) son parte esencial del presente de las sociedades que quiere entenderse en el estudio de su pasado. No utilizan la expresión “analéctica”, pero a la luz del texto citado, resulta muy clara la sintonía de perspectivas que surge entre esta corriente histórica y la filosofía de la liberación. No es de extrañar, si consideramos que Dussel, Salazar y otros filósofos e historiadores son parte de la generación que vivió la intensidad de los años '60 y '70 latinoamericanos, cargados de sueños, militancias y certezas, una época que asistía a la concreción de los ideales revolucionarios, que vio levantarse y caer al Che, que vio el dolor y el triunfo de Vietnam. La victoria de la Revolución Cubana marcó a una generación completa de la izquierda continental. En el contexto que tratamos ahora, quizás si la certeza más clara fue la de que había algo propio que decir, y para decirlo había que encontrarlo, porque se lo sospechaba sin precisarlo con nitidez. El problema de la identidad de América Latina resurgió no sólo en la discusión intelectual, sino también en la de los artistas y creadores “cultos” y folklóricos. Ni los filósofos ni los historiadores de izquierda se marginaron del tema. Crear para los latinoamericanos (y por extensión, para los marginados del canon occidental) un referente propio, nutrido de nuestros saberes y experiencias, dotado de categorías surgidas desde ese encuentro y descubrimiento de lo que siempre había estado en el cotidiano y, es esencial reiterarlo, el cotidiano popular, periférico, no imitativo ni *arribista* en el plano intelectual. Decir desde acá, para los de acá, y para que nosotros, los de acá, tuviéramos forma de nombrarnos a nosotros mismos y al camino que nos conduzca a resolver nuestras demandas y desafíos.

Dussel cree que la Filosofía de la Liberación es la respuesta a estas aspiraciones. Menciona en muchas ocasiones la noción del método para esta filosofía, habla del momento analéctico en la dialéctica y luego de la analéctica como herramienta basal del análisis que lleva a la liberación. Lo que nos interesa es esta propuesta inicial de inclusión, de apertura y escucha. Sin embargo como método explícito, como ejercicio intelectual en torno a algún aspecto, situación, proceso o fenómeno, es forzoso coincidir con los críticos a Dussel: el método se menciona, pero no se perfila con claridad. En *Ética comunitaria* (Ediciones Paulinas, Madrid, 1986), por ejemplo, el análisis se centra en la noción de comunidad, tomando como base la formación de las comunidades cristianas y la evolución y crítica de la teología al respecto, a partir de una relectura bíblica. Sin cuestionar lo interesante que

⁶⁰ *Ibid*, Pág. 205.

pueda ser la propuesta, resulta arduo dilucidar el plano teológico —es decir idealista— del abordaje dialéctico y analéctico de la cuestión, y no porque el autor repare en contextualizar toda vez que sea necesario.

A propósito de los desafíos de la filosofía latinoamericana moderna, el académico peruano David Sobrevilla ha concentrado su investigación en el desarrollo de los fenómenos y sintetiza de la siguiente forma los principales hitos evolutivos de la misma:

Encuentro en la filosofía actual en América Latina cinco corrientes principales. De éstas, tres corresponden a corrientes trasplantadas de Europa y dos han surgido en el suelo latinoamericano sobre la base en parte de impulsos propios y en parte de influencias ajenas. Las primeras son el movimiento fenomenológico y existencialista, el marxismo y la filosofía analítica.⁶¹

Más adelante cita a Cerruti-Goldberg, quien caracteriza la filosofía de la liberación de la siguiente forma:

1) Se trata de elaborar una filosofía auténtica en América Latina, 2) Se piensa que es necesario destruir la situación de dependencia que afecta a América Latina, 3) Se sostiene que esta situación dependiente está apuntalada por una filosofía justificatoria y académica que la convalida, y que es preciso reemplazar entonces por otra que haga críticamente explícitas las necesidades de las grandes mayorías explotadas del pueblo pobre y oprimido de América Latina, y 4) Se afirma que este pueblo es el portador de una novedad histórica que debe ser pensada y expresada por la filosofía de la liberación.⁶²

Esta “novedad histórica” lo es, en rigor, para los intelectuales formados al alero del canon occidental en diversas disciplinas que también surgen en ese referente cultural. Es “novedad histórica” para quienes, por *formación* académica y orígenes sociales, la palabra del Otro apenas era perceptible en el folklore, la feria artesanal y por cierto, la literatura criollista. Deslindar sin embargo, esta idea del Otro de cierta tendencia al paternalismo, a la idea de que porque es popular tiene, necesariamente, que estar cargado de una verdad expresable filosóficamente nos parece una alta posibilidad (lo sabemos por Violeta Parra, pero resulta más difícil asegurar que Violeta o Yupanqui son los únicos representantes de la compleja heterogeneidad popular latinoamericana), pero no tenemos ante nosotros el ejercicio de aproximación a estas realidades desde la analéctica.

Sobrevilla no teme enfrentar algunos supuestos de la filosofía de la liberación. El primero se relaciona con la originalidad de la propuesta que parte por liberarse del peso que la filosofía occidental impone en nuestros intelectuales:

Quisiera indicar en primer lugar que la fenomenología y el existencialismo fueron de una gran ayuda para el descubrimiento de la realidad latinoamericana al acentuar aquélla el aspecto descriptivo del trabajo filosófico o al proponer éste como categorías centrales conceptos como los de la «autenticidad» o «lo

⁶¹ Sobrevilla, David. “Situación y tareas actuales de la filosofía en América Latina”. *Revista Logos Americano*, Año 1, n° 1, 1994. Recurso electrónico disponible en: http://sisbib.unmsm.edu.pe/Bibvirtual/publicaciones/Logos/1994_n1/situacion.htm

⁶² *Ibid.*

propio». En este sentido, jugaron un gran papel en el surgimiento de la filosofía de lo americano.⁶³

El análisis continúa con la revisión de lo que, en los hechos, ha sido el marxismo latinoamericano, el cual, desde el punto de vista de Sobrevilla, no ha hecho ningún aporte original a la discusión –hoy retomada, ante la crisis económica del neoliberalismo–. Propone entonces una mirada crítica que rescata valores, pero no deja de perfilar las debilidades de las cinco tendencias filosóficas estudiadas. Con respecto a la filosofía de la liberación, indica:

Deseo señalar que en algunos representantes aislados de la filosofía de la liberación latinoamericana o en la inculturada hay un perceptible interés por el problema del método de la filosofía o de la historia de las ideas. Este es el caso de Enrique Dussel o de Juan Carlos Scannone cuando hablan del «método analéctico» –aunque entendiéndolo en distintos sentidos, o el de Horacio Cerutti Goldberg en su libro *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*. No obstante, juzgamos que aún no se ha logrado perfilar lo suficiente el mencionado método analéctico en sus pasos y procedimientos, y tampoco la metodología propia para una historia de las ideas en América Latina.⁶⁴

Si bien es razonable que Sobrevilla tienda a criticar el carácter instrumental que Dussel adjudica a la Filosofía de la Liberación, es muy sabido que los movimientos políticos europeos más importantes del siglo XIX y XX adquieren su espesor apelando al expediente de una escuela o tendencia filosófica que, voluntariamente o no, se utiliza para dar consistencia a la ideología del caso. Es aceptable, en todo caso, que Dussel y otros extremen las posibilidades de una filosofía, dándole una responsabilidad que le corresponde a otras instancias.

Más adelante, Sobrevilla agrega:

Crítico al grupo «universalista» por su asunción acrítica de la filosofía occidental y por no pensar los problemas filosóficos desde una perspectiva latinoamericana. Pero crítico al mismo tiempo al grupo «regionalista» por instrumentalizar la filosofía al concebirla solamente como un medio para lograr la liberación, la revolución o la claridad conceptual de la sabiduría popular; y lo crítico asimismo por su insuficiente nivel metodológico y por su falta de limpieza conceptual.⁶⁵

El investigador concluye que la filosofía latinoamericana tiene aún pendientes las tareas que dice haber asumido, como el conocimiento profundo de autores clásicos del canon que, a su juicio, no han sido abordados con la profundidad y dominio que corresponde, como paso previo a indispensable antes de formular, desde esa crítica, una propuesta continental que efectivamente reconozca las necesidades y peculiaridades que nos caracterizan como continente.

Aún más crítico resulta el catedrático español Eliseo Rabadán Fernández, quien apunta sus dardos directamente a Enrique Dussel en ***Algunas consideraciones sobre la***

⁶³ *Ibidem.*

⁶⁴ *Ibidem*

⁶⁵ *Ibidem.*

«lógica» de la liberación latinoamericana a partir de la crítica que, a su vez, planteara el cubano Rafael Plá en *Una lógica para pensar la liberación de América* (La Habana, 1994). Éste le habría señalado a Rabadán que ante las críticas del primero, Dussel habría reaccionado “con actitudes destructivas, en son de polémica o de desafío del más puro estilo sofista, es decir, cerrándose al diálogo constructivo, lo que supone defender las posiciones propias desde el recurso al dogmatismo”. Más allá del carácter anecdótico (y grave) del comentario, Rabadán acoge las ideas de Plá, que extractamos aquí:

... la crítica de un concepto fundamental en la metodología que propone Dussel, y no sólo él, sino que ya el teólogo de la liberación Juan Carlos Scannone lo había propuesto. Lo que proponía Scannone era nada más y menos que el concepto de analéctica, entendido como una especie de síntesis de la analítica filosófica con la dialéctica, con lo que a su juicio se adquiriría un método superior a ambos por separado. Como el mismo Plá aclara: «La analéctica no llega a constituirse en sí misma en método de pensamiento dada la simplicidad de lo que propone: basta situarse en la "exterioridad" con respecto a una totalidad y saber oír la "voz del otro" para "servirle" en su liberación... Otra razón para negarle categoría de método a la analéctica dusseliana es, como lo reconoce el propio autor, su carácter "intrínsecamente ético y no meramente teórico"; asume así como virtud lo que es uno de sus defectos más notables: la confusión teórica entre los distintos campos en que se ejercita el pensamiento humano, el intento de superar la división lógica interna de la ciencia como si fuera algo artificial y no objetivamente determinado (...).»⁶⁶

De acuerdo a Rabadán, Dussel peca de confusión teórica al mezclar categorías de la historia, la antropología y la teología, tema del cual resulta además contaminado de idealismo, es decir, abiertamente contradictorio con su tendencia basal materialista. Es además un utopista, problema que habrían logrado sortear con éxito los filósofos marxistas. No sólo eso: Dussel no parece darse cuenta de que su propuesta, teñida de idealismo cristiano, coincide con la visión socialdemócrata e incluso conservadora y católica. Y remata:

La crítica de Plá resulta, en cuanto a las acusaciones de «idealismo», tan clara como acaso excesivamente «suave», pero si leemos estas referencias, respecto de cuyos términos subrayados el propio Plá nos ruega fijar nuestra atención, podremos entender la inconsistencia y el carácter de impostura de esta «filosofía de la liberación».⁶⁷

Es perfectamente posible que la crítica de Rafael Plá tenga asidero en cuanto al carácter débil de la metodología analéctica. No queda tan claro que por eso o porque Dussel apele al discurso cristiano para definir la forma en que surge una ética comunitaria, su propuesta caiga en la mera impostura. La revisión bibliográfica tocante a este punto muestra que, salvo la Filosofía de la Liberación y, por extensión, la propuesta pedagógica de Freire y la teológica de Boff (que no constituyen una filosofía), no puede negarse dicho estatus a la de

⁶⁶ Rabadán Fernández, Eliseo. *Algunas consideraciones sobre la "lógica" de la liberación latinoamericana. (Diálogo crítico con algunos planteamientos del libro de Rafael Plá: Una lógica para pensar la liberación de América). Proyecto Filosofía en español. Anuario Hispano Cubano de Filosofía. Recurso electrónico disponible en línea: Disponible en línea: <http://www.filosofia.org/mon/cub/dt009.htm>*

⁶⁷ *Ibid.*

Dussel. Lo que es aún más importante para efectos de esta tesis, Dussel y sus seguidores (aunque luego algunos resultaran críticos) son los únicos en elaborar un constructo como la analéctica, y asumir expresamente el carácter ético que debería teñir a cualquier intento de hacer filosofía desde América Latina.

Escuchar la apelación del Otro como un ser libre, escucharla en la aceptación de que no se conoce el contenido de esa apelación, pero no habría razón para asumir que no es un discurso válido... Abrir la reflexión desde la dialéctica que asume totalidades a la analéctica que incluye exterioridades... El Otro que está afuera, en el margen, la periferia, la dominación... Parece una paráfrasis de la ética anarquista en sus puntos esenciales, como el reconocimiento de la libertad de cada individuo y su derecho a ejercerla, la certeza de que es tarea esencial crear espacios para dar voz al oprimido y de que el fin último del pensamiento es la acción liberadora. Los anarquistas del continente no estaban exactamente preocupados por definir si sus fundamentos filosóficos eran o no latinoamericanos, porque entre otras cosas asumían el aporte de los teóricos italianos, franceses o ingleses como valores con la suficiente universalidad y claridad para acoger en su seno las demandas más urgentes de todos los oprimidos de un continente u otro. Hasta hoy se sabe poco de la "teoría anarquista latinoamericana", y no es de extrañar si conocemos su opción por el hacer más que el teorizar. Pero es innegable la convergencia ética libertaria y analéctica en sus aspectos esenciales. Lo que resulta más revelador para acercarnos a la obra del escritor González Vera: la analéctica, con o sin deficiencias metodológicas, alcanza a señalar un supuesto teórico que nos ayuda a leer la prosa gonzalezveriana como una aproximación desde la ética a la estética. O al menos eso es lo que nos proponemos en los apartados siguientes.

2. El Criollismo.



Alameda esquina Bascuñán, 1920

a) Acerca del movimiento. Paralelos Latinoamérica-Chile.

En literatura como en otras cosas, algunos silencios tienen el poder de arrasar con todo. Ocurre por ejemplo que un movimiento como el Criollismo chileno ocupa importante lugar en listados, periodizaciones, cuadros comparativos y series de Premios Nacionales de Literatura, aunque las obras suelen pasarse por alto o, en otra forma de elusión, se reiteren los mismos nombres en reseñas o investigaciones de la academia. Se trata, sin embargo, de un silencio no exento de cierta justificación: las novelas y cuentos chilenos de corte criollista difícilmente han resistido nuevas lecturas, pues su afán estético, seguidor del Naturalismo europeo, resulta menoscabado por el esfuerzo descriptivo en torno a una anécdota que muchas veces se agota en sí misma, alcanzando pocas veces el poder revelador que se espera de una literatura con la capacidad de iluminar lo que el lector querría saber sobre sí mismo, su tiempo y sus contradicciones. Las excepciones son conocidas: la pluma de Manuel Rojas o un criollista de finales del período, como Francisco Coloane, mantienen vigencia en el comentario crítico. Uno de los escritores de los cuales se dice poco, a pesar de haber recibido el Premio Nacional de Literatura en 1950, es uno de los incluidos en este silencio.

Hacia 1923, año en el que González Vera publica sus *Vidas mínimas*, la narrativa hispanoamericana estaba cruzada por una suerte de particular “heterogeneidad” dentro del Criollismo. El Romanticismo había llegado tarde, pues su auge en Europa coincidió con el nacimiento de las primeras repúblicas independientes, cuyas urgencias y condiciones objetivas no facilitaban el nacimiento de una literatura nacional, excepto en el plano de los estímulos: el estatus de país independiente significaba que, llegado el momento, surgiría la pregunta por el nuevo “nosotros” y a la que la literatura daría su propia respuesta. Ese momento llegó hacia fines del siglo XIX, momento en el que la sociedad latinoamericana manifestaba un perfil diferente al de su momento colonial, al menos en lo referente a las formas de relación social que derivan de la nueva condición. Ya sabemos, sin embargo, que la mayor parte del pueblo era analfabeto, salvo casos excepcionales, y que el acceso a la cultura ilustrada, su discusión, lecturas e influencias se concentrarían en el segmento con acceso a dichas posibilidades, la élite, especialmente la de corte liberal, al menos hasta la aparición de las clases medias. Este conjunto de factores (independencia reciente, urgencia por consolidar las nuevas repúblicas, concentración del poder y acceso al libro) explica que las primeras generaciones de escritores, nacidas entre 1830 y 1870, estuvieran frecuentemente constituidas por personas de clase alta o de ciertas posibilidades, con acceso a educación formal, a la literatura de los románticos españoles y la poesía francesa, puesto que en la época se consideraba un imperativo el conocimiento de esa lengua. Se trata de lectores de Larra y Balzac que conocen el atractivo de la literatura que reacciona al Romanticismo y que, ante el nuevo escenario social del naciente industrialismo, reconoce nuevos problemas que dicha corriente ya no parece capaz de expresar, lo que determina la aparición del Naturalismo, movimiento que tanta influencia tuviera en los narradores del continente americano, gestores del Criollismo. Pero se trata además de escritores que asisten a la formación de un país cuyo vecino también está en formación y todos sienten la necesidad de explorar en su propia región, en busca de lo que los identifica y particulariza. Con excepciones, diferencias y preferencias temáticas que varían de un país a otro, la característica común tiene que ver con el tema de estas literaturas: los habitantes de cada país, la forma del paisaje, las creencias y los usos. En palabras de Mariano Latorre: “la pintura del hombre de América y de sus costumbres, clases bajas, medias y altas, ciudades y campos”⁶⁸ (Mariano Latorre, 1953, citado por Dieter Oelker). El foco de interés se vuelve

⁶⁸ Oelker, Dieter. “*El Criollismo en Chile*”, Acta Literaria N° 8, 1983. Concepción, Chile, págs. 37-38.

a las formas de hablar, vestir y comportarse del mestizo pobre, temas que por ser tratados con énfasis en aspectos anecdóticos y descriptivos, reciben el apelativo de costumbrismo.

El atractivo de la descripción costumbrista inicial sería superado por la necesidad de explorar con mayor profundidad en las actitudes y maneras de vivir de los personajes desde sus circunstancias culturales. Este punto converge con el tema central de la discusión entre la intelectualidad latinoamericana del período: el camino que le toca recorrer al continente, constantemente sometido a la tensión entre los arrestos bárbaros del nativo, versus la civilización europea. Se trata de autores que desde su identidad urbana, educada y privilegiada, destacan por su afán de asimilarse al canon europeo, de poner distancia con el bárbaro no ilustrado, circunstancia que tiene el defecto de alejarlos de los habitantes “auténticos” que son, por oposición, los pobres del mundo rural y, más adelante, los trabajadores dependientes de las ciudades. Sarmiento en su **Facundo** (1845) adhiere a la tesis civilizadora. Martí, entre tanto, afirma en su ensayo capital **“Nuestra América”** que la mejor forma de gobernar pasa por reconocer las particularidades sociales y raciales de cada país, para generar aparatos legales que asuman esa diferencia, en vez de meramente reproducir los sistemas que Europa propone para su propia circunstancia. La literatura más significativa dentro de los intereses del Criollismo se escribe como respuesta a esta cuestión: **Martín Fierro**, el poema de José Hernández acerca del mundo gaucho, es una reacción contra el europeísmo convencido de Sarmiento, por nombrar dos obras del canon criollista argentino. Lo que está en cada extremo de este eje es, a fin de cuentas, una forma más de manifestar la tensión entre colonizadores y colonizados en constante negación de su mestizaje los unos, o en el ejercicio de asumir su diferencia los otros.

Se señalaba al principio que el Criollismo, tendencia literaria latinoamericana con acento en el tema de la realidad social y geográfica, y la forma en que marca el perfil de los habitantes del territorio, se manifiesta de forma heterogénea en tanto literatura: se reconocen tendencias que nacen por reacción a las primeras obras publicadas, o exploran en sus posibilidades. De este modo la teoría se refiere al costumbrismo, Criollismo, realismo social, mundonovismo, neoCriollismo... Los énfasis se relacionan con el acento que unos u otros ponen en el papel del espacio físico, su diversidad y los desafíos que moldean el carácter de quienes lo habitan (**Doña Bárbara**), llegando incluso a superar a los personajes humanos en protagonismo (**La vorágine**, los cuentos de Horacio Quiroga, etc.). La atención también se desplaza a las relaciones de poder en el mundo agrario: el carácter de patrones y peones, el modo en que las relaciones de dependencia afectan el carácter individual y llegan a formar un ethos particular, como ocurre con **Gran señor y rajadiablos**, del chileno Eduardo Barrios o, desde una perspectiva de clase muy distinta y más cercana a la denuncia (que no oculta el valor estético del texto), **Subterra**, de Baldomero Lillo. En cualquiera de los casos, estas obras adhieren a la intención básica del movimiento, formando una corriente que podríamos calificar de *macrofiguradora*⁶⁹, para usar los términos de Leonidas Morales, en tanto adquiere un peso e influencia que se extendería a tres generaciones de literatos que tienen presente el principio básico de retratar la realidad característica de sus países. La evolución de esta corriente, sin embargo, no puede entenderse sólo desde este postulado y sin considerar la especificidad de la

⁶⁹ Morales plantea el concepto de la macrofigura como un principio narrativo que propone cierta perspectiva de sentido: “La actividad del principio marca tanto el modo de presentar las historias como el tratamiento dado al escenario geográfico en que se desarrollan. Su aplicación en estos dos planos correlacionados (historia y escenario) tiene efectos configuradores que atraviesan el conjunto de relatos; subsumen el mundo particular que cada relato contiene, en un universo que los trasciende y a la vez los integra.” Ver Morales, Leonidas T. “Misiones y las macrofiguras narrativas hispanoamericanas”, en **Figuras literarias, rupturas culturales**. Santiago: Pehuén Editores, 1993. Págs. 19-20.

historia sociopolítica del país en que surgen estos escritores, como tampoco se entiende cabalmente ésta sin atender al marco general de dependencia y dominación económica y cultural (transada o resistida), eurocentrismo (buscado o rechazado) y mestizaje (rehuido o asumido) que implica pensar en América Latina.

Como lo señalaba Mario Góngora en una cita anterior, las repúblicas independientes latinoamericanas del siglo XX sufrieron, en ausencia de la tradicional voz de mando española, la experiencia del cacicazgo, suerte de liderazgo asumido por terratenientes (es decir, herederos de la tradición de mando desde las encomiendas en adelante), el caudillismo –autoridad impuesta por un jefe militar o una figura de arrastre popular) y, por cierto, las dictaduras militares o apoyadas en los militares. A ello es necesario agregar que el período posterior a la Independencia estuvo marcado por la necesidad geopolítica de determinar los límites y fronteras de cada país, con los conflictos del caso, siempre observados, monitoreados y derechamente intervenidos por los países de mayor peso económico con intereses en la región: Inglaterra, al menos hasta fines del siglo XIX, sucedido luego por los Estados Unidos. Las guerras del Pacífico, el Chaco, etc., cambiaron en forma dramática no sólo la forma física de los países, sino que inventaron otros nuevos (como en el caso de Panamá) y reforzaron la experiencia de dominación que se reproduce históricamente desde el vínculo continental Europa-América Latina, pasando por el trato entre países hasta llegar al nivel cotidiano de las relaciones sociales. En ese contexto, la producción escritural en torno a la realidad de cada país o región del continente que luego será denominada Criollismo, de una forma u otra trasunta este verticalismo histórico, y si bien se asoma al final de la primera generación post independentista, sólo da señales de madurez estética casi un siglo más tarde, una vez que las naciones han alcanzado un clima de convivencia interno y externo de cierta estabilidad (si bien sabemos que ésta suele estar jalonada por tensiones de diversa índole).

El Criollismo chileno no escapa al influjo de las coordenadas descritas más arriba, si bien reviste ciertas particularidades que es del caso analizar. Al respecto me ha parecido valioso el artículo de Dieter Oelker citado más arriba, ya que sintetiza la mirada crítica chilena sobre la corriente, considerando la clasificación de tres importantes historiadores y críticos de nuestra literatura (Mario Ferrero, Ricardo Latcham y Cedomil Goić). Amén de ello, profundiza en torno a las reacciones estéticas que se produjeran al interior y exterior del Criollismo, postulando finalmente las razones por las que esta corriente evidenciará debilidad para alcanzar un lugar de trascendencia en la historia de la literatura chilena e hispanoamericana. Más adelante retomaremos este último y crucial elemento, cuando corresponda abordar la obra de González Vera. Por lo pronto y como fue señalado, Oelker pone en paralelo tres maneras de conocer la evolución del Criollismo chileno, problema que fuera abordado por Ferrero, Latcham y Goić desde sendos puntos de vista. Mientras Ferrero considera la corriente desde el foco temático que estimula la creación –el Criollismo como una forma chilena de hacer literatura realista–, reconociendo tres generaciones⁷⁰ en torno a esta energía matriz, Latcham prefiere considerar al Criollismo como un *movimiento*⁷¹

que se desarrolla en al menos dos generaciones (aunque esboza una tercera), con inicio entre 1900 y 1910, y término en 1930. Goić, en tanto, opta por una periodización organizada según el método de las generaciones, y aborda el tema postulando la diferencia que existiría entre el Criollismo entendido tradicionalmente, y una forma chilena ligada estrechamente al naturalismo. Señala Oelker:

⁷⁰ *Op., cit.*, págs. 39 y 41.

⁷¹ *Ibid.* La cursiva es de Oelker, y me parece muy oportuna.

Para el Criollismo... adopta el nombre de mundonovismo que, en su concepto, surge hacia 1905 y desaparece alrededor de 1934, reúne a los escritores de la generación de 1912 y cierra el período naturalista, iniciado en 1875. Es por eso que no se debe confundir el “Criollismo” que, en la sistematización de este autor, define a la primera generación del período naturalista, con el Criollismo, comprendido conforme a la crítica tradicional.⁷²

Sintetizando el útil cuadro comparativo que propone Oelker⁷³, observamos que para 1956, Ricardo Latcham describe al movimiento criollista con antecedentes en el costumbrismo romántico, el naturalismo –en lo que coincide con Goic– y el realismo de raíz balzaciana, registrándose tres etapas: Criollismo fundador, constituido por dos generaciones precursoras (1900 y 1920) y la primera a su vez separada en los hitos de 1900 (Baldomero Lillo, Federico Gana, Joaquín Díaz Garcés, etc.) y 1910 (Mariano Latorre, Augusto D’ Halmar, Víctor Domingo Silva, Eduardo Barrios, etc.), y NeoCriollismo (Francisco Coloane, Nicomedes Guzmán, Óscar Castro, Daniel Belmar y otros), entre 1940 y 1941. Junto a Manuel Rojas, Marta Brunet y Luis Durand, José Santos González Vera formaría la Tercera promoción criollista de 1920.

Cedomil Goic propone entre 1967 y 1968 dos períodos generales: naturalista y superrealista. En el primero reconoce una generación naturalista-criollista, la de 1882 (Vicente Grez, Daniel Riquelme...), que va entre 1890 y 1904, y la siguiente, de tipo naturalista-modernista (Orrego Luco, Federico Gana, Baldomero Lillo...), la de 1897 entre los años 1905 y 1919, con gestación en la primera. En este último período nace y alcanza vigencia (entre 1920-1934) la tercera generación de 1912, de corte naturalista-mundonovista: D’Halmar, Latorre, Santiván, Barrios y otros. Al período superrealista (cruzado por la generación anterior y la siguiente de 1927) adhieren Manuel Rojas, Huidobro, Brunet y otros cuatro autores. Finaliza esta clasificación con la gestación del superrealismo neorrealista de 1942: María Luisa Bombal, Braulio Arenas, Nicomedes Guzmán y otros tres autores más. González Vera no se menciona en la periodización reseñada, pero por su fecha de nacimiento y más importante aún, por la manera en que toma distancia del Criollismo y se aproxima estéticamente a la literatura contemporánea, es posible ubicarlo con el grupo superrealista.

En 1959 Mario Ferrero alude al “problema del realismo” reconociendo antecedentes (nativismo, Lastarria y la generación de 1842, costumbrismo, realismo y naturalismo), precursores (Baldomero Lillo y Federico Gana) y luego precisando la existencia de tres grupos criollistas: el de 1900 a 1915 (Januario Espinoza, D’Halmar y ocho autores más), el de 1915 a 1930 (Latorre, Santiván, Edwards Bello, Waldo Urzúa y Durand). A este grupo seguiría un tercero, el de 1922 a 1942, donde junto a Marta Brunet, Alberto Romero, Manuel Rojas, y tres autores más figura José Santos González Vera. La generación de 1938 que sigue, y que Ferrero denomina realismo popular, la conformarían Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Volodia Teitelboim y numerosos escritores más que, en conjunto, escapan al rótulo del Criollismo.

Si bien los tres autores coinciden, fechas más o menos, en reconocer una suerte de “núcleo duro” del Criollismo alrededor de los años 1900 a 1930, la ordenación de Latcham deja fuera la influencia de los rusos, tan caros a los contemporáneos de González Vera, y desconoce la presencia del realismo social como ente diferenciador, reuniendo al alero del neoCriollismo a autores de filiación social y estética muy distinta. La lectura de Goic resulta

⁷² *Ibid.* La última parte de la cita hace imposible no recordar *Instrucciones para subir una escalera* de Cortázar.

⁷³ *Op., cit.*, pág. 40

de alguna manera interesante, en la medida en que el gran esfuerzo taxonomista revela la complejidad del fenómeno criollista chileno, difícilmente asimilable a un par de etiquetas. Esta clasificación y subclasificación que resulta francamente agotadora y difícil de recordar por los numerosos cortes en las fechas, da cuenta de la heterogeneidad y complejidad del momento literario en sus distintas sensibilidades y focos de atención, influencias y opciones estéticas. En contraste, la propuesta de Ferrero, al contemplar elementos de influencia estética y social, parece más atractiva y operativa, aunque cierta tendencia a la generalización obliga a tomar préstamos de las otras. La lectura de González Vera y el reconocimiento de su estética de la contención, en donde se articulan el humor, la ironía y la distancia social típica del Criollismo, señalan como hemos dicho antes, la declinación de la influencia de esa corriente. Esto lo identifica como un autor cercano a la literatura realista contemporánea, por lo que la periodización de Goic, si bien algo intrincada, ofrece espacio para reconocer la diferencia de González Vera.

Retomando el contraste entre otras literaturas criollistas y el caso chileno, me parece importante mencionar que el Criollismo chileno, afecto a las largas descripciones del paisaje que tanto criticaran Raúl Silva Castro y Domingo Melfi⁷⁴, presenta las más de las veces una exterioridad que enmarca sin agredir, una naturaleza que desafía, sin alcanzar la dimensión dramática de *Doña Bárbara* ni el protagonismo de *La Vorágine* o la selva de Quiroga. La naturaleza se describe bajo “esa justa nota de enfocación que hace pensar al que lo lee que nada hay inventado y que el novelista ha procedido como un pintor y a veces como un fotógrafo”, al decir de Latorre, citado por Oelker. Y sigue este último:

La otra posibilidad para comprender y explicar la naturaleza documental y descriptiva de esta literatura reside en la concepción que tenía Mariano Latorre de su origen, desarrollo y proyección. El Criollismo nace, según este autor, con el cuento rural, como “la búsqueda del héroe que la vida urbana no da en un sentido elemental”, evoluciona hacia el descubrimiento de un medio bárbaro que “determina un tipo también elemental y ligeramente heroico, en su lucha con la naturaleza, aún no conquistada”, adquiere “un marcado carácter psicológico” o deriva hacia una dimensión neorrealista y decae, por “agotamiento del tema, carencia de observación original o influencias de las nuevas corrientes europeas (Latorre 1938...)”.⁷⁵

El comentario de Latorre es elocuente en cuanto al carácter moderno del Criollismo, recogiendo el contraste entre la vida de la ciudad, espacio donde el afán de progreso arrasa con la permanencia de las relaciones, los espacios y las cosas, y el campo, lugar en donde las formas de vida premodernas se conservan y reproducen a un ritmo también premoderno. La crítica, sin embargo, coincide en un diagnóstico riguroso: la literatura chilena criollista no ha demostrado tener la capacidad de alzarse por sobre la anécdota y el color local, los esfuerzos por reproducir la fonética (*On Panta*) o la lucha entre el ritmo del ciudadano respecto del hombre de campo. La temática hegemoniza a la estética y se contraen las perspectivas, muchas veces como si no se tratara más que de una especie de costumbrismo sofisticado. Oelker incluye en el apartado sobre la crítica al Criollismo las impresiones de Raúl Silva Castro y Manuel Rojas sobre los limitados alcances de esta corriente en Chile. El primero señala en 1930 que “La literatura chilena es una literatura de la cual están

⁷⁴ Op., cit., pág. 45 y siguientes.

⁷⁵ Op. cit., pág. 44.

ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia”⁷⁶. Según Silva Castro esto se explica porque los escritores se limitan ante las conveniencias y preocupaciones, lo que se traduce en “su moral estrecha, su rutinarismo de funcionarios, sus minúsculos puntos de vista..., su egoísmo realista y... su miedo rastrero a la poesía”. El origen de clase (media) de los autores causaría ese efecto de mediocridad estética. El juicio drástico sobre lo que se ha escrito entre 1910 y 1930 es confirmado por Manuel Rojas, aunque éste no cree que sea la clase social la que determina el pobre efecto, sino a la escasa cultura ilustrada de los escritores, en todo orden de cosas, excepto en cuanto a la literatura misma: “el escritor chileno se dedica a lo que le rodea, a lo que menos preparación y esfuerzo intelectual le cuesta, a lo que no le exige sino cierta preparación literaria, espíritu de observación, retentiva y habilidad; *a la descripción de lo objetivo, que a veces llega ser superficial a fuerza de ser objetivo: el campo, las montañas, el mar y los hombres de Chile*”⁷⁷

Oelker concluye que ambas posturas complementan la razón que explica “la falta de dimensión y vuelo intelectual de nuestra literatura narrativa y crítica”. Personalmente no puedo menos que reconocer que en la relación entre cantidad de autores y publicaciones del Criollismo chileno, versus el peso estético de los textos, resulta más favorable a la cantidad que la calidad. Los autores que trascienden son los que superaron el momento criollista, hecha excepción de algunos que resaltan entre los lectores nacionales, fenómeno similar a lo que ocurre con nuestra pintura: no hay galerías fuera de Chile para un Helsby –y por cierto que no fue este último un pintor tradicionalista– o un Valenzuela Puelma. Matta o Claudio Bravo son artistas que escaparon a la anécdota en la pintura. Esto ocurre por similares razones con un Manuel Rojas o un Latorre. O un González Vera. Se sabe poco de lectores en Argentina o Ecuador de estos escritores, menos aún en otros continentes. Francisco Coloane constituye una excepción por su éxito en Francia de hace poco más de una década e infiero que algo similar podría pasar con la Bombal, a encontrarse interesados en difundir su obra fuera de Chile. Esta tesis busca reanimar la lectura de González Vera, porque como se espera demostrar más adelante, el análisis de su obra da cuenta de un peso estético no suficientemente aquilatado, no sólo porque se opone a los procedimientos tradicionales del Criollismo, negándolo dialéctica y analécticamente, sino porque en su visión de mundo pueden sentirse convocados los lectores del tercer milenio dispuestos a sorprenderse.

b) Sector popular, sujeto popular y sujeto literario en el Criollismo chileno de primera generación.

“Sujeto es el que realiza la acción” solía ser la frase sacramental en las clases de gramática castellana, y eso incluía a las cosas –los objetos– como los fenómenos climáticos. Más adelante la explicación fue “el sujeto es de quien se habla en la oración, y el predicado es lo que se dice de él”. La Real Academia apoya esta tradición pedagógica, señalando al sujeto como el “*asunto o materia sobre que se habla o se escribe*”⁷⁸ y sólo en una tercera acepción declara que el sujeto es una “*persona innominada*”. La definición siguiente de la RAE emana de la filosofía: “*Espíritu humano, considerado en oposición al mundo externo, en cualquiera de las relaciones de sensibilidad o de conocimiento, y también en oposición a sí mismo como término de conciencia*”.

⁷⁶ *Op., cit.*, pág. 48.

⁷⁷ *Ibid.* Las cursivas son mías.

⁷⁸ *Diccionario de la lengua española*. Real Academia Española, vigésima segunda edición. Recurso electrónico disponible en línea: <http://www.rae.es/rae.html>

Para complementar este acercamiento filosófico al concepto, se recoge la siguiente definición de Ferrater Mora:

Desde el punto de vista lógico, aquello de que se afirma o niega algo. .. Desde el punto de vista gnoseológico, el sujeto es el sujeto cognoscente, el que es definido como "sujeto para un objeto" en virtud de la correlación sujeto-objeto que se da en todo fenómeno del conocimiento y que, sin negar su mutua autonomía, hace imposible la exclusión de uno de los elementos. .. En toda investigación acerca del concepto de sujeto debe diferenciarse así el sentido en que el término es empleado y en particular debe distinguirse entre las acepciones lógica, gnoseológica y ontológica que pertenecen a planos distintos y que son confundidas con gran frecuencia.⁷⁹

El sujeto es el individuo en estado de conciencia de sí, del Otro y de las cosas, en sus límites, relaciones e interrelaciones. Objeto en cambio, es la "materia de conocimiento" del sujeto. Puede ser otro sujeto, o algún elemento del mundo inanimado. Continuando con la RAE, en tanto objeto, otro sujeto/individuo es un fin, un término, una materia o asunto que no actúa, sólo es motivo de la acción de otro y aún siendo ser consciente, aún actuando, es una actuación que se objetiviza, se cosifica para someterse a la observación de un sujeto primero.

En su propuesta para una hermenéusis del sujeto literario, José Manuel Cuesta Abad señala que el proceso interpretante se concentra en la percepción del sujeto:

La construcción lingüística de la obra literaria conduce al intérprete a pensar en quién o quiénes hablan en el texto hasta que se produce una inducción de los rasgos individuales de los sujetos representados que asciende hacia la generalización de un sujeto complejo resultante de la conformación estética de contenidos sustanciales pertenecientes al mundo de la vida. La tendencia inductora de la lectura convierte a los personajes, a los sistemas de relaciones entre ellos, a las visiones que tienen de su realidad, a los acontecimientos que protagonizan, gozan o padecen, en sujeto referido a marcos de existencia colectiva o a concepciones del mundo de las que se extraen ideas presumiblemente universales.⁸⁰

De acuerdo con Abad, el sujeto literario es una forma de exposición del individuo en sus reacciones culturales, como "entidad multívoca de un ancho espacio de experiencias y prácticas sociales" y citando a Bajtín, destaca que el hombre es el centro de la visión artística, su organizador; lo que me parece aún más relevante: "se trata de un *hombre dado* en su **existencia valorativa en el mundo**"⁸¹.

El acto de creación que da lugar a la ficción narrativa es, entonces, una acción cargada de perspectiva ética, de los supuestos morales (o las dudas morales) del escritor. El problema del personaje que debe decidir, lo que decide y los efectos de esta decisión han sido, probablemente, uno de los focos alrededor del cual oscilan las elecciones estéticas del escritor, especialmente el escritor de la Modernidad. Es difícil pensar en Sófocles, Anouilh,

⁷⁹ Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires, Sudamericana, 1975, pág. 745.

⁸⁰ Cuesta Abad, José Manuel. *Teoría hermenéutica y literatura*. Madrid, Visor Distribuciones, 1991. Pág. 241. *Cursivas en el original.*

⁸¹ *Ibid.* El destacado es mío.

Dostoievski o Nabokov sin evocar el estremecimiento y (o) admiración que produce el efecto estético de la palabra que gira alrededor de la dimensión ética y moral de sus obras, sin eludirla, pero tampoco sin someterse a ésta.

¿Cómo ha asumido este problema el Criollismo chileno? Es el momento de observar la relación dialéctica entre sujeto literario y sujeto popular. Ocurre sin embargo que “los pobres” son un concepto que parece tan claro como difícil de precisar, si bien son la respuesta casi inmediata. Ocurre que en cuanto sujeto, la condición básica es que éste tenga la capacidad de actuar en la realidad. Salazar y Pinto, en el Capítulo III de **Historia contemporánea de Chile II...** llamado el “*El sujeto popular*”, señalan que la modernidad ha respondido ante la pregunta por el sujeto histórico reconociéndolo como “los individuos que tienen conciencia de sí mismos, una conciencia que los lleva a tener la voluntad de influir sobre su ‘yo y su circunstancia’, asegurando, por medio de sus actos, la protección y extensión de su libertad.”⁸² El sujeto es, ya lo sabemos, “quien realiza la acción”. Sujeto popular no es necesariamente el pobre, pues dicha calificación incluye tanto a los proletarios que carecen de medios de producción para garantizar una cómoda autonomía y deben vender su fuerza de trabajo, como a quienes sobreviven con los medios mínimos materiales, privados del acceso a los bienes y servicios de la cultura y la tecnología, o quienes deben caer en endeudamiento permanente cuando las condiciones les permiten el acceso al crédito, lo que impide el paso significativo a una mejor calidad de vida. Dentro de esta heterogénea clasificación caben quienes deciden reaccionar contra su precaria condición, apelando a la agrupación y organización necesaria para instalar su problema y/o propuesta en la discusión pública. A estos últimos se los considera actores sociales, en la categoría de sujeto actante. Salazar y Pinto comentan que las ciencias sociales partieron refiriéndose al sujeto social como aquel que es parte de la estructura socioeconómica y posee intereses de clase, lo que permitía reconocer a los obreros como sujetos sociales, excluyendo a quienes no trabajaban en las fábricas. El marxismo otorgó al obrero el carácter de encargado de hacer la revolución, lo que influyó en los estudios posteriores al enfocar el problema preferentemente en la clase obrera.

Los enfoques estructurales han dado paso a posturas que proponen complementar esta perspectiva con el componente cultural, pues el obrero no es el único que integra a los sectores populares:

Pero ese enfoque [el estructuralista] debiera ser complementado con un análisis histórico que dé cuenta del mundo cultural que incide sobre los sujetos y que, a su vez, es incididos por éstos. Es en este espacio donde se plantea la pregunta fundamental en el proceso constitutivo de los sujetos. ¿Quiénes somos nosotros? Los obreros se plantearon esta pregunta, pero otros miembros de los llamados sectores populares también lo hicieron. Para Gabriel Salazar, ellos pudieron no haber levantado discursos ni organizaciones estables, pero su experiencia cotidiana y de sus aspiraciones como personas nació una conciencia, unas identidades y un proyecto histórico que, aunque tal vez confuso, siempre ha estado latente en el mundo popular. Las palabras y los sueños de los pobres representaban ese proyecto en los términos de una “sociedad mejor”, mejor en cuanto a los valores que sustenta (sencillez, autenticidad, hospitalidad, camaradería, comunidad, esfuerzo, y, sobre todo,

⁸² Op., cit., Vol. II, pág. 93.

solidaridad) y que por su contenido humano son lo opuesto al individualismo y la desintegración social por la modernidad liberal.⁸³

Ya sabemos, por el análisis de Salazar y Pinto, que Portales y quienes sintonizan con su credo social (entre ellos muchos historiadores), sólo es interlocutor válido todo aquel que adhiera y manifieste capacidad de ejercer las ideas de “patria, orden, progreso económico, autoritarismo presidencialista, servicio público, estabilidad monetaria, apertura comercial externa”⁸⁴ Desde el punto de vista de la acción, todos los que criticaron o actuaron en contra de estas ideas que los dejaban fuera del proyecto social y les negaba el estatus de sujeto social, fueron con mucha frecuencia ignorados por la historiografía. La prensa creó para ellos (des)calificativos como “bárbaros, fieras, antipatriotas”. Puedo agregar que la palabra “anarquista” se volvió un sinónimo de los anteriores. Lo importante es que la discusión sobre el sujeto popular ha obligado a detenerse a sociólogos e historiadores en el particular y, al menos para Salazar y Pinto, sujeto popular es todo grupo, movimiento u organización que desarrolla una **actividad** por la que se manifiesta como actor social con conciencia identitaria y proyecto de autonomía social. Ello implica, en el marco de esta tesis, asumir que el sujeto popular no necesariamente coincide con el sujeto literario, por lo que un personaje podría ser parte del sector popular (externo a la élite y la clase media con posibilidades, lo que González Vera califica en su obra llanamente como “burguesía”). También significa que será necesario distinguir, en el análisis del tratamiento estético (y su proyección ética) de los criollistas, a los sujetos literarios (personajes) que se presentan como parte del *sector* popular, y a los personajes que son *sujeto* popular.

Para estos efectos, y considerando la propuesta inicial de Latcham (con los préstamos a Ferrero y Goic que sean del caso, dado que ninguna clasificación agota las otras), he considerado a los siguientes autores: del Criollismo fundador (generación de 1900), a Baldomero Lillo con “*El grisú*” (***Subterra*** , 1904) y Luis Orrego Luco y su ***Casa grande*** (1908; el autor sólo es mencionado por Goic) , por considerarlos los escritores más destacados del período, y también por su distinto origen social. En cuanto a la segunda generación precursora de 1910, se consideró a Augusto D’Halmar con su ***Juana Lucero*** , por su aproximación al mundo de la pequeña burguesía urbana, y por tratarse de una figura con gran arrastre entre la pequeña comunidad de escritores chilenos de la época.

Preludiando a Lillo y Orrego Luco, Augusto D’Halmar publica en 1902 su ***Juana Lucero*** . Lector de Zolá y fundador de la Colonia Tolstoyana que comentáramos en otro momento, D’Halmar denuncia las circunstancias que llevan a la protagonista a la prostitución, en el marco del Santiago del 900. El mundo popular urbano se deja conocer por un narrador cuya omnisciencia tiene foco en los personajes femeninos, especialmente en Juana y su mamá, una madre soltera y modista independiente que muere en forma prematura. La novela, subtitulada “Los vicios de Chile”, denuncia la suerte de condena social de las adolescentes bonitas y sin familia en la época, cosificada sexualmente ante el secreto desenfreno masculino, una suerte de derecho de pernada ante el que todos cierran los ojos. En la novela el sujeto popular está ausente, y apenas sugerido el mundo popular. El énfasis está en la clase media urbana, aspiracional y arribista, que se pinta con el detalle de un naturalista asumido como D’Halmar. Más que descripción de costumbres (si bien dedica un notable capítulo al barrio Yungay, que parece un homenaje a Blest Gana), D’Halmar hace una aproximación a las motivaciones sociales que hay tras esta pequeña burguesía local. La diferencia de educación y la nacionalidad se reflejan en la construcción sintáctica y algunos localismos de época, pero se evita el recurso fonético tan caro a Latorre. Un elemento que

⁸³ *Op., cit., págs. 94-95. Negritas en el original. El subrayado es mío.*

⁸⁴ *Ibid.*

cruza en forma determinante la conducta de la protagonista es la práctica del espiritismo, afición a la que muchos anarquistas derivaron luego de su experiencia libertaria.

Baldomero Lillo fue hijo de comerciantes y se desempeñó como empleado, primero de comercio y luego de la Universidad de Chile. Ganador de dos concursos de cuentos, su obra, aunque publicada en los primeros lustros del siglo XX, sólo fue objeto de interés gracias a la difusión de González Vera, seguido más tarde por Raúl Silva Castro, trabajos que permitieron la valorización de su obra, vigente hasta hoy y muy conocida gracias a que es parte del curriculum escolar. En el "El grisú", relato de una jornada trágica al interior de una mina de carbón, Lillo propone personajes del sector popular (mineros experimentados y aprendices) y de éstos, reconocemos como sujeto popular al grupo que presenta una petición al jefe, encabezados por un minero de edad avanzada, y al joven aprendiz de carácter impulsivo cuya fingida obediencia luego de ser maltratado por el jefe detonará (literalmente) la explosión fatal. En el texto todos los personajes hablan un castellano sin marcas dialectales, a pesar de su distinto origen y su educación. El narrador explica el origen de las reacciones estólicas del grupo de peticionarios al escuchar la respuesta que no sólo niega sus expectativas, sino que los deja en peor posición que al principio. Se los describe como un grupo temeroso, con dificultades para enunciar el valor de su trabajo, incapaz de reaccionar ante el castigo físico que contempla o recibe, por efecto de una historia de sumisión y explotación. Lo que lo hace sujeto popular es que tiene la iniciativa para plantear sus necesidades, y es evidente que le falta la preparación para defenderlas. El personaje de "Viento negro" expresa con pocas pero precisas palabras su negativa a hacer un trabajo que le puede costar la vida, y cuando parece acceder, luego del brutal castigo, es sólo para castigar al castigador, aunque le cueste la vida. Se menciona también al grupo de mujeres que corre desesperada para saber lo que ha pasado, con un arrebató que entorpece las labores de rescate. Salvo esta descripción del comportamiento de descontrol femenino generalizado, el narrador no transmite simpatías por un tipo de personaje u otro, dejando en manos del lector ese juicio. Las antipatías son más evidentes, pero también contenidas; califica de duro, inflexible e impío al ingeniero Davis, y de estúpida la expresión facial o idiota el estupor de los mineros luego de la reacción violenta y despiadada del ingeniero.

Cuatro años después que Lillo, Luis Orrego Luco publica su segunda novela: **Casa grande**. Descendiente de una familia de élite, el abogado y escritor disfrutó de una educación refinada en Chile y Europa. Incursionó en la prosa, la crónica y también el derecho. Su conocimiento directo del estilo de vida de la clase alta chilena se plasmó en **Casa grande**, en donde narra la historia de dos jóvenes de la élite santiaguina, su idilio, matrimonio y el crimen que pone fin a éste. El narrador, también omnisciente, revela los aspectos menos conocidos de este sector de la sociedad, con descripciones de caracteres, gustos, usos y formas de vida, en el marco de la vida social y económica chilena de fines del siglo XIX. Por lo mismo la novela causó un enorme revuelo en todos los segmentos, ya que la trama ponía en evidencia muchas de las limitaciones, orgullos e hipocresías de la oligarquía criolla. La élite reaccionó con furia, y hubo polémica en los medios periodísticos y literarios. A la distancia de los años, se puede observar que el narrador expone un mundo en donde conviven, juntos en el espacio y a gran distancia de trato, dos sectores: la "aristocracia" santiaguina y el mundo popular: empleados, modistas ("modistillas"), criados, campesinos. En el horizonte narrativo no existe sujeto popular, de ninguna especie. Las alusiones al mundo marginal están, casi sin excepción, plagadas de adjetivos que por su carga despectiva realzan aún más la descripción morosa y sensual del lujo. Las ropas, perfumes, tapices y muebles de la clase alta, expuestos en detalle y con el *savoir faire* del narrador, se contraponen a comentarios que comunican la idea de desorden general

del mundo popular: “confusión democrática”, la “revuelta confusión”, “la muchedumbre... sudorosa”, “torbellino de las fiestas populares”. En el plano individual, los servidores tienen “esa insolencia peculiar en sirvientes de casa grande” o “el tono imperativo y familiar de sirvienta antigua que forma parte de la familia”. Los personajes hablan de acuerdo a sus diferencias de clase y cultura. El mundo narrado funciona como un círculo de relaciones donde nadie discute el lugar que tiene respecto del otro. La novela funciona como una ventana desde donde es posible atisbar la vida privada del sector privilegiado y urbano de Chile.

Hasta aquí, esta revisión muestra que lo que se denomina “personaje típico chileno” aparece en el Criollismo como un sujeto/objeto, producto de su posición económica y social subalternas. En las tres obras revisadas la constante es evidente: el mundo popular se reconoce por su inmovilismo, por la instantánea que el narrador (salvo en Lillo) toma desde un afuera, una exterioridad que está en el opuesto (como pasa con Orrego Luco) o en un punto dominado por la compasión (*Juana Lucero*). Incluso en Lillo el sujeto popular se asoma, pero no se dibuja porque los personajes definen lo que quieren y por qué lo quieren, pero carecen de un discurso para defenderlo y de la fuerza para obligar al otro a escuchar. Hay una constante referencia a la mujer de clase alta, la prostituta de burdel acomodado y la figura física de Juana, que delata el origen “aristocrático” que, a su pesar, transmite el padre que nunca la reconoce, figura que aumenta el “valor de uso” de la joven prostituida. El Otro dusseliano interpela, pero no existe un interlocutor, como teme Edgardo Pérez cuando señala, a propósito de la analéctica: “(...) ¿quién estaría en condiciones de escuchar la interpelación que realiza ese Otro (los pobres) desde su silencio...?”⁸⁵. En los mundos narrados de D’Halmar y Orrego Luco el pueblo es muchas cosas: imagen, retrato y viñeta, pero nunca sujeto.

c) Criollismo chileno de tercera generación (o primera generación superrealista): *canon, mundo popular y sujeto popular.*

Conservé, eso sí, recelo de los individuos de espíritu anodino. Hay que observarles con paciencia. De repente sacan de entre sus andrajos un magnífico diamante, y, sin inmutarse, lo arrojan al aire.

José Santos González Vera (Eutrapelia)

Hacia 1920 el sujeto popular ya es un hecho de la vida social chilena, como sabemos por la revisión del marco histórico. El trabajo de organización y/o difusión y discusión que instalan el Partido Demócrata, las sociedades de resistencia, mancomunales y sindicatos, y en general la tenaz labor anarquista, dan forma a comportamientos que distan del perfil estático y pasivo que los dominados de Chile presentan en la literatura que precede a este período. El Otro ha hablado, y si no encuentra interlocutores en la élite, ha logrado algo tan importante, el paso previo a hacerse oír: es su propio interlocutor, se está reconociendo a sí mismo, se interpela y así, se reconoce y da forma a discursos, lemas, esperanzas, diferencias. El Otro de élite ya no puede ignorarlo desde ese momento, y busca soluciones que calcen con la ética católica y conservadora propias de la oligarquía chilena: la caridad, el asistencialismo, los paños fríos.

⁸⁵ Pérez, Edgardo. Aportes a la reflexión sobre el sujeto popular latinoamericano. Recurso electrónico disponible en <http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei/edgardo.pdf>

En este tercer momento del Criollismo aparecen los escritores de origen popular o interesados en ese referente, como González Vera, Manuel Rojas o Alberto Romero⁸⁶. Por González Vera (*Vidas mínimas*) sabemos que Edwards Bello era una de sus lecturas. En 1920 éste publica *El roto* , considerada una de sus novelas más importantes y cuyo tema es el mundo popular, visto, por cierto, desde la vereda del narrador culto, horrorizado ante la bestialidad y el efecto de las enfermedades sociales, como se denominaban en ese tiempo al alcoholismo y la idiotez hereditaria. Ese mismo año, adhiriendo a la lista de eventos importantes y decisivos, Mariano Latorre publica *Zurzulita* , obra que sintetiza el canon criollista y donde esta corriente termina por adquirir el rótulo que lleva hasta hoy (aunque muchos de sus seguidores, Latorre entre ellos, prefirieran referirse a su trabajo como una forma de Realismo). Sabemos también que Rojas, González Vera y otros conocen, respetan y reciben influencia de Zolá y a Balzac, como hicieran sus antecesores, aunque a eso deben agregarse los rusos y, por cierto, los efectos de su toma de posición ante la situación política y social de Chile. La cantidad de obras que circulan y el crecimiento del círculo de escritores traen consigo el desarrollo de la crítica literaria. Frecuentemente es un escritor quien publica reseñas y comentarios muy breves en diarios y revistas de la época, como pasa, por ejemplo, con Juan Espinoza. La figura del crítico Hernán Díaz Arrieta, Alone, señala el nacimiento de un público distinto, una comunidad lectora que se ha ampliado gracias a la alfabetización y las leyes de enseñanza obligatoria, sin olvidar el efecto ilustrador en el mundo popular de los grupos de lectura y teatro propiciados en buena parte por el anarquismo y que, para 1920, tienen la presencia que ya conocemos.

Manuel Rojas, Alberto Romero, Carlos Sepúlveda Leyton y González Vera son, en esta generación, quienes se sintieron convocados por el mundo popular urbano y campesino, como todos los criollistas, aunque es evidente que no quedaron satisfechos con la noción de mundo popular de la narrativa que los precediera. Se trata de una prosa que se niega –y niega dialécticamente– a construir un horizonte donde el narrador evidencie su distancia del Otro, traducida en las adjetivaciones despectivas, el foco descriptivo siempre puesto en el detalle chocante, la generalización o la clasificación casi taxonómica de las dependencias: antiguas sirvientas de familia con derecho a cierto nivel de intervención, versus la doméstica joven y en entrenamiento; lacayos y mayordomos ligeramente insolentes y profundamente clasistas, prostitutas de triste historia, campesinos embrutecidos y desconfiados, la confusión, el torbellino, la masa. Es casi adivinable el propósito de sacar a estos estereotipos del canon y ponerlos en un espacio literario donde se reconocen sus individualidades, sus pequeñeces y sus heroísmos, su estrechez de cuarto y miras, sus gestos grandiosos e ignorados.

El mundo popular de esta generación es precario, carente e injusto, pero es por sobre todo un mundo propio, un espacio de relaciones donde no se está en calidad de turista, un mundo recién abierto al lector, donde la prosa se resiste (aunque no pocas veces termina plegándose) a la acongojadora denuncia d'halmariana, plena de compasión, optando, especialmente en el caso de González Vera, por proponer al lector la realidad popular en sus matices y distinciones. En la ficción cuyo referente es la calle moderna, heterogénea, multiforme, el sujeto popular da señales de vida pero no de épica (al menos hasta la generación posterior, con Nicomedes Guzmán). Se muestra, en cambio, en el plano de las señales, los asomos, los índices. Los héroes o heroínas suelen provenir del mundo popular, pero difícilmente serán parte del sujeto popular. González Vera escribe sobre lo que conoce, un mundo periférico y dependiente donde no todos se hacen esperanzas sobre

⁸⁶ Marta Brunet, también integrante de esta generación, escribe desde coordenadas que escapan al marco ético-estético que motiva esta tesis, por lo que no se hace referencia a ella en esta oportunidad.

el porvenir, no todos tienen un proyecto. Es el mundo de la capital y del puerto, propenso a la pequeñez y la medianía, pero es también el lugar donde lo cotidiano está preñado de posibles sorpresas, mientras el mundo rural se resiste pacíficamente a la Modernidad.

IV José Santos González Vera: nota biográfica.



José Santos González Vera

La vida de un hombre cuya vocación por el bajo perfil fuera tan intensa como su serena adhesión al anarquismo, no reviste mayores misterios, excepto algunos silencios relativos al plano íntimo. Éstos resultan perfectamente razonables y, por lo mismo, de saludable contraste con la tónica de nuestro siglo, rico en impudicia.

Los datos, presentes en fuentes diversas como memoriachilena.cl, escritores.cl, prólogos de sus obras y sus memorias en ***Cuando era muchacho***, confirman que José Santos González Vera nació en 1897⁸⁷ en el entonces pueblo de San Francisco de El Monte, hijo de un funcionario policial de quien heredó sus nombres de pila, y de Laura Vera, dueña de casa. Ambos modestos, pero alfabetos y aficionados a la lectura. Uno de sus tíos fundó la primera escuela nocturna de El Monte y el padre dedicó tiempo a la alfabetización de sus subalternos, mientras que la madre le contaba a la tía el argumento de las novelas de Dumas. El matrimonio tuvo seis hijos, de los cuales sobrevivirían los tres mayores, Miguel, Efraín y José Santos.

⁸⁷ El autor comentaba que, para burlar a los funcionarios del registro Civil, su padre lo habría inscrito con fecha 2 de noviembre de 1897, aunque el nacimiento habría ocurrido el 17 de septiembre de ese año. Véase Donoso, Gustavo. "Nota sobre González Vera", recurso electrónico disponible en <http://rayentruvirtual.es.tl/Jos-e2--Gonz%E1lez-Vera.htm>

En 1903 la familia se traslada a Talagante y más tarde, en 1908, a Santiago, donde se instalan en forma definitiva. El padre, educado gracias al estímulo de quien fuera uno de sus primeros patrones, tiene evidente fe en el poder de la enseñanza formal, tan característica de nuestras clases medias de mayor esfuerzo, y matricula a su hijo en el Liceo. José Santos permanece ahí hasta que decide no asistir a las clases de canto, caligrafía y gimnasia, razón por la que es expulsado y debe ponerse a trabajar. Inicia un recorrido por el trabajo de aprendiz en diversos oficios (peluquero, recadero, cortador de boletos, etc.) y más tarde empleado de tienda. Aunque él cuenta que de niño conoció a un joven zapatero cuya descripción coincide con la de los anarquistas de la época (pues el narrador no lo declara explícitamente) no será sino en su vida como trabajador que tendrá contacto con las ideas del anarquismo, por medio de las numerosas conferencias que los liberatorios realizaban para difundir “la Idea”. Precisamente en una obra de teatro anarquista, donde tiene un minúsculo papel, conoce a Manuel Rojas, aunque la amistad que se extenderá hasta la muerte de ambos escritores, tomará un tiempo en cristalizar. Junto a otros amigos asiduos del Parque Forestal e influidos por sus reflexiones filosóficas de adolescente, forman la cofradía “Los cansados de la vida”⁸⁸.

Militante en el momento de mayor presencia pública libertaria de nuestra historia, y en una de las coyunturas más decisivas para la formación de la conciencia ciudadana chilena, el joven González Vera, quien había colaborado con artículos para periódicos anarquistas como *Verba Roja* y *La Batalla*, extiende su actividad a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, la FECh, y comienza a colaborar en su revista *Claridad*, así como crea o es articulista de *La Pluma*, *Selva Lírica*, *Numen*, *Atenea* y *Babel*. En su paso por la Federación de Estudiantes fue testigo en 1920 del ataque que un grupo de jóvenes de familia oligarca y miembros del Club Fernández Concha lanzan contra la sede de la FECh y la imprenta *Numen*, donde se publica la revista del mismo nombre, asalto en el que desaparece el original de la primera obra de González Vera, *Vidas mínimas*. Los hechos, narrados con la habitual continencia y humor sutil de González Vera, impactan al escritor, quien los seguirá recordando en otros lugares. Debido a esta situación se le aconseja salir de Santiago, ya que se inicia una suerte de caza de brujas anarquista que terminará con la muerte del joven poeta y líder José Domingo Gómez Rojas, figura de gran influencia entre los ácratas, especialmente los ligados a alguna actividad artística. De hecho es Gómez Rojas quien impulsa a González Vera a escribir. Maltratado por la policía y acosado por el juez Astorquiza, Rojas pierde la razón y muere de pulmonía⁸⁹. González Vera se entera de su muerte una vez establecido en Valdivia como cronista de *La voz del sur*. Sin salirse de su estilo libre de efervescencia verbal, puede adivinarse el dolor con que recuerda enterarse de la noticia.

El escritor regresa a Santiago y a pesar de todo, recupera sus originales perdidos en el asalto y devueltos por un carabinero. Con el apoyo de anarquistas y amigos reúne el dinero necesario para autoeditar *Vidas mínimas* en 1923. Cinco años más tarde aparece *Alhué. Estampas de una aldea*. Continúa como empleado particular, hasta que obtiene un cargo en la oficina de Cooperación Intelectual de la Universidad de Chile, puesto en el que permanece hasta su jubilación. En 1932 se casa con la profesora María Marchant, con quien tiene dos hijos, Álvaro y Laura. Escribe sus crónicas en medios como *La Segunda*.

⁸⁸ Una genial descripción de este grupo puede leerse en el texto “Los cansados de la vida”, de Sergio Atria, ex cofrade y compañero de colegio de González Vera. Recurso electrónico disponible en línea: <http://rayentruvirtual.es.tl/Los-cansados-de-la-vida.htm>

⁸⁹ González Vera, José. “91”, “92” y “100”, en *Cuando era muchacho*. Santiago, Ed. Universitaria, 1996, 1ª edición, págs. 187-193 y 209.

La publicación de las dos obras mencionadas lo hace acreedor del Premio Nacional de Literatura, en 1950 lo que despierta la furia de escritores más prolíficos y con trayectoria más intensa, como Pablo de Rokha. No vuelve a publicar sino hasta 1952, cuando lanza sus memorias tituladas **Cuando era muchacho**, a instancias de Enrique Espinoza. Lo sigue la colección de relatos **Eutrapelia**, **honesto recreación** (1955), **Algunos**, perfil biográfico de determinadas personalidades chilenas (1959), **La copia y otros originales**, de 1961, también serie de narraciones y posteriormente **Necesidad de compañía** (1968), colección de relatos sobre mujeres solitarias. Su última obra, **Siempre en primavera**, permanece sin editar.

Impermeable a la tendencia de los tiempos, consistente en entablar dura batalla verbal y crítica a través de los medios, González Vera se hizo cargo de los comentarios sobre su obra, particularmente los negativos. En las reediciones de sus obras incluyó estas críticas, y reaccionó a las mismas con estas palabras, tomadas de su breve autobiografía:

Opinantes zahoríes decidieron que es seguidor de Gorki, Baroja o Azorín. Aducen que domina la superficie pero que alma adentro no sabe atar ni desatar. No falta quien le niegue toda imaginación. Un literato de aventajada estatura aseveró que en sus primeras obras había algo de poesía y nada de ternura. En las posteriores no se ve poesía pero sí ternura. Varios lo creen fotógrafo de la realidad, frívolo, incapaz de trazar grandes caracteres. Ingenios hay que lo hallan esquemático y apático. Hubo quienes dijeron que si va al bosque, en vez de elegir materiales para un edificio, recoge lo necesario para una caja de fósforos. Los apasionados los sienten frío. Alguien lo tiene por retratista un tanto chaplinesco, sin ñeque para escribir novelas. Un cura lo calificó de resentido. El hijo de un pastor protestante, de enemigo del pueblo. Los fervorosos le enrostran que sea escéptico. Respecto al color, dan por cierto que no ve sino lo blanco y negro. Estos lo consideran buen estilista. Aquellos arguyen que no es tal, que escribe como le sale. Otros le reputan de bien dotado. Alguien sorprendió a González Vera, a solas, tomándose la cabeza a dos manos y exclamando: “¿qué seré, Dos mío?”.⁹⁰

González Vera fallece en Santiago en 1970, tres años antes del Golpe Militar que derribara el gobierno de Salvador Allende, a quien siempre apoyara como candidato, al decir de su hijo Álvaro, y cuya ola represiva posterior alcanzará a su yerno, el diplomático español Carmelo Soria, asesinado por la CNI. Su nieta Carmen y el periodista Nibaldo Mosciatti, reúnen y publican las crónicas de González Vera y el amigo de toda una vida, el también Premio Nacional de Literatura Manuel Rojas, en el libro **Letras anarquistas** (Santiago, Planeta, 2005).

Salvo por afanes anecdóticos, no se suele considerar relevante el perfil personal de un escritor. De la cultura popular urbana viene el consejo “No intentes conocer en persona al artista que admiras”. En este caso, resulta pertinente aludir al carácter personal de González Vera, calificado por todas las fuentes como un hombre culto, gran conversador, de talante particularmente pacífico y bondadoso. Estas características son las que definieron al anarquista de los años '20, al decir de los miembros de la colonia de Pío Nono y otros testimonios. Existió una mística libertaria y una ética que debía regir todos los actos, tanto públicos como privados. Los líderes anarquistas chilenos y sus seguidores fueron, al

⁹⁰ “González Vera, el anarquista apacible”, prólogo de Luis Alberto Mansilla, en González Vera. *Vidas mínimas*. Stgo: LOM, 1996, págs. 15-16.

parecer, hombres y mujeres de aspecto, conducta y trato de particular pulcritud, respeto y solidaridad. Cuando González Vera se refiere a sí mismo como un anarquista de toda la vida, no está hablando de poner bombas o de haber roto cristales en la calle. Su anarquismo era rupturista porque hacía del actuar generoso una pasión, a diferencia de militantes de otras veredas izquierdistas, cuyas vidas personales no necesariamente dan cuenta del esfuerzo por construir el “hombre nuevo”. Más aún y en lo que toca a esta tesis, se trata de un perfil ético que traspasa toda la literatura gonzalezveriana como un gesto analéctico que hace parte esencial de su estética de la contención, tema del siguiente apartado.



Conventillo santiaguino, circa 1920

V Aproximación a las coordenadas éticas y estéticas de González Vera en torno al mundo popular.

Ayer y hoy, un anarquista se plantea ante el mundo liberal y neoliberal como individuo consciente de que las injusticias del sistema económico y su consecuente jerarquización social, cultural y económica alejan al hombre de lo que fuera el basamento de la vida: la cooperación como germen de la supervivencia y camino a la experimentación de la plenitud del ser –la libertad–, gracias a la oportunidad generada por el colectivo de que cada miembro de éste pueda ejercer la actividad para la cual esté mejor dotado y en la que sienta realización vital. La cooperación que reconoce el anarquismo es una suerte de “ayudar a ser, cuando las condiciones no lo favorezcan”. La solidaridad y el apoyo mutuo, el derecho a hacer al otro lo que nos gustaría que ese otro hiciera por nosotros, en igualdad de condiciones, significa una condición mínima para el trato social: la igualdad del género humano para acceder y ejercer ese derecho, y para disfrutar de ese supremo beneficio: ser libre, auténticamente libre. El respetuoso trato anarquista que se describiera en otro lugar es mucho más que una norma de etiqueta: es la manifestación concreta de la praxis ética que reconoce el derecho del otro, mientras el otro reconoce el mío.

El canon criollista chileno de primera y segunda generación, por el contrario, trasuntan una ética distinta, la ética católica de la compasión y el determinismo biológico tan en boga a principios del siglo pasado. La voz narrativa criollista que enmarca otras voces y controla su participación, habla desde las coordenadas “civilización, comodidad material, compasión” y/o “rechazo despectivo, juicio descalificador, generalización del mundo popular”. No me refiero al personaje que habla directamente con un discurso elitista (aunque se percibe que el narrador principal no critica esta actitud, como ocurre con Orrego Luco o Latorre), sino al narrador omnisciente, autor de las señales de “existencia valorativa” de que hablaba Bajtín.

El mejor de los mundos (narrados) posibles para el personaje popular es el de la compasión, el lamento, la lástima (Juana Lucero), forma sutil del verticalismo. El autor real escribe desde su diferencia social o, al menos en el Criollismo esta circunstancia es evidente. Eso, hasta que las primeras generaciones de escritores de origen no elitista se plantean con una voz narrativa diferente. Una voz que acoge analécticamente al Otro, el personaje popular. Se trata de escritores cuya formación ideológica tiene, en su proyecto, un mundo popular con estatus de **sujeto social**, pero por tratarse de escritores influenciados por el naturalismo y el realismo, quieren recoger el estado actual del mundo popular que transforman en sujeto literario. La condición basal de la praxis narrativa es distinta, y en el período que nos interesa, está animada por los puntos esenciales del anarquismo y el socialismo: la igualdad del individuo ante otros individuos, el derecho a expresar y ser escuchado en el acto de expresión, negando dialécticamente la condición anterior de escucha parcial, cruzada de ruidos sociales (educación en el prejuicio, rechazo por la pobreza, preferencia por la vía rápida del estereotipo, negación de la individualidad).

La posibilidad de una literatura paternalista es alta. La historia de la discusión social de izquierda, especialmente la ligada a los partidos históricos, genera en ocasiones, y por

defecto, la victimización del personaje popular, proponiendo una imagen heroica, muchas veces bondadosa y plena de valores (“Paulita”, “Juana Lucero”, etc.). La perspectiva anarquista asume que el derecho del otro a ser reconocido incluye sus diferencias ideológicas, incluso las que se contraponen y combaten la posición libertaria. La posibilidad de que exista algo que escuchar y acoger en el Otro, si bien expresa preferencia por el oprimido, no niega la posibilidad de que el burgués, por ejemplo, tenga algo interesante que decir, o viva de acuerdo a valores que el anarquismo reconoce como positivos, aun cuando emane de una postura religiosa e incluso tradicionalista.

En palabras de González Vera:

El católico, el budista, el musulmán, tiene un dios a su disposición y puede componer el paso muy luego. Eso de creer quizás sea un don. Hogaño podría recuperarnos una religión más razonada. Sin embargo, algo muy escondido en mí, algo que no fenece, me dice que el hombre no habrá encontrado su camino sino cuando aviente todas las creencias y tenga el valor de atenerse a los hechos. Hay que formar una sociedad a base de evidencias. Mas, si de mí dependiera, no empujaría a nadie por este camino. Preferiría esperarlos en él.⁹¹

Lo que González Vera hace, su praxis anarquista, es esencialmente una praxis literaria basada en las evidencias. Y las evidencias arrojan que la descripción narrativa criollista de primera y segunda generación, tiende al estereotipo del personaje popular y la ausencia total de todo vestigio de sujeto popular, por más que éste fuera verificable en el plano de la realidad histórica de la que estos escritores formaran parte. No es obligación del literato hacer la novela de las mancomunales o los líderes anarquistas, por cierto, pero resulta particular que en su búsqueda del personaje chileno sito en el mundo popular, éste siempre coincida con el individuo sometido, desconfiado, bárbaro y desagradable, o al menos reprobable desde el punto de vista de la forma y la conducta. La posibilidad de que tengan diamantes que arrojar al aire ni siquiera forma parte del horizonte de expectativas del narrador criollo canónico. Esa posibilidad, y toda la riqueza que puede emanar desde el punto de vista estético, requieren de una noción humana que, a falta de otra alternativa, provee el anarquismo de los años 20. Al menos para el caso de González Vera.

Pienso que esta construcción ética basal anarquista no se reduce a la construcción de un narrador analéctico, sino que abarca en el acto de escritura y revisión posterior, la idea del receptor. ***El lector ideal*** (Eco, 1979) de González Vera es, desde el punto de vista anarquista, un individuo que debe ser tratado de la misma forma que el autor real anarquista y su proyección ficticia animada de esa ética, esperan que se les trate. González Vera señalaba que no se debe cansar al lector, aconsejaba a los aspirantes a escritor que se debía escribir y luego corregir y corregir, pulir para eliminar, dejar lo preciso, que significa dejar también la opción de que el lector tenga el placer de completar los espacios en blanco. Pienso que estas opciones estéticas emanan de la ética anarquista a que me he referido, y hacen parte de la poética gonzalezveriana que se induce de su lectura: prosa breve, párrafo de trayecto controlado, preferencia por la oración corta, sintética y abarcadora, un enunciado que encuentre en la sinécdoque el camino para condensar la experiencia estética del Otro observado (escuchado). Entender estos postulados, sugeridos en las contadas entrevistas a las que González Vera accedió, y nunca sistematizados en una publicación, permite a su vez entender por qué escribió poco, publicó menos y dedicó tanta energía a “corregir y disminuir” cada nueva edición.

⁹¹ *Op., cit., nota 73, pág., 96.*

La poética gonzalezveriana de raíz ética anarquista se puede sintetizar en una palabra: pudor. No cansar al lector, trabajar la frase para que alcance su máximo rendimiento estético en el mínimo de palabras elegidas con precisión, en una economía de medios que Jaime Collyer describió como “proverbial”⁹², y que Leonidas Morales califica de “estricta”, todo ello me parece una manifestación de pudor como uno de los ejes rectores del hacer estético, generando la marca estilística de González Vera, y también su talón de Aquiles. Los comentarios que él mismo cita acerca de los alcances limitados de su prosa tienen cierta razón de ser. La adhesión a la viñeta, el cuadro, “la estampa”, a retratar instantes y gestos, y luego pasar a otro gesto e instante, responden a este pudor estético. Este lineamiento se articula éticamente con el tratamiento analéctico del narrador, de lo que resulta una construcción narrativa que, mientras puede, elude los estereotipos y las adjetivaciones despectivas. Eso no quiere decir que la prosa carezca de juicios, pero la expresión de los mismos se elide en una descripción indirecta, en el uso más cauteloso posible del adjetivo:

Si me venía por una acera, hacíalo él por otra. Al cruzarnos, sorprendía en su mirada algo así como un reproche. Era hijo único y quizás qué ideas dominaban en su casa. Continuaba siendo un niño compuesto, ordenado y aséptico. Al hacerme hombre dejé de verle. Tal vez sea un profesional grave. Acaso tenga hijos y los eduque al margen del tumulto y de la vida⁹³.

La descripción alude a un individuo prejuicioso y despectivo, y es tan clara como sutil. Algo parecido ocurre aquí:

(...) el sastre, italiano, bajito, gordo, coloradote... la hija mayor, doncella con el cuerpo de su padre y los ojos orgullosos de la madre... Si en ese evento me encargaba una compra, cumplía su deseo poco menos que volando. ¡Qué callado poder el de la criatura! Mientras estaba ahí costábame no mirarla. ¡Había tanto que mirar en ella! La miraba a pesar mío, la miraba sin saciarme⁹⁴.

El narrador tolera la obligación de describir la gordura del sastre, pero para referirse a la misma característica de la hija que tanto le gustara, manifiesta una gran delicadeza. Cuando se trata de un personaje de evidente y oligárquica soberbia, prefiere que hable por sí mismo:

Un caballo es capital. La vaca también lo es... La casa es capital. ¿Por qué no va a ser capital un hombre? Eso es lo que me digo... ustedes que viven aquí, que poseen tierras, tendrían que reflexionar. Hagan comer al roto, vístanlo con ropa apropiada, enséñenle a trabajar y este paisito volverá a tener coraje. ¿Qué el roto se subleva? ¡Se le da su varapalo y tan amigos como antes!⁹⁵

El lector gonzalezveriano aparece así como un sujeto, incluyendo al sujeto popular: es un ser activo, tal como lo concebía Cortázar, con la capacidad y la experiencia necesaria para completar con su juicio y sus adjetivos aquellos que reemplaza o silencia el narrador.

El mundo popular narrado y tratado bajo esta dialéctica ético-estética, presenta a individuos que actúan y/o reaccionan, libres del comentario descriptivo enfáticamente descalificador de la narrativa canónica criollista. El narrador no padece de ninguna compulsión por describir los marcadores de clase que suelen determinar la recepción del

⁹² Collyer, Jaime. “Chile adentro”, sección Leer y Viajar. Revista del Domingo. *El Mercurio*, 20/06/98.

⁹³ *Op., cit., pág. 60.*

⁹⁴ *Op., cit., págs. 89-90.*

⁹⁵ *Op., cit., pág. 122.*

sujeto de élite, como determinados detalles de vestuario (etiqueta, grado de desgaste y especialmente, de intento por ocultar ese desgaste), olor corporal, marcas físicas de falta de aseo, jerga, pronunciación, coprolalia, marcadores raciales, etc. Estos elementos, si aparecen, hacen parte de una impresión que está libre del horror, el rechazo, la distancia *Nosotros* (los no pobres)-*ellos* (los pobres, sometidos o rebeldes, es decir, los sujetos populares).

Este efecto del cuidado estético regido por la valoración ética del sujeto del enunciado, parece haber evolucionado desde un realismo más cercano al énfasis en el lado negativo, presente en *Vidas mínimas*, hacia el estado de extremo control que acabamos de describir en *Cuando era muchacho*. El González Vera de 1923 sí califica, pero no carga cada párrafo con estas calificaciones, como leemos en la primera:

La casa tiene una apariencia exterior casi burguesa. Su fachada, que no pertenece a ningún estilo, es desaliñada y vulgar... Los pequeños harapientos gritan, chillan, mientras bromean con los quiltros, gruñones y raquítricos... Al lado de cada puerta, en braseros y cocinitas portátiles, se calientan tarros con lavaza, tiestos con puchero y teteras con agua. Pegado a las paredes asciende el humo, las manchas de hollín y por sobre los tejados forma una vaga nube gris.⁹⁶

En la descripción de caracteres, sin embargo, González Vera describe las intenciones y conductas sin la propensión a ver en la barbarie la única explicación de las reacciones. Los motivos para hacer y hablar se explican, pero sin énfasis descalificatorio:

Durante unos minutos seguía hablando a fuertes voces renegaba del destino, de Dios, de los santos; maldecía la desobediencia de los hijos y, sin que se diera cuenta, alegrábase y metía asuntos que no cabían en su discurso ni correspondían a la idea inicial. Apenas se apaciguaba, traía materiales y se ponía a trabajar, sin cerrar la boca. Puyaba a los vecinos, hacía observaciones inútiles, no concebía el silencio.⁹⁷

Este cambio parece obedecer a un paulatino alejamiento de los márgenes naturalistas, en pro de un realismo animado por este eje de relaciones ético-estéticas ya mencionado. El escritor, además, ya tiene la experiencia de la crónica, género del que probablemente aprendió el arte de la concisión y que, asimilado al ejercicio narrativo, probablemente facilitaría las condiciones para desarrollar la condensación tan característica en González Vera.

a) El oficio del cronista y la preferencia por la contención narrativa.

La crónica, género que en la Modernidad se entiende como expresión de impresiones sobre algo, en el marco del lenguaje periodístico, ha sido una de las actividades preferidas por los escritores latinoamericanos, y especialmente los chilenos. Desde la época premoderna de la Conquista y la Colonia, los encargados de hablar del presente continuo, el cronista de los primeros europeos en llegar a nuestro territorio, pasando por la creación de los primeros

⁹⁶ *Op., cit., pág. 19.*

⁹⁷ *Op., cit., pág. 37.*

periódicos y el afán de conocer la marcha del mundo, en especial el mundo europeo, generan el oficio del cronista.

A este respecto, Julio Ramos consigna algunos elementos que vale la pena tener en cuenta sobre la crónica: además de ser un género periodístico, es en sí un producto híbrido, pues del periodismo abarca la obligación de aludir a temas relativamente contingentes y de posible interés público, aunque ofrece la posibilidad de utilizar mayor libertad de lenguaje, apelando a los recursos de la literatura en lo que toca a la descripción del fenómeno que se revisa. Esto obedece, entre otras causas, a que la “ciudad letrada” enunciada por Rama (o República de las letras” para Julio Ramos) entra en crisis ante el advenimiento de la Modernidad y el escritor pierde buena parte de su aura en el juego de poder mercantilista, por lo que está obligado a profesionalizarse. El periódico, que está en sintonía con el mercado (la palabra escrita es mercancía fugaz, pero de renovado valor de uso) ofrece el espacio para que el escritor juegue en esta dinámica. La toma de posición ideológica sobre el problema de Latinoamérica post colonial y, por extensión, los problemas que siguen a lo largo de nuestra historia, harán que el cronista opte por mantenerse en la línea de temas aquiescentes, novedosos y más bien acrílicos (decorar la ciudad) o, reconociendo el valor del espacio masivo al que tienen acceso, lo utilicen para instalar su crítica. González Vera opta claramente por la segunda opción, más aún, se sostiene aquí que el ejercicio constante de la crónica, género obligado a la brevedad, establecerá una sinergia estética con la actividad del narrador por sobre el periodista.

El cronista que parte siendo el nexo entre el público del periódico y los haceres y usos de la metrópoli del caso, desarrollan, como se ha dicho, un género periodístico que sólo se entiende en el marco de las necesidades de la Modernidad temprana en Latinoamérica en cuanto a información y construcción de referentes para el hacer y no hacer “civilizados”. Desde el rol del recopilador de nuevas al comentarador de la actualidad interna, no noticiosa, sino receptora de ciertos énfasis en la experiencia del cotidiano, el cronista desarrolla un lenguaje que es distinto de otros usos en el mismo medio. La noticia que se concentra en el pasado inmediatamente reciente, la crónica política que analiza motivaciones y anuncia consecuencias, la entrevista, son todos mensajes organizados para remitir al aquí/allá-ahora (ayer), mientras que el reportaje se concentra en un hecho estudiado con gran detalle y desde distintas facetas. Se trata de una “observación del momento”, como titula el autor uno de sus artículos. La crónica, en cambio, revisa el presente que no es exclusivamente el ayer-hoy, sino el efecto de un acto que tiñe con su influencia ese anteayer-ayer-hoy y probables mañanas. Reconoce un hito y los efectos del hito en el tiempo reciente y presente. Distingue tipos de reacciones, comunica la novedad del hecho de dominio público asumido sin más reflexión. La crónica es una reflexión en torno al cotidiano de un tiempo cercano, no precisado en un hoy, sino en un tiempo presente. No es noticia del hoy, sino del ahora.

La crónica de este tipo, no política ni realizada exclusivamente por periodistas, pero siempre en un medio periodístico sin el cual no se entiende al género, necesita, por razones de tema, condensar impresiones, elegir el rasgo representativo, describir una escena que recoja la suma de las escenas y permita al lector hacerse una idea de la forma en que un hecho, actitud, lenguaje o conducta están orientando la conducta social del presente, incluido el hoy. Este procedimiento parece guardar estrecha relación con la poética gonzalezveriana descrita más arriba, y como en ese caso, registra marcas de lenguaje que evidencian cambios, los que tienen directa relación con las urgencias sociales de la juventud del autor, articulando un nuevo eje crítico-ideológico a la luz del anarquismo. Así, al revisar las crónicas de González Vera en su juventud militante, la adjetivación es

bastante más evidente, dura y taxativa, como era esperable en el periodismo libertario de la época:

Las burguesillas van aprendiendo movimientos voluptuosos; sus angostos vestidos de seda producen sonidos quejumbrosos que reflejan tal vez el pedazo de vida que arrancó a la operaria al hacerlo.⁹⁸

A los 27 años y como cronista de *Claridad*, comenta respecto de la reciente matanza de obreros en la oficina San Gregorio, en un tono más cercano a la lírica revolucionaria:

(...) Esta ha sido la última masacre. A ésta seguirá otra. Debéis esperarla. Pero nosotros os decimos, trabajadores de Chile, que en esa pampa, bajo ese sol que ha caído sobre las espaldas robustas como un castigo, ya hay hombres que han aprendido a tener ensueños rudos.⁹⁹

En la nota al pie de la crónica “Observaciones del momento” publicado en *La Batalla*, 1921, se lee: “Como el Ministerio del Interior declaró en el Senado que la policía no había tenido necesidad de disparar, y como tenemos la obligación de creerlo, nos permitimos suponer que el obrero Reveco murió de un resfriado o de alegría”.¹⁰⁰ El humor, más cercano al sarcasmo que a la ironía, lo que queda justificado por el tema, da señales de presencia en la prosa. Un estilo que se reiterará en la crónica “La bala inefable” de 1922, en *Claridad*:

No cabe duda que durante las marchas, los portadores de carabinas se sumen en la distracción más profunda. De otra manera resulta inverosímil creer que teniendo la presa en las manos se les escape. (...) no se puede explicar bondadosamente esta coincidencia periódica. Sería menester pensar que los carabineros dan muerte a sus enemigos a boca de jarro. Y que son asesinos. Y este pensamiento no podría sostenerse porque la fama pinta a los carabineros como los pedestales del orden y los guardadores de la propiedad.¹⁰¹

El humor que oscila entre la ironía y el sarcasmo se reitera en este fragmento de una crónica escrita en 1923:

Los tribunales recientemente condenaron a tres años de prisión a un campesino de Quillota. El pobre hombre iba cierta vez arriando una vaca. Un señor dijo que era suya; pero el campesino también dijo lo mismo. Y –esto es indudable- la razón favoreció al señor. Un señor no se roba nunca una vaca sola.¹⁰²

Leyendo la cita a continuación, se vislumbra al futuro autor de *Vidas mínimas* en la crónica escrita en 1922, con el testimonio del autor sobre el asalto a la Federación de Estudiantes y la paliza recibida, hecho ocurrido tres años antes: “yo quedé en la esquina como podría quedar un hombre que durante el sueño fuese trasladado a una ciudad desconocida. Me sentía solo, absolutamente solo, y la vida me sobraba.”¹⁰³

⁹⁸ “Cuadros de la vida”, *Verba Roja, primera quincena de 1914*, en Soria, Carmen (comp.). *Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos*. Santiago: Ed. Planeta, 2005. Pág. 18.

⁹⁹ “La masacre de los obreros de la pampa del salitre”, *op., cit.*, pág. 44.

¹⁰⁰ “Observaciones del momento”, *op., cit.*, pág. 90.

¹⁰¹ *Op., cit.*, págs. 108-109.

¹⁰² “No robéis poco...”, *op. cit.*, págs. 117-118.

¹⁰³ “El patrotismo es ansi”, *op., cit.*, pág. 99.

A propósito de las elecciones en que participara Marmaduke Grove, fundador del Partido Socialista y protagonista de la República Socialista de tan corta vida, González Vera comenta lo que sigue en el *Diario Célula*, en 1932:

Ahora, si por una casualidad muy grande triunfara Grove, las clases conservadoras moverían a sus elementos militares y a sus guardias blancas para arrojarlo del gobierno. La guerra civil podría producirse entonces y con seguridad, porque el pueblo no tiene defensa, triunfaría la reacción y aniquilaría radicalmente a sus contrarios. (...) Si no existe un partido poderoso, capaz de sostener al gobierno elegido, habrá siempre el peligro de nuevas y prontas intromisiones del ejército.¹⁰⁴

El efecto de estas líneas impresiona no sólo por la claridad del autor de 25 años para retratar el comportamiento de la clase política y militar chilenas, sino también porque, sin pretenderlo, causa el efecto de una predicción del Golpe Militar que depusiera al presidente socialista Salvador Allende 41 años más tarde.

Al llegar a la madurez, el articulista de *Babel*, en 1946, confirma lo que se deja leer en *Alhué*: la condensación por medio de la *sollertia*, al redondear con una frase inesperada el párrafo de forma tal que se construye una suerte de universo de significación que no necesita más explicaciones:

Decidí acabar. Una noche tomé el camino del río. Me detuve ante el muro, frente al Forestal, y miré hacia abajo no sé cuánto tiempo. El Mapocho, cubriendo apenas una franja de su lecho, se deslizaba sin mucho ruido. Luego, con un movimiento natural, como si no hubiera ido hasta su borde para suicidarme, seguí andando por la orilla. ¿Había comprendido oscuramente que la vida, aunque se desenvuelva en condiciones penosas, se basta a sí misma? Después me sumé al tumulto.¹⁰⁵

Este constante diálogo escritural entre la demanda de brevedad y eficacia expresiva del artículo y la crónica, parecen tener solución de continuidad en el cuadro y la viñeta de *Cuando era muchacho* y *Alhué*, tema del que tratan las páginas siguientes. Por lo pronto es posible decir que, al revisar la evolución del González Vera cronista, se puede observar la variación de tono desde el ácido comentario de actualidad política o social y la denuncia, hasta el tono reposado del escritor al pasar el umbral de los 40 años. El anarquista de la madurez concentra su fuerza expresiva en nuevos cuadros autónomos, como ocurre con *Cuando era muchacho*, y la única excepción a la serenidad proverbial de González Vera, confirmando la regla, ocurre excepcionalmente en su artículo "González Vera contra Charles Maurrás", publicado en 1952 en el diario *Las Últimas Noticias*:

Ha muerto Charles Maurras, al que se considera uno de los grandes prosistas de la lengua francesa. Dedicó casi toda su existencia a defender causas perdidas, no por buenas, sino par estorbar al progreso, como fue su monarquismo. Luego, con igual brío, abogó por un nacionalismo patrioter, es verdad que en elocuentes términos, pero ¿quién ignora el resultado de tal prédica, que inevitablemente rebaja el sentido de humanidad y degrada al individuo?

El texto continúa, breve y cáustico, sorprendiendo a sus más cercanos, como comenta su hijo Álvaro. En el entorno familiar le preguntaron por qué la reacción tan agresiva,

¹⁰⁴ "Grove, Zañartu, Alessandri", op., cit., pág. 146.

¹⁰⁵ "Mis relaciones con la religión", op., cit., pág. 219.

pero González Vera no justificó sus palabras. Saber que era anarquista ayuda entender la necesidad que trasunta el texto por colocar las cosas en su sitio, previendo los posibles homenajes a una figura que representaba la antítesis de los sueños libertarios. Los escritos posteriores retoman el tono reposado.

b) “Alhué”, “Vidas Mínimas” y “Cuando era muchacho”: textos de respuesta estética literaria y ética anarquista, frente al mundo popular del canon criollo.

Vidas mínimas, publicada en 1923, es el nombre bajo el que se reúnen dos relatos breves titulados “*El Conventillo*” y “*Una mujer*”. El primero, narrado en primera persona por una voz masculina, relata el curso de un accidentado romance en un conventillo. El narrador establece en la primera frase el marco de precariedad social en que transcurren la totalidad de los hechos, un espacio cerrado que se presenta en la primera frase como una suerte de declaración macrofiguradora desde donde el lector debería entender una forma particular de precariedad: “Vivo en un conventillo”. La descripción posterior se percibe ligada aún al referente naturalista que Zolá desarrollara muchos años antes de su auge chileno, conformando un horizonte de materialidad carente y desagradable:

La puerta del medio permite ver hasta el fondo del patio. El pasadizo está casi interceptado con artesas, braseros, tarros con desperdicios y cantidad e objetos arrumados a lo largo de las paredes ennegrecidas por el humo. Hay en el fondo del patio un hacinamiento de muebles deteriorados que yacen allí por negligencia o previsión de sus dueños. Sobre una mesa, aprisionadas en tarros y cajones, matas de hiedra, claveles y rosas elevan sus brazos multiformes en un impulso irresistible de ascensión. El verde tonalizado de las plantas se desprende del conjunto incoloro y sin fisonomía de las cosas.¹⁰⁶

Lo que hace diferente a esta literatura de corte naturalista es que, aun cuando tiene una influencia evidente de su referente literario, anuncia ya lo que parece ser la diferencia ético-estética de González Vera: la percepción interna del narrador se concentra en los caracteres individuales que describe y con los que se interrelaciona, evitando a toda costa caer en la explicación naturalista de la conducta del pobre, o en concentrarse en los detalles de la miseria. Es un texto de estilo naturalista en la descripción material, pero se anuncia al narrador analéctico en la aproximación al personaje, y una vez instalada en ella, la pobreza no parece ser la causa directa, o al menos la única, de una conducta o perfil conductual. En el desarrollo de los diálogos, esta sensación de que, salvo por la alusión directa a la pobreza, lo que acontece podría pasar en una calle, un restaurante o un salón de clase alta, se refuerza por el tipo de lenguaje utilizado, en donde se reconocen marcadores comunes del español de Chile (giros, diminutivos, construcciones sintácticas), pero sin la fonetización ni el uso de coprolalias que enfatizan la “chilenidad” del hablante:

¹⁰⁶ González Vera, José Santos. “*El Conventillo*”, en *Vidas mínimas*. Stgo.; LOM, 1996. Pág. 19. El texto no menciona los nombres de pila del autor en portada ni portadilla, sólo en el colofón.

– ¡Qué colección de puercos tengo en casa!– exclama–. Parece que no fueran cristianos. ¡Ah, Dios mío! ¡Todo lo echan al patio! Si pudieran... también lo harían. Y, sin embargo, hay tarros. ¡Pensar que una ha sido decente y tiene que limpiar sus mugres! ¡Si es para morirse! ... –Pobrecitos– les decía–. Casi me acrimino. Ya saben que cuando me da la rabia...¹⁰⁷

Otros elementos estilísticos diferenciadores de esta prosa con el Naturalismo clásico se reconocen en el párrafo breve y la adjetivación discontinua en las descripciones, acotadas a su vez a determinados rasgos, evitando escarbar en aspectos que en Zolá resultan algunas veces densos y algo morbosos:

La tísica está en pie. Se sienten sus trajines por la pieza. Tose, tose intermitentemente. La tos le hace retumbar el pecho. Saca un viejo sillón de mimbre y se sienta al sol. Los rayos, débiles todavía, caen sobre su pecho, y multitud de reflejos se deslizan a lo largo del vestido, manchándolo de luz.¹⁰⁸

El conflicto se describe a través de los caracteres, pero no existe la tendencia a extender un rasgo a toda la clase: Margarita, personaje de “El Conventillo” y objeto de los amores del narrador, es instintiva y rústica a ojos de su enamorado, pero esos rasgos no aparecen como los típicos de la mujer chilena, ni la obrera o la dueña de casa. Es Margarita la que los ostenta, y no se achacan a su origen ni la rusticidad ni el arribismo, a lo más a la nacionalidad:

Margarita tiene prejuicios de clase. Considérase superior al zapatero, aunque ella potencialmente es lavandera, pues ayuda a su madre a poner alba la ropa blanca. Al vendedor de pescado, también lo tiene en menos. Sin embargo, éste hace cocinas, ralladores, escobas y varios artefactos. Casi es un enciclopedista. En Chile, sabiéndolo o no, todos se creen descendientes de los conquistadores.¹⁰⁹

La notable descripción de la actividad artesanal paralela del pescadero es, sin estilizaciones demás, la de una voz anarquista: el narrador acoge desde su dimensión ética los saberes del artesano, abre su perspectiva y no ve conflicto en comparar la sabiduría del que fabrica objetos útiles para la vida cotidiana, con los conocimientos del enciclopedista. Ambos son variados, heterogéneos y cargados de sentido. Lo que se opone al saber es el no saber, la ignorancia arribista y por lo mismo prejuiciosa de quien no construye nada, y no la altura académica del conocimiento. El lenguaje se objetiva y alcanza el nivel del comentario sin hacer “literatura”, en el peor sentido del término, es decir, sin sentimentalizar, pero tampoco con capacidad de dar forma a una estética narrativa. Perfectamente podría extraerse la cita e instalarse en una crónica chilena escrita en las últimas dos semanas. Se trata de una verdad evidente de nuestro ethos y de una novedad rupturista en el canon del Naturalismo, pero el estilo carece de la intensidad que eleva lo nuevo a la categoría de experiencia apprehendida desde lo estético.

El mundo popular narrado es extremadamente precario; impresiona como lo harían los movimientos de un equilibrista, pero no es un mundo donde la explicación genética o social reduzca las causas o las consecuencias. El individuo toma decisiones dentro de sus márgenes. Es una novela del mundo popular, no del sujeto popular: los seres gravitan en círculos pequeños, y eso incluye a sus esperanzas. El carácter del sujeto literario cambia en

¹⁰⁷ Op., cit., págs. 22-23.

¹⁰⁸ Op., cit., pág. 25.

¹⁰⁹ Op., cit., pág. 30.

“Una mujer”. La historia de los amores no correspondidos del protagonista por María gira en torno a un grupo de anarquistas de Valparaíso, sus actitudes y formas de vida, cruzadas por el proyecto de sociedad que ilumina “la Idea”. El cambio en la actitud narrativa es evidente: cautela, descripción objetiva, distancia con la adjetivación descalificadora desde la clase:

Fatigado, abrí un libro y puse en sus páginas toda mi atención. Mas no conseguí avanzar mucho, porque el tren barquinaba hasta el punto de empujarme contra una doble señora, que me miraba enconadísima.¹¹⁰

Éste es el González Vera que llegará a escribir *Alhué*¹¹¹, en despliegue de su humor fino, agudo, sutil, pero hasta en la broma, respetuosísimo, particularmente con las figuras femeninas. Se observa nuevamente el pudor y cuidado al referirse a las mujeres obesas. Este humor es muchas cosas, y entre ellas, una herramienta estética de expresión analéctica: reconocer la ineludible gordura, sin la tentación del escarnio.

En otros momentos, el detalle naturalista crudo se entrecruza con la altura ética del narrador, y el resultado es una nano-novela inserta en la nouvelle:

Era su rostro un trapo ajado y sus piernas y su cuerpo parecían solamente una blusa y una pollera rellenas de papel. Sus movimientos producíanse accidentalmente y su voz nacía desacorde, dispersa; pero no se cortaba jamás. Carecía de realidad activa, sin embargo, barría, limpiaba de manera cierta. No dejaba la sensación de vivir para más. Equivalía a un árbol, una pared, un banco. Y de seguro en otros tiempos, muchos ojos la miraron con placer y acaso hubo alguien para quien ella fue un ser único.¹¹²

Una particularidad del sujeto literario es que el narrador en primera persona es, junto a sus camaradas anarquistas, parte del sujeto popular. El relato de las reuniones y desplazamientos por la calle casi no menciona nada relativo a la pobreza. Son habitantes y ciudadanos que lucen su camaradería en el espacio público, orgullosos:

(...) Su vivienda estaba atestada de hombres y mujeres que discutían y se agitaban. Los había españoles, argentinos, ingleses y rusos. El inglés, de cara ancha, era silencioso; el ruso era persona menuda, bajita, muy atenta, con aire de hombre de salón. Algo los asemejaba. Tal vez cierto fervor que daba a sus miradas, sus voces y ademanes, significación especial. Sentado en un rincón, me dejaba penetrar por las ideas audaces. Las mujeres, reunidas en un ángulo penumbroso, hablaban con más alegría y liviandad. (...) Caminábamos por una avenida bulliciosa, pues la gente se había vaciado en esa calle, acaso por su amplitud. Del extremo derecho de nuestra fila nació una voz que se propagó anudándose a la atmósfera. (...) El día que el triunfo alcance.. mos Ni esclavos ni dueños habrá. Los odios que al mundo envene.. nan Al punto... se extinguirán. Un coche con hombres, mujeres y guitarras pasó rozándonos. También cantaban, pero su canto era pagano.¹¹³

¹¹⁰ Op., cit., pág. 68.

¹¹¹ El nombre no alude al pueblo de Alhué que efectivamente existe. González Vera consideró su significado etimológico (“lugar de los muertos”) para metaforizar su impresión del Talagante de su niñez.

¹¹² Op., cit., pág. 77.

¹¹³ Op., cit., pág. 73.

El relato nuevamente se concentra en los tormentos de un amor no correspondido. Esta vez se trata de una mujer que participa del sujeto popular, informada, con lazos sociales que escapan al marco de la familia y las vecinas. La dimensión sensual se sugiere con nuevas formas de sutileza y siempre sometida a la condensación en un remate que forma un universo diminuto en el universo diminuto inserto en el de la narración. El pudor es una fuerza modeladora que en el tema del amor romántico encuentra el mejor pretexto para articularse con la estética libertaria de González Vera:

Sus ojos le vestían el rostro de una luz tenuísima. Sus palabras no contenían para mí ideas, impresiones ni matices apreciables, pero sentía que al tocarme la piel, esa sensación íbaseme cuerpo adentro, con lo cual experimenté la más deliciosa angustia. (...) Mi corazón callaba sus latidos. Mi cuerpo aligerábase de todo lo externo. Sólo quedaban mi atención invisible y ella. (...) Llegué a sentir que era más alta que los campanarios y más ancha que las ciudades. Las casas, los hombres, las mujeres, lo que comprende la realidad, se me figuró la consecuencia de su vida.¹¹⁴

El amor alcanza una dimensión casi idéntica a la relación que sueña el anarquismo para la sociedad, en donde no son las jerarquías, las armas o el miedo los que impulsan seguir a alguien:

De instante en instante sentíame más suyo. Si me hubiera pedido que hiciera algo descabellado, creo que sin vacilar le habría dicho que sí. ¿Por qué un ser conocido apenas, sin forzarnos ni pedir, asume tal poder en el alma de uno?¹¹⁵

Los tres años que median entre la escritura de “El Conventillo” (1918) y “Una mujer” (1921) parecen significativos. Aunque coinciden en su preferencia por el relato de primera persona, el primero se decide por las soluciones del diario de vida, con comentarios en tiempo presente relacionados por una línea de tiempo continua, entreverados de reflexiones para explicar la conducta contradictoria de la mujer amada y escenas de la vida en el conventillo. En “Una mujer”, por otro lado, parece aumentar la distancia con esta corriente, mientras que el lenguaje literario adquiere mayor espesor y la práctica cronista aporta lo suyo de condensación y síntesis descriptiva, sin que irrumpa como un lenguaje escritural otro, distinto de la literatura.

Para aproximarnos a **Alhué** es necesario hacer algunas precisiones. El texto está formado por un conjunto de relatos breves, dotados de cierta autonomía temática, pero todos como una arista de la vida en Alhué. La explicación del subtítulo es elocuente: “*Estampas de una aldea*”, eliminado a partir de la segunda edición. Publicado en 1928, resume lo mejor de los procedimientos estéticos ya mencionados. La condensación y la sinécdoque alcanzan, en su brevedad, a ocupar tan poco espacio en la línea como obligan a permanecer en ella y saborear el resultado:

En Alhué nadie tenía idea del porvenir. Los días no traían angustias, pero tampoco eran portadores de mensajes alegres. Llegaban y se extinguían sin ningún suceso. Y los meses, por su índole más abstracta y arbitraria, se hubiera creído que transcurrían de noche. Frecuentemente, cuando un sujeto necesitaba

¹¹⁴ Op., cit., págs. 73 y 78.

¹¹⁵ Ibid.

escribir alguna carta, podía oírse esta pregunta: – ¿Todavía estamos en tal año?¹¹⁶

Se trata de uno de los pasajes más citados por la crítica. La voz narrativa, siempre en primera persona, concentra su energía estética en presentar un gesto, un rincón, un rasgo que totalice, dé cuenta del mundo. Personalmente creo que logra construir, con gracia y humor, una voz narrativa serena que habla desde su experiencia de la Modernidad y la urbe turbulenta, en sintonía con los ritmos ansiosos que impone el nuevo paradigma, la capital de vida comparable al desafío diario del campo y la naturaleza sin trabas, para contrastarla con la forma premoderna del pueblo chico:

Dentro de las ciudades, la vida es dramática y culminante: florecen las grandes pasiones, se suceden los hechos heroicos y el misticismo, última razón de vida, puede asilarse en millares de almas. También los campos, los campos en que la naturaleza conserva su iniciativa salvaje, pueden aureolar de dignidad la existencia del hombre: allí el instinto alcanza todo su esplendor y la vida se define a cada instante. Pero en los pueblos, lo que nace con color se descolora. Y no surge ningún impulso, porque existe modelo para todos los actos.¹¹⁷

Si bien se ha destacado la prosa gonzalezveriana por su diferencia con el canon, el plano de la temática arroja algunas similitudes importantes, como ocurre con la página inicial de *Zurzulita* :

La gris monotonía que rezumaba el poblacho agrícola de Loncomilla, a través de sus casuchas soñolientas y sus calles llenas del barro negro de las lluvias recientes; el nicho aislado y triste donde dormían los huesos de su padre, en un rincón del cementerio aldeano; la pequeña agencia, hoy día cerrada, mostrando a los pocos transeúntes los desteñidos cuarterones de sus puertas coloniales; el silencio de la gran casa lugareña donde pasó su vida y que llenaba antes la alta figura de su padre, con sus espaldas cargadas de sexagenario y el arrastre cansado de sus chinelas por las tablas de la galería (...).¹¹⁸

El tópico del pueblo estático y polvoriento, en donde la figura paterna es uno de los escasos polos de atracción, es casi el mismo con el que arranca *Alhué* . Es el tratamiento narrativo, la dialéctica del humor y la analéctica del sujeto lo que le dan a *Alhué* un atractivo que escapa a los límites de la “descripción de lo propio”:

La primera casa que habitamos, de fisonomía vagamente española, era demasiado grande. (...) En la vastedad de ese albergue yerto, inmovible, conocí todos los matices de la desesperación. Deseaba arrancar, trepar a los árboles, gritar multitud de palabras, oír otra voz. Después el aburrimiento roía mis deseos, aplastaba mi cuerpo y dejábame a tono con el ambiente. (...) Las sombras iban amalgamándose por sobre las techumbres. Luego descendían circularmente y el pueblo quedaba encerrado, sin ninguna conexión con el mundo.¹¹⁹

¹¹⁶ González Vera, José Santos. *Alhué* . Stgo.: Ed. Andrés Bello, 1982. Pág. 18.

¹¹⁷ Op., cit., págs, 17-18.

¹¹⁸ Latorre, Mariano. *Zurzulita* . Stgo.: Editorial Chilena, 1920, pág. 7.

¹¹⁹ Op., cit., págs. 21-22.

Loncomilla y Alhué son prácticamente el mismo pueblo rural: estático, premoderno y dotado de la enervante capacidad de aniquilar iniciativas. Es el lugar que ocupa en la narración lo que establece la diferencia. Para Latorre es el tema (el sujeto) de sus profusas descripciones, y el marco del romance entre Milla y Mateo. En **Zurzulita**, subtitulada como *“Sencillo relato de los cerros”*, todo es paisaje: los caracteres, los cerros y la fauna, capturados y definidos sin apresuramiento. Latorre, el representante del espíritu criollista, se extiende por la vía del detalle, fiel a su poética realista de fotografiar la realidad por la vía del lenguaje literario. El proyecto estético de González Vera tiene que ver con utilizar la condensación verbal, hasta tensar al máximo las posibilidades expresivas de su lenguaje literario, la estricta o proverbial “economía de medios” gonzalezveriana que, reitero, parece ser otro ángulo de una ética anarquista animando la construcción de una estética de la palabra. La ya legendaria advertencia al lector de que la nueva edición había sido “revisada y disminuida”, el intenso trabajo sobre la frase, la elección cuidadosa del adjetivo que permite reunir en el mismo enunciado la descripción, la crítica, la sorpresa o el desconcierto:

Mi padre comenzó a existir de improviso (...) Generalmente su aspecto lindaba en la severidad; pero cuando conversaba, solía reír con una risa lenta, continuada y loca que lo transformaba en absoluto. La puerta era casi un tratado de historia... El empedrado del patio, las pilastras y los muros eran como miembros de un cuerpo yacente. Todo estaba dormido.¹²⁰

La parte titulada “Mi padre” trata el tema de la relación filial marcada por la distancia entre padre e hijo, y la contención, esta vez despojada de casi todo rasgo humorístico o dramático, logra un efecto intenso, desolador, que merece un estudio más detenido en otro momento. Por ahora, la lectura nos lleva a la expresión analéctica: Dussel describe los pasos del método de observación de los filósofos latinos, quienes llamaron “sollertia”, concepto ya mencionado, a esa capacidad de observación que se transforma en el giro inesperado para el remate de un comentario. Esta marca de **Alhué** se va a trasladar a **Cuando era muchacho**, incluido el método de la pequeña unidad, la “estampa” del personaje y el espacio que el autor real sintetiza a partir del ejercicio de la crónica. **Alhué** tiene de ese género la brevedad y concentración en un tema, y también la capacidad de captar lo esencial del pueblerino que adhiere a una premodernidad porfiada y sin ruido. La novela se desenvuelve como género literario en la elección estética de su lenguaje, y como crónica de la vida de pueblo en su tendencia a la condensación y la descripción de ese renovado “más de lo mismo” donde, a pesar de todo, el narrador adivina y comunica al lector lo que sabe sobre el diamante que los habitantes del pueblo mortecino lanzan a veces al aire, sin inmutarse.

Alhué es también un ejercicio de humor que se prolongará en **Cuando era muchacho**, aunque en éste el tono de la memoria haga énfasis en la anécdota reveladora, mientras que en **Alhué** se traslada al carácter del individuo. Porque de nuevo se trata del mundo popular campesino, en donde se produce una razón inversamente proporcional: mientras más ausente está todo rasgo del sujeto popular, más se realzan los marcadores de individualidad del personaje popular. Éstos pueden no ser parte de ningún sujeto, pero siguen integrando el universo humano que tiene una forma personal de estar en las cosas, aunque sea **Alhué** el espacio-personaje que controla las energías de esta individualidad, sometiéndolas al efecto de su fuerza gravitacional.

En “Hombre triste”, el retrato del almacenero don Nazario es tan elocuente como sutil: “altísimo... de sus hombros, ya un tanto cansados, naciále el cuello, Y sobre éste gravitaba

¹²⁰ *Op., cit., págs. 27 y 38.*

su pequeña cabeza. Y del rostro, más reducido aún, caía, sin desprenderse, una enorme nariz”¹²¹ Lo interesante es, sin embargo, el carácter del personaje, que se conoce por su particular relación con el lenguaje oral:

(...) La posibilidad de asociar muchas palabras maravillábalo. Tal vez entendía las palabras, pero en sus relaciones con los demás no emitía más de cuatro. Su frase de ceremonia era ésta: - ¡Ah!, sí, cómo no. De ordinario bastábale la mitad. Nadie pudo superarle nunca en su buen uso. Cuando recibía una proposición de crédito, para indicar que lo resistía un poco, pero que cedía por rara deferencia, profería un pensativo “Aaaa... sí”. Y si le contaban algo próximo a lo inverosímil, su comentario era “¿Ah... sí?”. Variaba la expresión si el visitante le interrogaba sobre la marcha del negocio. La fórmula exacta concretábase “Así- así...”¹²²

Es posible identificar al anarquista ateo, o al menos agnóstico, en la descripción de la curandera y enfermera *ad honorem* de Alhué:

La buena Loreto, que en el pueblo tenía un vago prestigio de santa, ensayó en las piernas de nuestra tía las más excelentes yerbas del contorno. A veces las prescribía en forma de emplasto; pero los dolores no cesaban ni se atenuaban. Entonces iba a su farmacia de frascos verdosos, volvía con una toma y se la ofrecía siempre en los mismos términos: - Me dice el corazón que le hará bien. Mi tía murió a los dos años completamente vegetalizada.¹²³

En la revisión de la primera edición de Alhué de 1928, respecto de la 5ª publicada en 1955, observamos 28 modificaciones al original. De éstas no todas son disminuciones, como podría creerse, aunque lo relevante es más bien el efecto estético de los cambios, que en no pocos casos resultan, en mi opinión, de efecto negativo. A continuación un cuadro contrastivo al respecto:

“Alhué. Estampas de una aldea” (1928)	“Alhué” (1955)
Los comerciantes momificábanse en sus sillones y los artesanos se tornaban idiotas. (Pág. 17). Era un egoísta de sí mismo. (Pág. 32) Pero, avanzada la noche, despertó de improviso, violentamente sacudido. (Pág. 35) Mientras iba por el guante, el discípulo chillaba, cerraba los ojos, se retorció. Daba gritos inverosímiles. (Pág. 72) (...) caminando de un lado a otro, como si el centro del horizonte pudiera variar de ubicación. (Pág. 95) Éste, ése y aquél habitaban casuchas miserables. (P 106) De su anchísima cabeza partían fosforescencias. (Pág. 115)	Los comerciantes y los artesanos se tornaban idiotas (Pág. 23) Era un avaro de sí mismo. (Pág. 36) Pero, avanzada la noche, tuvo un despertar súbito. Cuando se acercaba con el guante, el discípulo chillaba, cerraba los ojos, se retorció. Daba gritos que hervían las entrañas. (Pág. 75) Caminando de un lado a otro, como si el horizonte se moviera. (Pág. 105). Los pescadores habitaban casuchas miserables. (Pág. 111) Su anchísima cabeza era tremeluciente. (Pág. 121).

¹²¹ *Op., cit.*, pág. 23.

¹²² *Ibid*, págs. 23-24.

¹²³ *Op., cit.*, pág. 43.

Me parece que las decisiones tomadas colaboran con la concisión, pero generan remates sonoros abruptos que la frase siguiente, si la hay, no logra suavizar. En el último ejemplo el cambio es inexplicable. El pudor de no cansar al lector, tan caro a González Vera, paradójicamente constituye un exceso estilístico. Son los riesgos del minimalismo (independientemente de que no fuera ésa la corriente del escritor), particularmente cuando éste brota de una actitud ética centrada en el respeto por el lector. La literatura que atraviesa las épocas y modas tiende más bien a soslayar el exceso de respeto. Pero así y todo **Alhué** sigue siendo un libro para redescubrir.

VI Conclusiones

La obra literaria de González Vera muestra, en el curso de su análisis, un rasgo particular relativo a la construcción de la actitud narrativa, su efecto en la forma de presentar al sujeto literario, en tanto éste representa al individuo que hace parte del mundo popular chileno de las primeras décadas del siglo XX. Este interés en lo popular se explica, entre otras causas, porque el autor hace parte de una generación que se encuentra en las postrimerías del Criollismo chileno, expresión nacional de cierta búsqueda literaria por lo propio, característica de los escritores de fines del siglo XIX, una vez que nuestra inestable nacionalidad consiguiera, de una forma u otra, afincarse y desarrollar una cotidianeidad poscolonial que diera oportunidad para preguntarse por lo propio, en ejercicio de la observación naturalista de medio siglo atrás.

El Criollismo chileno fundador demuestra una tendencia a generalizar el mundo popular, bajo la forma de diferencia vertical entre el yo que narra y el tú narrado, ambos entes de ficción a partir de un autor real que se hace parte de las condiciones de relación social recurrentes en la narrativa continental. En ese contexto, entiendo que el Criollismo de tercera generación, según lo propone Latcham, o superrealista para Goic, acusa recibo de la discusión ideológica y ética que emana del anarquismo chileno de principios del siglo XX, al cual adhieren algunos escritores, González Vera entre ellos. La marca ética nace de la visión del Otro como un igual libre, o alguien que tiene derecho a saber bajo qué condiciones ejerce su libertad y qué opciones tiene ante ello. Esto no ocurría en la literatura anterior al período, excepto en Baldomero Lillo. No es de extrañar que éste tuviera entre sus admiradores y difusores a González Vera, quien compartiera el gusto de Lillo por la sobriedad descriptiva, aunque sin llegar a los niveles de contención del autor de **Vidas mínimas**. Lo que interesa a Lillo tiene eco en las preferencias de los jóvenes escritores anarquistas, cuya actitud ideológica traspasa la praxis del cotidiano y se resuelve como praxis *estética* en torno a lo cotidiano. En ella se verifica el cambio de paradigma respecto a la actitud del narrador, una actitud analéctica de apertura, escucha y recepción del Otro, libre de las constantes calificaciones y el etiquetado de clase del Criollismo fundador.

Se comprueba también que la praxis literaria de González Vera no sólo es efecto de la tendencia ideológica libertaria, también opta por cuidar el efecto estético tanto como los efectos de humor, la imagen captada al primer golpe de vista con remate inesperado y muchas veces sutilmente gracioso. Se trata de un eje de relación ético-estético que determina la existencia de una poética de la condensación, animada también por el factor del pudor temático, pudor que no resulta inhibitorio sino más bien humorístico, aunque su contención y fragmentación impiden seguir el desarrollo de hechos y caracteres, y por eso no se escriben *novelas*, en el sentido tradicional del término, sino textos sorprendentes y originales, aunque de alcance limitado. El pudor determina tanto efectos de estilo como defectos de concreción artística en la palabra. No mata, pero tampoco fortalece, aunque sí genera sensación de constancia y placer estético por sus hallazgos en la brevedad.

Se confirman así las hipótesis de trabajo. También el que nos encontramos ante una narrativa original, más bien olvidada y por ello, subvalorada. Leer a González Vera parece ser un atavismo o, en el mejor de los casos, un secreto muy bien guardado. Lo uno y lo otro ha puesto distancia entre el autor y sus probables lectores, quienes han perdido contacto

con uno de los escritores más originales del país. Se lo ha validado por su retrato de época y por su imaginario del Chile de los años '20. Esta tesis espera confirmar que en su lectura hay espacio para algo más que las preocupaciones documentales. Su poética es elocuente, precisamente en el cuidado por ser lacónica. Lo más interesante, me parece, es que es una poética sita en una ética de clara inspiración anarquista, y que la síntesis dialéctica entre ambas nos ofrece una literatura original, limitada por lo mismo que le ha dado vida: el respeto llevado al nivel del pudor. Es una prosa libertaria no por los temas, sino por el trato igualitario hacia el personaje popular que protagoniza el mundo narrado. Es una narrativa analéctica, que ha escuchado al Otro presentirse en su circunstancia.

A partir de esta experiencia de lectura me parece que pueden plantearse nuevos problemas que sobrepasan el análisis estrictamente literario y se acercan a la interdisciplinariedad, como el que sugirieran Salazar y Pinto al referirse al poder modelador de los textos escolares, en relación al momento criollista tan difundido entre los años '20 y '50 del siglo pasado. Más cerca de nuestro tema, la literatura chilena, la investigación permitió postular que González Vera es un autor al que vale la pena volver la mirada más allá de su lugar dentro o fuera del Criollismo, del realismo o incluso del mismo Anarquismo. Vale la pena porque se trata de una literatura distinta, estimulante, limitada en algunos alcances, pero ancha en sus efectos. Una literatura de hombres que insisten en ser libres.

Bibliografía crítica y teórica

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Ed. Siglo XXI, 1987.

Carpentier, Alejo. *Tientos y diferencias*. Buenos Aires: Ed. Calicanto, 1976.

Cuesta Abad, José Manuel. *Teoría hermenéutica y literatura*. Madrid: Visor Distribuciones, 1991.

Diccionario de Filosofía Latinoamericana. Disponible en línea: <http://www.ccydel.unam.mx/pensamientoycultura/biblioteca%20virtual/diccionario/analectico/htm>

Dusell, Enrique. *Método para una filosofía de la liberación*. Salamanca: Ed. Sígueme, 1974.

Dussel, Enrique. *Introducción a la Filosofía de la Liberación*. Recurso electrónico disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/dussel/intro/cap1.pdf>

Ferrater Mora, José. *Diccionario de filosofía*. Recurso electrónico disponible en <http://www.scribd.com/doc/2538434/Diccionario-de-Filosofia-Jose-Ferrater-Mora>

Godoy, Pedro. “**Estado docente**”, carta al diario La Nación, disponible en http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20060714/pags/20060714184111.html

Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago, Ediciones La Ciudad, 1981.

Góngora, María Eugenia. “**La poesía popular chilena del siglo XIX**”, recurso electrónico disponible en <http://www2.cyberhumanitatis.uchile.cl/03/textos/MEGONGORA.HTML>

Grez Toso, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “La Idea” en Chile, 1893-1915*. Stgo: LOM, 2007.

Horowitz, Louis. *Los anarquistas*. Madrid, Alianza Editorial, 1975 (1977, 1982, 1990). Vol. 1: La teoría. Vol. 2: La práctica.

Joll, James. *Los anarquistas*. Barcelona: Ed. Grijalbo, 1968.

Kropotkin, Piotr. La moral anarquista. Recurso electrónico disponible en <http://www.nodo50.org/codoacodo/mayojunio07/lamoral.pdf>

Latcham, Ricardo et al. *El Criollismo*. Stgo. Ed. Universitaria, 1956.

Morales T., Leonidas. “**Misiones y las macrofiguras narrativas hispanoamericanas**”, en *Figuras literarias, rupturas culturales*. Stgo: Pehuén Editores, 1993.

Navarrete, Micaela. “**La lira popular. Literatura de cordel en Chile**”. Recurso electrónico disponible en <http://www.dibam.cl/upload/i5395-2.pdf>

Oelker, Dieter. “**El Criollismo en Chile**”, *Acta Literaria* N° 8, 1983. Concepción, Chile.

- Pérez, Edgardo. **"Aportes a la reflexión sobre el sujeto popular latinoamericano"**. PDF, disponible en línea: <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/edgardopdf>
- Rabadán, Eliseo Fernández. **"Algunas consideraciones sobre la "lógica" de la liberación latinoamericana. (Diálogo crítico con algunos planteamientos de Rafael Plá: Una lógica para pensar la liberación de América)"**. Recurso electrónico disponible en <http://www.filosofia.org/mon/cub/dt009.htm>
- Rama, Ángel. **La ciudad letrada** . Hannover: Ediciones del norte, 1984.
- Ramos, Julio. **Desencuentros de la Modernidad en América latina. Literatura y Política en el siglo XIX** . México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Real Academia Española. **Diccionario de la lengua española** . Vigésimo segunda edición. Recurso electrónico disponible en <http://rae.es/rae.html>
- Rojo, Grínor. **"Crítica del canon, estudios culturales, estudios coloniales y estudios latinoamericanos, una convivencia difícil"**, en **Kipus, Revista andina de Letras 6** (1997, pp. 5-17.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto. **Historia contemporánea de Chile** . Vols I y II. Stgo: LOM Ediciones, 1999. 1ª edición.
- Salazar, Gabriel. **"La larga y angosta historia de la solidaridad social bajo el régimen liberal (Chile, siglos XIX y XX)"**, en **Cuadernos de Historia** n° 23, diciembre 2003, pp. 91-121.
- Sobrevilla, David. **"Situación y tareas actuales de la filosofía en América Latina"**. Recurso electrónico disponible en http://sisbib.unmsm.edu.pe/Bibvirtual/publicaciones/Logos/1994_n1/situacion.htm
- Vitale, Luis. **Contribución a una historia del anarquismo en América Latina**. Stgo. Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, 1998.
- Yepes, Enrique. **La Filosofía de la Liberación Latinoamericana** . Recurso electrónico disponible en <http://www.bowdoin.edu/~eyepes/latam/liberac.htm>
- Zamora, Margarita. **"Amerindian Voices in the Discourse of Discovery"**, en **Colonial Latin American Review** , December 1999, Issue 2, p191.

Bibliografía de autor

- Collyer, Jaime. "Chile adentro". Revista del Domingo. *El Mercurio*, 20/06/98.
- González Vera, José Santos. Alhué. *Estampas de una aldea*. Stgo: Imprenta Universitaria, 1928. 1ª edición.
- González Vera, José Santos. Alhué. Stgo: Nascimento, 1955.
- González Vera, José Santos. Alhué. Santiago: Ed. Andrés Bello, 1982.
- González Vera, José Santos. *Vidas mínimas*. Santiago: LOM Ediciones, 1996.
- González Vera, José Santos. *Cuando era muchacho*. Stgo: Universitaria, 1996.
- Latorre, Mariano. *Zurzulita*. Stgo: Editorial Chilena, 1920, pág. 7
- Renoir, Jean. *Renoir*. Bs. Aires: Sudamericana, 1964, pág. 375.
- Soria, Carmen (comp.). ***Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos. Manuel Rojas, José Santos González Vera*** . Santiago: Ed. Planeta, 2005.